BIANCA™

HARLEQUIN™

ELLAS SON MILLONARIAS



DANI COLLINS

NECESIDAD O DESEO

Portadilla

BIANCA™

DANI COLLINS

NECESIDAD
O DESEO

HARLEQUIN™

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2025 Dani Collins
© 2026 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Necesidad o deseo, n.º 3217 - marzo 2026
Título original: The Greek's Wife Returns
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA).
HarperCollins Ibérica S.A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 9791370172435

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Epílogo
Si te ha gustado este libro…

Capítulo 1

Cuando el coche se detuvo, Carmel Davenport cerró los ojos para contener el cosquilleo de su garganta. En realidad, no era tanto el alcohol lo que echaba de menos como el entumecimiento que lo acompañaba y que habría alejado las perturbadoras emociones que la asaltaron cuando se abrió la puerta a su lado.

Mantuvo los ojos cerrados, concentrándose en su respiración mientras absorbía la porción de arrepentimiento y vergüenza, de tiempo perdido y oportunidades desperdiciadas, y suspiró con melancolía mientras en su mente se sucedían las imágenes. Un hombre de cabello negro y piel bronceada, brillante por las gotas de agua. Una sonrisa arrogante. Una mirada sensual que despertó en ella sensaciones nuevas y maravillosas. Caricias que le decían que era valiosa y especial.

Exhaló lamentándose de cuántos de aquellos momentos había desperdiciado.

Otros recuerdos intentaron colarse en su mente y torturarla, pero se dijo que no era ni inútil ni estúpida y que, aunque no pudiera cambiar el pasado, sí podía tomar mejores decisiones en el futuro.

Tenía que seguir adelante, dejar de autoflagelarse y de preguntarse si las cosas podrían haber salido de otra manera.

–Lo siento –dijo Carmel al chófer de su hermano, que esperaba pacientemente bajo el ardiente sol de Atenas.

Tomó un pañuelo al tiempo que parpadeaba para contener las lágrimas. Odiaba llorar. Además de hacerle sentir que perdía el control, iba a arruinar el maquillaje que tanto se había esforzado en aplicarse. Todo lo relacionado con su apariencia, desde el moño bajo hasta el traje de chaqueta azul marino, había sido sometido al

estricto juicio de su crítica interna. ¿Qué pensaría Damian de cómo había envejecido? Habían pasado cinco años. Ya no tenía veinticuatro años, ni estaba delgada como un palo, ni tenía el cabello rubio decolorado y mostraba demasiada piel. ¿Qué pensaría de su cabello castaño natural, de que hubiera engordado, de que estuviera sobria?

Se irritó consigo misma: no necesitaba su aprobación, sino el divorcio. Podría haber presentado la petición y esperar a ver si él la impugnaba, pero había optado por solicitar que la firmara para no sufrir demoras.

Para poder dejar el pasado atrás y dar el paso hacia un futuro prometedor.

Puso un pie en la acera y aceptó la mano que le tendió el chófer.

–Volveré caminado después de la reunión –dijo, consciente de que necesitaría airearse después de ver a su marido.

–Puedo esperarla. –El chófer sabía tan bien como ella que había tres bares entre el edificio de oficinas y el apartamento de su hermano.

–No es necesario –dijo ella–. Por favor, espere a que yo misma le diga a Atlas dónde me ha traído.

–Estoy seguro de que usted hablará con él antes que yo. Solo se lo diría si me lo preguntara.

Pero Carmel sabía que Atlas se lo preguntaría porque todavía no confiaba plenamente en ella. Su esposa, Stella, había sido quien la había invitado a quedarse en su apartamento mientras ellos estaban fuera. Atlas había dado instrucciones al ama de llaves para que guardara todo el alcohol bajo llave.

–Está bien. Le enviaré un mensaje de texto una vez que termine mi reunión.

Los días en que podía sobornar o camelarse a los empleados de su hermano para que ocultaran sus secretos habían quedado atrás.

Tampoco ella quería volver a ser aquella persona. Ni siquiera le quedaban secretos. Solo el marido del que planeaba desprenderse.

Miró el edificio y sintió una sensación pesada y aceitosa en la boca del estómago. Quizá debería haber pedido a Atlas que se ocupara del tema, pero no quería que su hermano supiera de aquel

precipitado y breve matrimonio. Finalmente mantenían una buena relación y no quería arruinarla pidiéndole que la sacara de otro más de sus embrollos. Estaba tan cansada de sentirse humillada por su pasado… De tener que pedir ayuda. Necesitaba resolver aquello ella misma y hacer las paces con Damian.

A pesar del terror que le causaba.

Miró en su bolso por enésima vez para confirmar que llevaba los documentos. Luego entró en el edificio por la puerta rotatoria y mostró el sobre junto a la tarjeta de su abogado al guarda de seguridad.

Su asistente había conseguido una cita de cinco minutos con Damian aduciendo que tenía que entregarle unos documentos de un bufete de abogados que requerían su firma, lo que era verdad hasta cierto punto.

De hecho, si era completamente sincera, tal y como debía serlo conmigo misma, tenía que admitir que si no había dejado que Atlas o su abogado resolvieran aquel asunto había sido porque quería ver a Damian.

Y sabía que él no habría accedido a verla porque en su último encuentro le había dicho que no quería volver a verla jamás.

La acritud con la que le había hablado la había torturado los últimos cinco años. La desesperación de haber conseguido que la odiara la había llevado a intentar dejar de beber, aunque no lo hubiera logrado de inmediato. Había entrado y salido de rehabilitación en varias ocasiones. Pero finalmente lo había logrado y por eso estaba enfrentándose a sus demonios.

O, al menos, a su marido.

Se colocó el imperdible de visitante y el guarda la acompañó al ascensor. Mientras subía, rezó para que no le temblaran las piernas y las manos dejaran de sudarle, pero su inquietud no hizo más que aumentar a medida que el ascensor continuaba su meteórica subida. Aquel era uno de los edificios más altos de Atenas y a Carmel no le había pasado desapercibido el hecho de que llevaba el nombre de Damian, al igual que la planta en la que se abrieron las puertas.

Nacida en una familia próspera, no la intimidaron ni el suelo de mármol, ni las paredes de cristal, ni la atmósfera general de lujo,

pero, mientras seguía a la recepcionista, tuvo que admitir que estaba impresionada.

Cuando lo conoció, Damian tenía una empresa emergente de energías renovables. En el presente, dominaba el mercado en toda Europa y tenía oficinas por todo el mundo.

La recepcionista la acompañó hasta el final de un pasillo, donde la dejó en manos de un asistente que la invitó a sentarse en una sala de espera.

El corazón le latía tan fuerte que apenas pudo oírlo. Intentó ralentizar su respiración mientras se decía que todo iría bien. Damian no quería seguir casado con ella. Después de todo, se habían casado impulsivamente después de varios días de pasión. Él tenía grandes ambiciones y ella había querido financiárselas. Había creído que el matrimonio le daría acceso a su fondo fiduciario y había querido liberarse de la presión que ejercía su padre para que se casara con uno de los aduladores que lo rodeaban.

Ella no había pensado que el matrimonio fuera a durar y suponía que Damian tampoco. Él era permisivo y afectuoso. Lo bastante posesivo como para lanzar una mirada de advertencia a los hombres que la miraban, pero, para cuando llegaron a Londres, ya se había dado cuenta de su error.

«¿Acabas de añadir ginebra a tu bebida?».

La respuesta era que sí porque sabía que su padre se iba a indignar al saber que se había casado con un hombre corriente mientras pasaba sus vacaciones en Grecia.

«De tal palo tal astilla», le había dicho a Oliver cuando miró con desprecio a Damian. «Al menos yo me he casado con mi amante en lugar de esperar a que se presente en mi puerta dentro de quince años».

«Me alegro. Eso quiere decir que puedes librarte de él».

Ella se había sentido culpable por cómo la había mirado Damian al recibir el desprecio de su padre.

«¿Es esa la razón de que te hayas casado conmigo? ¿Ofenderlo?».

El teléfono del asistente vibró, sacando a Carmel de sus recuerdos y devolviéndola a la oficina.

El joven contestó en griego, que Carmel entendía mejor de lo que lo hablaba. La madre de Atlas era griega y ella había aprendido la lengua escuchando a hurtadillas.

–*Málista, kyrie,* pero su cita de las diez está aquí con los documentos de un bufete de abogados de Londres.

El hombre asintió y puso cara de ir a disculparse.

¡No! Carmel se puso en pie.

–Solo necesito dos minutos –dijo acercándose al escritorio mientras intentaba frenéticamente encontrar las palabras en griego –. *Dýo lepta*. –Levantó dos dedos–. *Parakaló*.

–¿*Kýrie*? –dijo el asistente, frunciendo el ceño.

Un golpe seco resonó al abrirse con tanta fuerza las puertas del fondo del pasillo que golpearon la pared.

Carmel se sobresaltó y el corazón se le paró dentro del pecho al verlo salir como un dios vengativo. Damian Kalymnios. Su esposo.

Lo había buscado a menudo *online*, pero rara vez había visto imágenes que no fueran en ceremonias de inauguración o fotografías corporativas. Y ninguna de ellas la había preparado para el impacto de verlo en persona.

Seguía siendo alto y de hombros anchos, pero había adquirido madurez. Sus músculos eran aún más poderosos bajo el traje gris hecho a medida. Iba perfectamente afeitado, sin rastro de la barba incipiente que solía llevar, lo que dejaba a la vista el hoyuelo de su mentón. Llevaba el negro cabello más corto y sus labios no sonreían; se apretaban en tensión. La recorrió con la mirada antes de clavar sus ojos en los de ella con un brillo de desdén.

Carmel había estado preparada para que la despreciara, pero le sorprendió hasta qué punto le dolía que todavía albergara tanta animadversión hacia ella. Sin embargo, si algo había aprendido como mentirosa compulsiva era a protegerse tras la indiferencia.

Alzó la barbilla y sonrió con frialdad.

–Hola, Damian.

–No –dijo él–. La señora se marcha.

Pasó a su lado sin mirarla, dirigiéndose hacia los ascensores.

–Damian. –Carmel lo siguió apresuradamente, agitando el sobre–. He venido a traerte esto. Léelo, fírmalo y no tendrás que volver a

hablar conmigo.

–Tampoco ahora tengo que hablar contigo. –Damian presionó el botón del ascensor con fuerza–. De hecho, te dije que no quería volver a verte.

–Lo sé, pero… –«Me gustaría pedirte disculpas»–. Por favor, toma esto. –Carmel le puso el sobre delante de los ojos–. Sabes bien que ya es hora.

El ascensor llegó y Carmel siguió a Damian al interior.

Él la miró como si se planteara tirarla fuera del ascensor y de su vida. Pero eso exigiría tocarla, así que optó por apretar con furia un botón y mirar de frente, ignorándola.

Carmel sintió un nudo en el estómago, pero persistió.

–¿No quieres dar por cerrado este episodio? –preguntó.

–No. Prefiero seguir casado contigo y avergonzar a tu familia. –Damian estaba citando las palabra de su padre–. Aunque, ahora que lo pienso, quizá sea al revés –añadió con sorna.

Carmel se ruborizó con un profundo sentimiento de vergüenza.

–Supongo que me merezco que me trates así. Pero, por eso mismo, ¿no prefieres cortar todo vínculo conmigo?

–¿Acabas de decir que mereces que te trate así? –dijo Damian entre el rencor y la rabia–. Casi diría que suenas sincera, Carmel.

–Es lo que pretendo –dijo Carmel con una sonrisa contenida.

–Te deseo suerte si quieres que alguien te crea.

Las puertas se abrieron a una sala de espera acristalada que accedía a la azotea, donde esperaba un helicóptero. Damian salió a paso firme.

Sin pensárselo, Carmel lo adelantó y se interpuso entre él y la puerta abierta del helicóptero.

–¿Qué demonios crees que estás haciendo? –exclamó él entre asombrado y enfurecido.

–Conseguir lo que me ha traído aquí: quiero el divorcio, Damian. Firma esto. –Carmel le golpeó el pecho con el sobre.

–Sé que eres la típica niña rica que cree que todo el mundo se doblega a su voluntad. Pero no es mi caso.

Estaban demasiado cerca. Carmel sentía la ira que Damian irradiaba, pero también percibió las feromonas que se comunicaban

de maneras misteriosa con su cuerpo. Los huesos se le hicieron gelatina y el pulso se le aceleró al tiempo que la respiración se le agitaba con un sentimiento anticipatorio.

–Solo te llevará cinco minutos –dijo con voz ronca.

Las pupilas de Damian eran dos alfileres en medio de un mar de chocolate oscuro. Carmel vio que flexionaba las manos y que su cuerpo se tensaba como un muelle a punto de saltar.

–No tengo cinco minutos. Quítate o te quitaré yo –la amenazó.

–¿Para darme algo que pueda usar en tu contra? –Era humillante tener que amenazarlo a su vez, pero Carmel tenía práctica en negociar usando golpes–. Por el momento, este es un divorcio de mutuo acuerdo. Mantengámoslo así.

–No has cambiado, ¿verdad? –dijo él con hastiado desprecio.

Era lo más cruel que alguien podía decirle y más aún cuando era precisamente él quien había logrado que quisiera cambiar.

–¿De verdad quieres que juguemos a la intimidación y las amenazas? –Damian la acorraló, adoptando un tono grave–. ¿Estás segura de querer ponerme a prueba?

Carmel posó la mano en su pecho y sintió al instante una descarga eléctrica; el aire se cargó, una fuerza magnética intentó propulsarla hacia adelante, su mirada bajó hasta unos labios cuyo contacto ansiaba… Y, puesto que seguía deseando aquello que podía destruirla, pensó que quizá no había cambiado tanto como creía.

–*Me synchoreite* –dijo el piloto, apareciendo por detrás de la cola del helicóptero.

–Estoy listo –le dijo Damian. Y, dirigiéndose a Carmel, añadió–: Voy a encontrarme con una mujer importante para mí. No quiero hacerle esperar. Apártate.

Carmel intentó no inmutarse ante la mención de una mujer.

–Estoy segura de que se alegrará de que te libres de mí –dijo. Y, tomando una súbita decisión, se impulsó con la manija de la puerta, subió a la cabina y se sentó.

–¿Quieres jugarte la vida? –preguntó Damian con un gruñido.

–¿Qué vas a hacer, tirarme a mitad de vuelo? –preguntó ella a su vez, poniéndose el cinturón con manos temblorosas.

–¡No me tientes!

–Se ve que tienes prisa. –Carmel intentó dominar el temblor de su voz–. Puedes leer los documentos en el trayecto.

–¿Desde cuando tienes la mínima consideración por nadie? –preguntó él al tiempo que se sentaba a su lado.

–Desde que parece que está de moda y he decidido probarlo –bromeó Carmel.

Damian indicó con la cabeza al piloto que despegara.

–No pienso traerte de vuelta –dijo Damian dirigiendo la mirada a sus zapatos de tacón–. El paseo hasta el ferry es largo y el de hoy ha salido esta mañana a las diez, así que ya lo has perdido.

–Me las arreglaré. –No sería la primera vez que se encontrara perdida en un sitio desconocido. Tenía tarjeta de crédito y, afortunadamente, estaba sobria.

–No lo dudo –masculló él, insinuando que se engancharía al primer hombre que pasara.

Y no era una acusación infundada. Carmel había sido aleccionada por un maestro de la manipulación. Una vez más, ocultó su vergüenza tras una máscara de indiferencia.

El piloto cerró la puerta y luego subió a su cabina. La hélice empezó a rotar.

–Por favor, ¿puedes leer esto ahora? –Carmel tendió el sobre a Damian.

–No. –Damian se puso al teléfono y le dijo a alguien en griego que no iba a llegar a la reunión. Luego encadenó una llamada de trabajo tras otra.

Carmel aprovechó para escribir al chófer de Atlas y decirle que no la esperara; luego aviso al ama de llaves que pasaría la noche fuera. Tendría que inventarse alguna excusa para Atlas, pero, como estaba en Nueva York, quedaban unas horas antes de hablar con él.

Mientras volaban hacia el sur, Carmel se dio cuenta de que se dirigían a la isla privada de Damian, al sur de Mykonos. Se habían conocido mientras ella hacia un crucero con unos amigos por las Cícladas, pero habían permanecido en Mykonos y no había llegado a conocer su casa.

Tampoco la gente con la que ella estaba eran verdaderos amigos. Se habían marchado mientras ella estaba con Damian y, aunque le

había dado lo mismo, que la abandonaran había sido una prueba del tipo de compañías que frecuentaba.

Al haber contado con la fortuna de su padre, Carmel siempre había estado rodeada de gente. Todo el mundo quería vivir aventuras e ir de fiesta, especialmente mientras ella pagara las facturas, pero nadie la había apoyado con verdadera lealtad o amor. Quienes tenían más criterio se habían distanciado pronto de su caótica vida, mientras que el resto solo estaba allí para pasarlo bien y por un tiempo breve. Una vez empezó a tomar las riendas de su vida, se fue despojando de aquellos parásitos y se dio cuenta de hasta qué punto habían sido dañinos para ella.

En la actualidad tenía una amiga de verdad: su cuñada Stella. Su amistad era reciente y Stella estaba todavía enseñándole cómo comportarse como una amiga. Stella era cálida y considerada, y la apoyaba incondicionalmente, todas ellas cualidades de las que Carmel carecía. Su cuñada era adorable y Carmel confiaba en ir pareciéndose a ella. Ver a su implacable hermano Atlas transformado en un gatito cariñoso con su esposa resultaba divertido y despertaba envidia.

Nadie la miraría a ella jamás así. A no ser que cambiara.

Desde luego. el hombre que acababa de terminar su última llamada y de quitarse la chaqueta con impaciencia no sería nunca ese gatito.

–¿Por qué ahora? –preguntó él.

Carmel había ensayado lo que iba a decir en numerosas ocasiones, pero las palabras se le enredaron en la lengua y no salieron de sus labios.

–Yo… mmm. –Tragó saliva–. He hecho muchos cambios en mi vida. Yo… –Reposó las manos en el regazo–. He dejado de beber. Dirijo la empresa de mi madre y estoy intentando… –Carmel se tensó, deseando no tener que seguir, pero era necesario–: Estoy intentando hacer las paces con aquellos a quien he hecho daño.

–¿Esta es tu idea de hacer las paces?¿Colarte en mi oficina y saltar a mi helicóptero?

–¿No es así como uno se disculpa? –preguntó ella. Al ver que Damian apretaba los labios, aclaró–: Era una broma.

El humor era uno de sus mecanismos de defensa y una de sus mejores cualidades, aunque no siempre lo usara adecuadamente; pero tampoco podía cambiar completamente de la noche al día, ¿no?

–Está bien, tienes razón –admitió–. No he actuado de la mejor manera posible. Podía haberle pedido a mi abogado que te mandara esto, pero quería hablar contigo, decirte en persona que me comporté mal. Sabía que casarme contigo irritaría a mi padre. No fui justa. Y creía de verdad que podía ayudarte económicamente, pero merecí que te enfadaras cuando me eché atrás. Debí haber sido más sincera respecto a cómo iba a reaccionar mi padre.

Carmel intentó sostenerle la mirada para que Damian viera que era franca, pero él la miraba con un gesto tan implacable que se sintió como si se hubiera lanzado contra una pared. Pero tragó para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta antes de continuar:

–Mi padre ya no forma parte de mi vida.

Haber cortado la relación con Oliver había sido como usar un bisturí oxidado para operarse a sí misma, pero tras haberlo extirpado se sentía más ligera.

–También quería decirte… –Sintió que el calor que tenía en el pecho se expandía por su garganta, ahogándola–. Quería que supieras que no te fui infiel.

Él resopló despectivamente.

–Lo que quiero decir es… –Carmel se mordisqueó los labios–. No me acosté con aquel hombre. Le besé, tú mismo lo viste. Y me quité el top para que pareciera que estábamos teniendo sexo, pero en realidad no me acosté con él.

Carmel se dio cuenta de que estaba enrollando el sobre. Lo alisó y miró a Damian.

–Lo siento mucho.

–Ya no soy el crédulo idiota que conociste en Mykonos.

–Nunca pensé que fueras un idiota.

Otro resoplido.

–No, me refiero a… –Carmel alzó una mano–. Está bien, pensaba que todo el mundo era lo bastante crédulo como para tragarse cualquier cosa que yo dijera. Llegué a pensar que la verdad daba lo

mismo. Mentirte no fue algo personal. No pretendí engañarte expresamente. Mi vida era así. –Y admitirlo era tan humillante…–. Eso es lo que quiero que entiendas: que estoy intentando con todas mis fuerzas ser una persona honesta y sincera. Hacerte creer que te había engañado fue despreciable. Lo siento de verdad, Damian. Prometo no volver a mentirte.

–No sé por qué crees que me importa lo que digas, sientas o con quién te acuestes –dijo él en tono burlón.

Carmel bajó la mirada para que no viera lo profundamente que la hería.

–O que voy a creerme lo que salga de esa boca de mentirosa. Esto es lo que sé por la prensa, Carmel: tu padre se hartó de que derrocharas su dinero, de tu vergonzoso comportamiento y te ha despedido. Dios sabe que para ti es inconcebible trabajar para ganarte la vida, así que has venido al Banco del Divorcio para hacerte con una porción de la fortuna que he amasado sin tu ayuda.

–No…

–Me apostaría cualquier cosa a que tienes esperando al siguiente, alguien con quien no te puedes casar por esto. –Damian señaló el sobre–. Así que no, Carmel. No pienso firmar. De hecho, estaría dispuesto a gastar mi fortuna en abogados para impedirlo. No pienso darte nada que puedas querer. Habrías hecho mejor haciéndome caso y no volviendo a cruzarte en mi camino.

Capítulo 2

Vale, pero ¿podrías firmar esto primero?

¡Cómo podía ser tan descarada y parpadear con inocencia burlona!

–¿Sabes lo que te estás jugando?

Damian evitaba mirarla para no volver a caer bajo su hechizo, pero la transformación que percibía en su aspecto atravesaba su barrera de enfado. Su cabello era de un castaño intenso y cálido. Había engordado algo, tal vez por haber dejado de beber, y los kilos añadidos le sentaban bien. También había pasado de un estilo *sexy* y rompedor a uno más refinado y elegante.

Daba la impresión de haber alcanzado el potencial que estaba desperdiciando cuando él la conoció.

Su voz en cambio seguía teniendo aquella cualidad ronca que le recorría la piel como si fuera terciopelo. La voz que lo había sacado de su despacho. Había oído el inconfundible tono de Carmel insistiendo en que solo necesitaba dos minutos y se había encolerizado. La tensión se había apoderado de todo su cuerpo.

Por más que se hubiera dicho que no osaría aparecer sin previo aviso, sabía que Carmel Davenport siempre hacía lo que le daba la gana.

«¿No es así como uno se disculpa?».

Como si una disculpa bastara para compensarlo por haberse gastado su dinero en ropa y en alcohol, a la vez que hacía la promesa vacía de que se lo devolvería.

«Cuando nos casemos tendré acceso al dinero de mamá. Estoy segura de que mi padre invertirá en tu negocio si se lo pido».

No había sido así. Después de que su padre lo tratara como si fuera escoria y amenazara con arruinarlo, Carmel había ido al hotel con unos documentos similares a los que acababa de entregarle.

«Papá quiere que nos divorciemos discretamente. Firma esto y te dará diez mil euros».

Damian había visto las ventajas de casarse con ella, al menos las teóricas. Pero todo había sido una mentira. Y se había sentido tan ofendido y asqueado consigo mismo por haber pensado en beneficiarse de su matrimonio, que se negó a beneficiarse de su divorcio.

Había abandonado la habitación del hotel para volver dos horas más tarde y encontrarse con Carmel en la cama con un turista belga que tenía suerte de seguir vivo.

Damian sabía que debía de haberlo superado. Después de años de trabajo duro tenía dinero más que suficiente como para firmar un cheque y que Carmel desapareciera definitivamente de su vida.

Pero eso no compensaría la humillación de haber confiado en ella. Carmel lo había usado; le había traicionado. Y luego había esperado cinco largos años a ofrecer una vaga disculpa para conseguir, una vez más, lo que quería.

Debía poner fin a aquella farsa de matrimonio. Lo sabía.

Pero la venganza sonaba mucho más tentadora.

Se preguntó cuánto esperaba sacarle Carmel. Llevaba un traje de alta costura, pero tal vez era anterior a que su padre le cerrara el grifo.

Había sido inevitable leer los titulares sobre la crisis con su padre porque la familia Davenport era una de las favoritas de los *paparazzi*. Su padre había heredado un conglomerado de medios de comunicación de su propio padre y de su difunta esposa, una empresa de ropa deportiva para la que Carmel y su hermano habían sido modelos durante años. Siendo hermosa y juerguista, Carmel era carnaza de las revistas de cotilleos.

Era un milagro que su matrimonio no se hubiera hecho público, pero a los dos les había interesado que fuera así. A Carmel, para no enfrentarse a su padre; a él, por la vergüenza que sentía por haberse dejado engatusar.

Algo que jamás volvería a suceder.

¿De verdad quería que creyera que estaba dirigiendo la empresa de su madre? Todo el mundo sabía que formaba parte del conglomerado que había pasado a manos de su hermano, DVE. Como mucho, estaría cobrando por formar parte del organigrama de la empresa.

–Sea para lo que sea, no quiero participar en esto –dijo bruscamente. Menos aún cuando tenía otras preocupaciones, como su abuela–. En cuanto aterricemos, quiero que te vayas.

–¿Si te mando los documentos por medio de un abogado los firmarás? –preguntó ella.

–No sé cómo expresarme con más claridad, Carmel: no.

Se suponía que la verdad era algo noble y puro.

No lo era. Era complicada y turbia y estaba cubierta de espinas que te pinchaban cuando intentabas asirla.

Las mentiras eran más sencillas. Eran rosas de seda, cumplidos falsos y bronceadores aceitosos que te ayudaban a escapar de cualquier situación incómoda.

Hasta que se acumulaban a tu alrededor como la maloliente basura que eran, claro.

Por eso Carmel elegía la sinceridad en lugar de la mentira en la medida de lo posible, sobre todo respecto a sí misma. Incluso aunque ello supusiera reconocer que había ido allí en busca del perdón de Damian.

Pero él nunca la perdonaría. Esa era la cruda realidad que Carmel se esforzaba en aceptar mientras el helicóptero descendía hacia una villa de un blanco cegador, entre olivos y naranjos. El tejado estaba cubierto de paneles solares. La piscina centelleaba como un zafiro azul junto a un patio tapizado de buganvilla rosa. Numerosas terrazas y caminos accedían a los jardines, y unas escaleras descendían hasta la playa.

«Todo esto podría haber sido tuyo», pensó.

Como la mansión en las afueras de Londres, de no haberse aliado con su hermano contra su padre el año anterior. En el presente vivía

en un apartamento elegante y seguro, pero modesto para los estándares a los que estaba acostumbrada.

Pero era suyo. Y le bastaba.

No tenía ni idea de cómo podría volver, puesto que la villa parecía apartada de cualquier pueblo. Suponía que un taxi la llevaría a un hotel en el que esperar al ferry.

¿Tenía sentido dejar los documentos con Damian?

Miró a Damian y vio que fijaba la vista en la plataforma de aterrizaje. ¿Estaría buscando a la mujer con la que se iba a encontrar? Intentó ignorar la punzada de celos que la atravesó y buscó con la mirada a la preciosa modelo que debía de estar esperándolo.

Mientras la hélice se frenaba, el piloto bajó y les indicó que era seguro desembarcar.

Carmel siguió a Damian hasta la sombra de un árbol próximo donde esperaba un hombre de mediana edad.

–¿Dónde está el coche? –preguntó Damian en griego.

–Su abuela se ha negado a ir al hospital. El medico está con ella en este momento. –El hombre indicó una pequeña casa de piedra.

Damian fue hacía allí sin mirar atrás.

–Su abuela –musitó Carmel desconcertada.

–Sí, ¿es usted…? –El hombre observó su ropa como si intentara adivinar si era una invitada o alguien del personal.

Carmel estaba a punto de desmayarse por el alivio de que Damian no fuera al encuentro de una amante, pero lo siguió inquieta con la mirada.

Después de que su madre lo abandonara, había sido criado por sus abuelos. No le había hablado demasiado de ello, solo que tenía seis años y que no entendía qué había hecho para que su madre lo rechazara.

Para cuando conoció a Damian, su abuelo, que no debía ser particularmente cariñoso, ya había muerto. A Carmel le sorprendió que su abuela siguiera viva. Y si estaba enferma, la preocupación de Damian era comprensible.

Damian le había exigido que se marchara, pero Stella nunca abandonaba a alguien cuando pasaba por un mal momento.

Esperaría y le ofrecería su apoyo emocional, algo que no había hecho en el pasado con su marido, a pesar de haber jurado hacerlo.

Miró alrededor y, viendo un banco, dijo:

–Esperaré aquí a Damian.

Zoia Kalymnios se había mareado mientras paseaba por el jardín. Por eso Damian había llamado a su asistente para que cancelara sus citas y había reconocido la voz de Carmel exigiendo dos minutos de su tiempo.

–No me he desmayado –insistió Zoia con impaciencia desde su mecedora–. Me he mareado y, al ir a sentarme en un banco, me he tropezado.

En la caída se había arañado la mano y la rodilla, alarmando a Renita, su principal cuidadora, que había llamado a Damian y al médico. Zoia tenía ochenta y dos años y algunos problemas derivados de su edad: artritis, azúcar y un corazón que, si no se sometía a una operación, podía fallar.

Como la operación conllevaba riesgos, Zoia la había rechazado. Decía que no quería pasar sus últimos días en un hospital en Atenas; o tener que pasar semanas en recuperación. Porque ¿y si no se recuperaba?

Damian tenía que respetar sus deseos, pero le resultaba frustrante. Y le preocupaba.

–Renita no debía haberos llamado ni a ti ni al médico –añadió ella irritada–. Estoy perfectamente.

El médico sonrió mientras guardaba el estetoscopio en su maletín.

–Le acompaño. –Damian siguió al médico hasta su coche, que había aparcado en la parte trasera de la casa–. No está bien, ¿verdad?

–Necesita la operación –dijo el médico.

–Si la convenzo, ¿cuándo podrían hacérsela?

–Hablaré con el especialista en Atenas. Querrá tener algunas pruebas, que podemos hacerle aquí en la isla. ¿Quizá en un par de semanas? Si cambia de idea, llámeme y lo arreglaré todo. En cualquier caso, no debe dejarla sola.

Damian se estremeció.

–Pensaba pasar el verano con ella, pero lo adelantaré.

El médico se fue y Damian volvió a la casa en la que sus abuelos se habían instalado tras casarse. Habían tenido que luchar para ganarse la vida con un terreno pequeño y un olivar. Zoia había sumado a los ingresos unas gallinas y un huerto, vendiendo aquello que no consumían.

Zoia y Eurus era los padres de su madre. Cuando su única hija había vuelto a casa tras su primer año de universidad en Atenas para anunciar que estaba embarazada, sin identificar al padre, Eurus se había enfurecido. ¿Cómo se atrevía a arruinar su futuro por un turista australiano?

Después de una terrible discusión, Hestia se había marchado, jurando que se las arreglaría sola. Y lo había logrado. Los recuerdos que Damian tenía de ella eran vagos, pero agradables. No tenían casi nada, pero no pasaban hambre. Se había sentido querido.

Hasta que un día, cuando tenía seis años, ella lo había dejado allí y nunca había regresado.

–Ha tenido que pasarle algo –Zoia dijo cientos de veces los primeros días.

Habían llamado a los hospitales y a la policía en vano.

Hestia había muerto. Pero Damian había pasado gran parte de su vida convencido de que lo había abandonado, que ni ella ni su abuelo lo querían. O así lo había creído entonces. Sus abuelos ya eran mayores y él no era más que una carga. Por eso desde el primer día había decidido trabajar duro para que no lo rechazaran.

Además, era ambicioso. No quería conformarse con una pequeña granja y una vida dedicada al trabajo. Dejó el colegio para trabajar con una empresa que reparaba tejados y, cuando un cliente pidió paneles solares, se especializó en su instalación.

Eventualmente, su empresa prosperó como para poder comprar la finca anexa a la de sus abuelos y, con el tiempo, había renovado la villa y la casa de Zoia, porque esta se había negado a mudarse a la casa principal.

Cuando volvió al salón, Zoia señaló la ventana.

–¿Quién es esa? –preguntó–. ¿Por qué la has dejado fuera? Ve a buscarla.

Damian vio a Carmel sentada en un banco. Se había quitado la chaqueta y la había dejado a un lado, junto a su bolso. Llevaba una blusa blanca sin mangas y miraba su teléfono.

Era propio de ella no haberle hecho caso y haberse quedado, aunque, en lugar de quedarse en un banco como si esperara el autobús, Damian habría esperado que se pusiera un bikini, se diera un baño en la piscina y pidiera que le llevaran un daiquiri.

–Es Carmel –dijo a regañadientes.

–¿Tu esposa? ¿Os habéis reconciliado? –Zoia se llevó la mano al corazón–. Oh, Damian, si algo me haría feliz antes de morir es ver que sientas la cabeza y formas una familia.

–No te estás muriendo. Solo ha sido un mareo –le recordó él, aunque pensara en los malos augurios del médico. Y añadió–: Ha venido a pedirme el divorcio.

–¿Has accedido?

–No.

–Me alegro de que vayas a darle una segunda oportunidad. –Zoia sonrió con los ojos llorosos–. Sé lo que sentías por ella.

Damian sintió una presión en el pecho que le recordó lo inocente que había sido por entonces, hasta qué punto Carmel lo había fascinado. Eso había sido lo peor, porque hasta conocerla, y habiendo crecido pensando que su madre lo había abandonado, no acostumbraba a bajar sus defensas. Carmel se había abierto paso y por primera vez él había llegado a creer que podía confiar en alguien más allá de sí mismo.

Por eso había sido tan devastador encontrarla con otro hombre. Había descubierto que los sentimientos que albergaba hacia ella eran inmerecidos y que había sido un completo idiota.

–No siento nada por ella –dijo. Solo odio. Y un persistente deseo sexual que uno no comentaba con su abuela, sobre todo cuando estaba decidido a sofocarlo–. Nuestro matrimonio ha terminado.

–¿Y por qué no te divorcias de ella?

«Para castigarla». Era una declaración tan infantil que no quiso pronunciarla en alto.

–Si no sitieras algo por ella, ya habrías encontrado a otra mujer –apuntó Zoia.

Damian vio de pronto una oportunidad abierta. Quería que Zoia accediera a operarse. Zoia quería verlo asentado. Carmel quería el divorcio.

–¿Si hago un esfuerzo por reconciliarme con ella, aceptarás operarte? –preguntó–. O, al menos ¿hablarás con el especialista y te harás las pruebas?

Zoia apretó los labios, contrariada.

–Estás sobornando a una anciana que solo quiere verte feliz –le reprochó–. Pero está bien. Si tú lo intentas, yo veré al especialista. Ahora, tráela antes de que se derrita.

Carmel estaba buscando un hotel cuando vio que Damian se dirigía a ella con paso firme.

–Ya sé que me has dicho que me fuera. –Se puso en pie y recogió sus cosas–. Estaba preocupada por tu abuela. ¿Está bien?

Damian se paró en seco, desconcertado por la pregunta. Fijó la mirada en la tira del sujetador que podía intuirse debajo de la blusa de Carmel y luego la miró a los ojos.

–No. Tiene mal el corazón y ha estado a punto de desmayarse. Necesita que la operen, pero se niega.

–Lo siento mucho.

Damian aparentaba estar tranquilo, pero Carmel podía percibir su preocupación. Fue a apretarle el brazo en un gesto de consuelo, pero cambió de idea al ver que sonreía despectivamente.

–¿Hasta qué punto estas desesperada para que te conceda el divorcio?

–¿Cómo? –Carmel se quedó sin oxígeno en los pulmones al tiempo que un destello de esperanza se apagaba definitivamente, dejándola sumida en una profunda oscuridad.

–Zoia quiere verme felizmente casado. Si nos reconciliamos, accederá a ser operada.

–Yo… –Carmel intentó comprender qué quería decir. A pesar de que sabía hasta qué punto Damian la odiaba, sintió una bandada de

mariposas en el estómago–. Pero eso no va a pasar, ¿verdad?

–Por supuesto que no. Solo necesito que me des dos semanas, Carmel. Ese es el precio que pongo al divorcio.

Carmel seguía confusa.

–¿Quieres que finja que nos hemos reconciliado? –Sacudió la cabeza–. No puedo mentirle.

Damian dejó escapar un resoplido sarcástico.

–¿Porque lo harías por el bien de otra persona y no en tu propio interés?

Carmel sintió que se le encogía el corazón.

–Mentir era para mí una adicción tan intensa como el alcohol…

–Ah, también te has desenganchado de mentir. No sabía que eso fuera posible –dijo Damian despectivo.

Carmel alzó la mano con el índice estirado.

–Puedes insultarme si quieres por todo el daño que te dice, pero no se te ocurra reírte de que haya dejado el alcohol. Ni de mis esfuerzos para ser honesta.

Damian entrecerró los ojos como si intentara ahondar en su mirada y Carmel parpadeó para protegerse. Era difícil quitarse el escudo del alcohol y asumir la responsabilidad de los errores del pasado.

Luchó contra el calor que sentía en los ojos. Cambiar era duro, implicaba tomar decisiones difíciles que la antigua Carmel habría rechazado por puro egoísmo. Significaba evaluar todas las relaciones de su vida y decidir por cuáles valía la pena luchar.

–No he dicho que no vaya a ayudarte. He dicho que no quiero mentir a tu abuela.

Pero sí quería ayudar a Damian. Si con ello tenía la oportunidad de compensarle por lo mal que lo había tratado y podía ayudarle con algo que era importante para él; si con ello le daba la posibilidad de pasar más tiempo con su abuela, quería hacerlo.

Aun cuando para ella fuera doloroso.

–Tu abuela quiere que resolvamos nuestros problemas y yo querría terminar nuestro matrimonio con menos acritud, así que estoy dispuesta a esforzarme para conseguirlo.

El escepticismo con el que Damian siguió observándola la hizo titubear, pero perseveró:

–Dime que necesitas de mí.

El semblante de Damian se endureció ante la palabra «necesitar». Apretó los dientes como si se debatiera.

–Tendrás que permanecer en la isla, nada de escapadas para ir de compras o de fiesta. Si pones un pie fuera de la isla, se acabó el acuerdo.

–Suena como el tratamiento de rehabilitación –bromeó Carmel.

–Creía que no se podía bromear sobre ese tema.

–Yo sí. Me ayuda a soportarlo. Por cierto, dile al servicio que retire todo el alcohol. Si quieres beber, hazlo, pero prefiero no estar rodeada de tentación. Todo esto ya me va a resultar lo suficientemente difícil. En cuanto al trabajo, ¿puedo instalar un despacho en alguna parte?

–¿Para los cinco minutos que necesitas trabajar? Puedes usar el mío –dijo él con sorna.

–¿Ves? Ese tipo de broma es aceptable. –Porque le demostraría que se equivocaba. Su entrega a la empresa Davenwear era total, tal y como Damian vería pronto–. ¿Qué hay de…? –Carmel carraspeó para poder continuar–, ¿sexo?

–No pienso tocarte –dijo Damian con aspereza.

–¡Qué alivio!

Carmel se dijo que ser sarcástica no era lo mismo que mentir.

–Hago esto para persuadir a Zoia de que siga el tratamiento que necesita. Si la disgustas, te echaré.

–No voy a disgustarla.

Damian resopló.

–Me sorprenderá que sigas aquí mañana por la mañana.

¡Qué equivocado estaba! Cada comentario despectivo fortalecía su determinación.

Capítulo 3

Abuela –dijo Damian en griego, entrando con Carmel en la casa–: Esta es Carmel. Está de acuerdo en quedarse y trabajar en nuestra relación. –Pasó a hablar en inglés–: Carmel, mi abuela, Zoia.

–Encantada de conocerla. –Carmel se esforzó por hablar en griego, acercándose a ella apresuradamente para que no se levantara–. Por favor, no te molestes.

–¿Hablas griego? –Zoia sonrió, gratamente sorprendida.

Llevaba gafas y un vestido azul oscuro con una ligera rebeca y zapatillas. Se recogía el cabello gris en un moño. Su aguda mirada y su actitud reservada y reflexiva hicieron a Carmel aún más consciente de los crímenes que había cometido contra su nieto.

–Muy poco. –Estrechó la mano de la anciana entre las suyas–. ¿Cómo estás?

–Mucho mejor ahora que por fin Damian te ha traído a conocerme.

–Carmel permanecerá aquí conmigo hasta que vayas a Atenas para operarte –dijo Damian–. Tendrás tiempo de sobra para conocerla, así que ahora puedes descansar hasta la cena.

–¿Y después de la operación? –preguntó Zoia.

–Ya veremos –dijo Damian con dulzura.

Zoia chasqueó la lengua, deslizando la mirada entre ambos como si temiera que la estuvieran engañando, pero les indicó con la mano que podían marcharse.

–¿Desde cuándo hablas griego? –preguntó Damian mientras caminaban hacia la villa.

–Eres muy generoso –dijo Carmel, consciente de que había destrozado la lengua–. La madre de mi hermano era griega. Como

siempre pensaba que hablaban de mí a mis espaldas, aprendí lo bastante como para entenderlos. En realidad, nunca los oí decir ni una palabra sobre mí. Oh, ¡qué preciosidad!

Cruzaron un arco de piedra hacia un patio cubierto por una parra que accedía a un lateral de la casa. Dentro, el servicio había abierto las puertas de cristal que separaban el salón y la piscina.

La decoración era sencilla y elegante, en blanco con detalles azules y amarillos. El suelo era de color tierra y en las paredes colgaban cuadros de arte contemporáneo.

Carmel vio que Damian observaba su reacción.

–Esta es la propiedad que querías comprar cuando nos conocimos.

–Sí –dijo él con gesto severo–. La renové para que Zoia se mudara aquí, pero prefirió seguir en su casa de toda la vida. Ah, aquí viene Lethe.

Una mujer de mediana edad vestida con un sencillo vestido beis sonrió amablemente.

–Lethe lleva la casa –dijo Damian en griego–. Su marido, Pirro, es el encargado de la finca. Lo has conocido al llegar. Esta es Carmel. Se instalará en el dormitorio junto al mío. Comeremos en la piscina y cenaremos con Zoia en la pérgola. Por favor, guarde todo el alcohol en la bodega y no sirva nada con las comidas.

–Por supuesto. Si necesita cualquier cosa, avíseme –dijo Lethe a Carmel antes de desaparecer por una puerta que conducía a la cocina.

Damian la guio al primer piso hasta un dormitorio con una cama doble, un sofá de dos plazas y un cuarto de baño completo.

Carmel dejó sus cosas en la cama antes de abrir las puertas que daban al balcón. Los geranios que bordeaban la barandilla impregnaban el aire y la vista se extendía sobre la piscina hasta el mar, en el horizonte, que se difuminaba en una línea borrosa entre el agua ondulada y la bóveda celeste.

–¡Qué bonito! –exclamó mirando a ambos lados–. ¿El naranjal es tuyo?

–Sí. También el viñedo que hay más allá.

Carmel se volvió hacia Damian y vio que le estaba mirando el trasero. Y aunque no sabía si debía sentirse halagada después de la

aspereza con la que le había dicho que no pensaba tocarla, no pudo evitar sentir un hormigueo en la piel.

Damian miró hacia el interior.

–Originalmente iba a instalar aquí mi despacho, pero es una habitación muy calurosa. Prefiero trabajar en el lado opuesto, que es más fresco.

–¿Cómo puedo organizar que me manden mis cosas?

–Me extraña que no lo hayas pedido antes –dijo Damian con sorna–. ¿Qué caprichos consideras imprescindibles, Carmel?

–¿Algo de ropa? Mi ordenador. Productos de higiene femenina, si no te importa –replicó ella con cierta altanería–. En resumen, lo que dejé en el apartamento de Atlas porque no sabía que me iba a quedar confinada aquí como Perséfone.

–¿Estás llamándome Hades? Todavía no he convertido esto en un infierno.

–Si pretendes que use tu cepillo de dientes, yo diría que ya lo has hecho.

Los labios de Damian temblaron con una sonrisa que reprimió.

–No es necesario. Dame la dirección de tu hermano. Mi asistente recogerá tus cosas y mañana las tendrás aquí.

–Gracias. –Carmel entró y, yendo hasta la cama, sacó el teléfono del bolso–. El chófer de Atlas puede dejar mi maleta en tu edificio. Deja que haga algunas llamadas y que me refresque antes de bajar a comer contigo, ¿vale? –Se quitó los zapatos y se sentó en la cama con las piernas cruzadas.

–Siéntete como en casa –dijo él sarcástico, antes de salir y cerrar la puerta.

Carmel se dejó caer sobre la espalda y suspiró profundamente. Durante unos minutos se concentró en relajarse y contener la adrenalina que la recorría.

Había necesitado desesperadamente que Damian la dejara sola para poder recobrar un poco de calma, aunque no estaba segura de llegar a conseguirlo. ¡Había accedido a pasar dos semanas con él! Allí, en su casa, ocupando el dormitorio contiguo al suyo.

A través de la pared oyó ruidos que sugerían que Damian se estaba cambiando. Entonces imaginó su torso desnudo, sus fuertes

muslos, unos calzoncillos negros…

Abrió los ojos y se reprendió, luego hizo unas llamadas, empezando por el ama de llaves de Atlas y siguiendo por el personal de su oficina.

Mientras se lavaba la cara y se peinaba el cabello ante de volver a recogérselo, se planteó qué decir a Atlas. Miró el reloj y vio que era primera hora de la mañana en Nueva York. Lo mejor sería mandar un mensaje de audio para que oyera su voz y se diera cuenta de que era sincera.

«Te juro que estoy bien», comenzó sin saludar. «Pero voy a trabajar a distancia durante algunas semanas para ocuparme de unos asuntos pendientes. No podré asistir al cumpleaños de Stella. Lo siento mucho, de verdad. No te enfades». Rectificó: «O enfádate si quieres. No puedo mandar en tus sentimientos. Si surge algo en el trabajo, puedes llamarme, pero prefiero tener algo de privacidad mientras me ocupo de esto». Iba a concluir, pero agregó: «Gracias por dejarme tu apartamento. Dale un abrazo a Stella».

¡Ay, los sentimientos! No podía decir que amara a Atlas. Habían estado enfrentados demasiado años, pero sentía un profundo afecto por él. Y más aún por Stella. Era el puente que habían necesitado, así que Carmel solía repetirle a Atlas cuánto le gustaba su cuñada. A los hombres les gustaba que se alabaran sus decisiones, y nunca estaba de más decirle a su hermano que había hecho bien casándose con Stella.

Escuchó el mensaje y lo envió. Luego bajó descalza al encuentro de Damian. Aunque no se sentía preparada, era la única manera de cumplir la promesa de intentar mejorar su relación.

Damian había desarrollado un profundo escepticismo, sobre todo en lo relativo a Carmel, así que no pudo evitar preguntarse si habría dejado deliberadamente las puertas del balcón abiertas para que oyera desde donde estaba, junto a la piscina, el mensaje que estaba grabando.

Como solía hacer cuando llegaba a la villa, se había cambiado para darse un chapuzón, algo de lo que había estado más necesitado de lo habitual, a pesar de que no hacía un calor intenso. Empezaba a

arrepentirse de haber pedido a Carmel que se quedara, pero decidió que alargar la vida de su abuela merecía la tortura que suponía tenerla en su casa. Ya no era el ingenuo idiota que había sido a los veintiséis años.

Aun así, resultaba extraño que hubiera alguien en la villa aparte de su abuela, con la que solía pasar el mayor tiempo posible. Por lo demás, le gustaba estar solo. Su vida en Atenas era agotadora. Viajaba mucho y trabajaba entre doce y dieciséis horas al día, con descansos solo para comer y dormir.

Lo habían llamado adicto al trabajo, pero él no estaba de acuerdo. Había visto trabajar a sus abuelos largas horas y había crecido pensando que era lo normal. Y sus esfuerzos se habían visto recompensados. Su abuela estaba bien atendida y él tenía una buena vida. Cuando estaba en la villa se libraba de parte de la presión a la que estaba sometido, o al menos la dirigía al cuidado de la finca.

Le resultaba sospechoso que Carmel se mostrara tan altruista y cooperativa. Al oír que escuchaba el mensaje que había grabado, prestó más atención. Se disculpaba por no poder acudir a un cumpleaños y Damian supuso que estaba destrozada por perderse una fiesta. ¿Quién sería el amante al que le preocupaba tanto ofender?

Entonces oyó: «Gracias por dejarme tu apartamento», y se dio cuenta de que el mensaje era para su hermano.

Debería de haberse dado cuenta al oír el nombre de Stella. Atlas Voudouris se había casado hacía poco con una mujer suiza. El romance había sido seguido con entusiasmo por la prensa del corazón, pero él solo se había fijado en que Atlas se había puesto al mando de DVE. Su curiosidad no había tenido nada que ver con Carmel.

–Ah. –Carmel salió de la casa, pero se paró en seco al verlo en una tumbona. Y aunque llevaba gafas de sol, Damian intuyó que bajaba la vista a su bañador –. No me había dado cuenta de que estabas aquí.

Alzó la mirada hacia su balcón, como si se preguntara si la había oído.

–¿No? –preguntó él. Y vio que se había remangado los pantalones y que iba descalza.

La primera vez que la había visto, iba en bikini y llevaba un pareo alrededor de las caderas. Unos mechones de cabello rubio le enmarcaban el bronceado rostro. Tenía la complexión esbelta de una modelo y una personalidad gatuna. Su sentido del humor y su seguridad en sí misma lo habían atraído al instante. Aparte de su increíble atractivo sexual.

Como el resto de los hombres que la rodeaban, había caído atrapado en la red de su sensualidad. Él, que estaba acostumbrado a atraer a las mujeres por un cuerpo torneado por el trabajo manual y una personalidad fuerte y ambiciosa, se había sentido halagado de que aquella preciosa mujer con acento de clase alta lo eligiera a él.

Damian ahuyentó aquellos pensamientos y se acercó a la mesa bajo la sombra donde Lethe había dejado una ensalada, *pita* y *tzatziki*. Separó una silla para Carmel.

–Gracias –dijo ella, sentándose y poniéndose la servilleta en el regazo.

Damian se sentó a su vez y tomó la jarra de agua.

–¿Prefieres limonada o un refresco?

–No, me gusta mantener en mis venas el agua helada a un nivel óptimo.

–Había olvidado que tu sentido del humor era más bien negro. –Damian dio un sorbo al agua.

Solía añadirle un chorrito de ouzo cuando se relajaba junto a la piscina, pero había decidido acompañar a Carmel en la abstinencia. No suponía un gran sacrificio. No acostumbraba a beber más que ocasionalmente, así que se lo tomaría como un interesante ejercicio. Además, tenía que mantener la mente despejada.

–¿Cuánto tiempo llevas abstemia? –preguntó mientras empezaban a comer.

Carmel se puso seria.

–Ocho meses. Antes de eso, un año entero.

–¿Qué pasó hace ocho meses? ¿Fue cuando tu padre cortó contigo?

–No. Eso pasó más tarde y no me afectó. No: Atlas se casó.

–¿Lo celebraste?

–Ja. Se ve que no recuerdas cómo era mi relación con él. –Carmel dejó el tenedor en el plato y bebió agua –. No me importa hablar de mi rehabilitación, pero no sé si es un tema seguro. ¿Por qué quieres saberlo?

Damian no estaba seguro. Quizá porque no se había dado cuenta de que el problema había sido tan serio como para que Carmel buscara ayuda. En el breve tiempo que habían pasado juntos era evidente que bebía en exceso, pero no era nada raro entre la gente de veintitantos años. Además, se habían conocido mientras ella estaba de vacaciones y luego se habían casado. No le había gustado verla borracha, pero no había sido una bebedora molesta o torpe. Le daba por parlotear, coquetear y, a menudo, desnudarse. Eso no había supuesto ningún problema hasta el último y espantoso día.

–Necesito estar segura de que no vas a usar mi problema con la bebida en mi contra, Damian.

–Mi deseo de venganza tiene sus límites –replicó él, ofendido.

–No te lo tomes como algo personal. –Carmel se encogió de hombros–. He tenido tantos problemas en terapias de grupo que ya no participo en ninguna.

–Se supone que esas terapias son confidenciales.

–Y lo son. Pero es tentador ganar dinero contando mis trapos sucios.

–Si quisiera perjudicarte podría haber desvelado hace mucho tiempo que estamos casados.

–¿Por qué no lo has hecho?

–Por vergüenza.

–Está bien saberlo.

Se produjo un tenso silencio que Damian finalmente rompió:

–Disculpa. Ha sido un golpe bajo. No volverá a suceder.

Lethe llevó una *spanakopita* y unas brochetas de cordero a la mesa y se fue.

Para sorpresa de Damian, Carmel dijo entonces:

–Puede que recuerdes que mi madre murió cuando yo tenía doce años. Fue la primera vez que bebí.

–¿En su funeral? –preguntó Damian perplejo.

–Al poco tiempo.

–Murió por algo del corazón, ¿no?

–Tenía un problema de tiroides que le causaba arritmias. –Carmel asintió. Luego bajó la mirada al plato–. Un día volví del colegio y… ya no estaba.

Damian se había sentido identificado con su abrupta pérdida. Cómo él, Carmel había erigido en su entorno una sólida barrera de protección. Por entonces, había creído que se parecían porque ambos tenían problemas para confiar en los demás y, al proponerle matrimonio, había creído que juntos podían construir una vida basada en la confianza mutua.

Desafortunadamente, no había sido así.

–Mi padre me mandó de vuelta al internado en cuanto pasó el funeral. –Carmel bebió agua–. Según los numerosos terapeutas que he tenido desde entonces, cometió un error. –Tras una breve pausa, continuó–: Nunca fui una buena estudiante, pero mi madre solía ayudarme. Mi padre, en cambio, pensaba que debía esforzarme más. Un día estaba llorando porque había suspendido un examen y una chica mayor me ofreció una copa. Me supo deliciosa y borró todos mis problemas. Aún mejor fue que me pillaran y me castigaran mandándome a casa. –Carmel alzó la mirada con una sonrisa triste.

–Lo que fue una suerte para ti –apuntó él.

–Exacto. Así empezó un círculo vicioso: bebía, me expulsaban, sacaba malas notas porque perdía muchas clases, volvía a beber… Al final, la directora del colegio le dijo a mi padre que, si no cambiaba de actitud, me expulsarían. Así empecé a ir a terapia de grupo. Conté lo que acabo de contarte y al día siguiente apareció publicado en uno de los periódicos rivales de mi padre. Lo acusaron de crueldad por impedir que su hija pasara el duelo. Se puso hecho una fiera.

–¿Porque te traicionaran?

–Jaja. ¿Me dejas usar esa broma en el futuro? –preguntó Carmel sarcástica–. Claro que no: estaba furioso conmigo por haberle hecho quedar mal.

Eso se correspondía con el hombre que Damian recordaba.

«Mi hija es una Davenport, ¡cómo va a casarse con un don nadie como tú!».

–Intento no buscar excusas para mis fracasos, pero aquel episodio deterioró mi confianza en el proceso. Intenté controlarlo yo sola bebiendo a escondidas, aunque no engañaba a nadie más que a mí misma. Eso pasó durante los años que hice de modelo. Al contrario que yo, que abandoné los estudios, Atlas terminó la carrera. Mi padre le dio un puesto en la empresa y me dijo que, si me rehabilitaba, me daría trabajo también a mí. Fue mi segundo intento. En esa ocasión conté lo traumático que había sido saber que mi padre había tenido una aventura mientras mi madre estaba embarazada de mí, y que me había enterado de la existencia de Atlas cuando mi padre lo trajo a vivir con nosotras. Conté que había perdido la confianza en mí misma cuando mi padre me dijo que haría a Atlas su heredero porque yo no era lo bastante lista como para dirigir DVE.

Mientras estuvieron casados Carmel solo hablaba de su hermano en tono despectivo.

–Decir algo así a una niña es una barbaridad.

–Peor aún fue que esas palabras se convirtieran en un titular al día siguiente: *Atlas el Magnífico*. Mi padre volvió a enfurecerse y yo perdí la cabeza. –Sonrió con malicia–. Fue entonces cuando Atlas tuvo la brillante idea de fundar la Fundación Davenport para crear una clínica de desintoxicación fuera de Londres. Si violaban mi privacidad, perdían la financiación. Ingresé tantas veces que me dieron un juego de llaves.

–¿De verdad?

–No. –Carmel rio–. Pero casi.

–Me refería a si buscaste ayuda varias veces.

–¿Te has perdido la parte de que soy mala estudiante?

–¿Haces bromas porque no te gusta hablar de este tema?

–No… Bueno, puede que sí. –Carmel suspiró–. En realidad, no busqué ayuda de verdad hasta hace unos años. Antes me la imponían y yo la rechazaba.

–¿Por qué?

–Porque no quería cambiar. No lo necesitaba. Y para mi padre era más sencillo. Mientras fuera inestable, podía negarme el acceso al dinero de mi madre.

–El que pensaste que te daría cuando nos casáramos.

–Sí. También nos enemistó a Atlas y a mí. A él le decía que temía mi reacción si se retiraba y lo nombraba director a él. Luego me decía a mí que estaba impidiendo que Atlas llegara a la dirección por mi bien, porque sabía que adoptaría una actitud autoritaria.

–Pero ahora Atlas está al cargo de DVE, ¿no?

–Sí. Mi padre tenía problemas con la junta directiva por mujeriego. Por eso nunca se ha vuelto a casar tras la muerte de mi madre. Ha pasado de una mujer a otra, algunas de mi edad o más jóvenes.

Como él.

–La junta temía que Atlas fuera como él y le exigieron que se casara si quería su apoyo. Mi padre le eligió una esposa, pero solo para seguir él en el poder. Sin embargo, Atlas se casó con Stella. Mi padre entonces intentó ganarme, diciéndome que Atlas quería dar un golpe de estado. Eché por la borda un año de abstinencia porque…

Por el rictus y la forma en que Carmel hundió los hombros, Damian intuyó que había pasado por momentos difíciles.

–¿Por qué? –la instó.

Carmel tomó aire como si saliera de un trance y alzó la cabeza.

–Creí que era lo que mi padre quería. No había querido darme cuenta de que usaba mi problema con la bebida contra Atlas, pero era Atlas quien me llevaba a la clínica. Aquel día estaba furioso, pero no conmigo. Y yo estaba tan enfadada por haber echado todo un año a perder que voté con la junta contra mi padre. Nombraron director a Atlas y mi padre rompió con nosotros.

–Así que estás arruinada.

–Tengo el sueldo de presidenta de Davenwear, que es generoso. Y, si lo necesitara, Atlas me ayudaría. Pero prefiero no pedirle nada… –Carmel arrugó la nariz–, por orgullo.

Damian la estudió, filtrando cada palabra, preguntándose hasta qué punto era sincera o si solo era una historia más para conseguir lo que quería.

–Entiendo que no confíes en mí –dijo ella, adivinando su escepticismo–. Yo misma no confío en mí. Quiero quedarme aquí y brindar consuelo a tu abuela, pero no me resulta fácil verte y pensar en todo lo que hice mal. –Torció los labios en un gesto de autodesprecio–. Pero acabo de compartir mucho contigo, así que voy a dar la sesión por concluida –dejó el tenedor y el cuchillo en el plato–, y a recompensarme con un postre.

Capítulo 4

Temiendo que Damian hubiera escuchado sus llamadas anteriores, Carmel cerró las puerta del balcón mientras hablaba con su terapeuta después de comer.

–No tienes que aceptar ningún ultimátum ni hacer penitencia –le recordó ella–. Podrían ocuparse tus abogados; a no ser que realmente quieras una reconciliación.

–No quiero seguir casada, pero sí me gustaría hacer las paces.

Ya no le importaba lo que mucha gente pensara de ella, pero lamentaba haber perdido el respeto de Damian, y, si podía recuperar al menos una porción, quería intentarlo.

Continuaron hablando un rato sobre cómo debía actuar y, cuando colgó, Carmel fue a la cocina a rellenar su vaso de agua.

Lethe entró por la puerta trasera.

–Oh. –La mujer sonrió, sorprendida por encontrarla allí–. Esto es para usted –dijo tendiéndole una bolsa de lona–. Lo he comprado en la *boutique* al pie de la colina. He elegido lo que pensé que necesitaría hasta que llegaran sus cosas.

–¡Qué amable! –Carmel miró dentro y vio varios artículos de tocador y un vestido de verano de algodón en tonos amarillos y verdes–. ¿Qué le debo?

–*Kýrie* me ha dicho que lo cargue a la cuenta de la casa.

–Ah, gracias. ¿Sabe dónde puedo encontrarlo? –Carmel no quería estar en deuda con él.

–Fuera, con Pirro. –Lethe señaló la colina.

Carmel llevó la bolsa a su dormitorio y al vaciarla sobre la cama vio que contenía ropa interior, dos bañadores, el vestido y unas chancletas.

Se puso un bañador y, bajando a la piscina, nadó varios largos. Luego se echó en una de las tumbonas en la sombra y pensó en cómo suavizar las cosas con Damian.

La conversación durante la comida había sido difícil. Ella estaba acostumbrada a ser el centro de atención por un motivo u otro, pero siempre había sentido la que Damian le dedicaba con más intensidad que cualquier otra. Era algo sexual, pero no exclusivamente.

La primera vez que se habían visto, ella estaba en una fiesta en Mykonos. Para entonces, su empresa de paneles solares dominaba el mercado de las islas y Damian había ido a la casa a revisar una instalación. Sus vaqueros y su polo habían acentuado su poderosa complexión y las despectivas miradas que dedicaba a las payasadas que hacían los invitados borrachos habían supuesto un desafío al que ella fue incapaz de resistirse.

–Únete a nosotros –le había dicho.

–Tengo que ir a otras tres casas. –Damian hizo una pausa y, por el cosquilleo que ella sintió en los pechos y el vientre, supo que la recorría con la mirada desde detrás de sus gafas de sol–. Puedes venir conmigo, si quieres. Cuando acabe te traeré de vuelta.

–Voy a por mi bolso.

Como de costumbre, estaba borracha y se dejaba llevar por sus impulsos, pero evitaba ponerse en situaciones incómodas con hombres. Tras una mala experiencia en su adolescencia había aprendido a beber menos o a permanecer con el grupo.

Sin embargo, estaba aburrida de la gente con la que estaba, del estilo de vida que llevaba. Nadie impidió que se fuera, lo que le sirvió para confirmar lo poco que se preocupaban por ella.

Damian la había intrigado, y algo en su actitud displicente le había hecho sentirse segura por primera vez en mucho tiempo.

Se puso unos pantalones deshilachados sobre el bikini y unas sandalias y subió a la camioneta de Damian. Él la llevó por una ruta escénica, con las ventanillas abiertas y música en la radio.

Cuando llegaron a la villa, Damian recorrió relajadamente la propiedad mientras le explicaba lo que hacía.

–¿Tú qué haces? –preguntó él.

–Soy modelo en la empresa de mi padre. –Le enseñó varias fotografías en su móvil.

Cuando fue a subir una escalera con él, Damian la detuvo.

–Has estado bebiendo.

–Solo un poco –mintió ella. Y aprovechó que estaban cerca para rodearle el cuello con los brazos.

Él la tomó por la cintura y aceptó los labios que le ofrecía, tomando a un tiempo su peso y su aliento.

Ella se sintió de pronto suspendida, atrapada en un beso que le hizo perder la noción de todo, excepto del duro cuerpo presionado contra el suyo y de la actitud dominante con la que asaltaba sus labios. Olía a sudor y sabía salado, y los dos estaban muy excitados.

Cuando finalmente la dejó deslizarse hasta el suelo, ella se encontraba aturdida.

–Quédate aquí –le ordenó él.

–¿O volverás a besarme? –bromeó ella.

–O no te besaré –le advirtió él.

Aunque la rebeldía que la caracterizaba la impulsó a desafiarlo, decidió esperar pacientemente por temor a que cumpliera su amenaza. Y cuando él terminó de bajar, le tomó el rostro entre las manos y la besó lenta y seductoramente.

El resto de la tarde había transcurrido de la misma manera, dulce y sensual. Hasta que al llegar a la última casa se habían bañado desnudos en la piscina, tocándose y besándose hasta que ella preguntó jadeante:

–¿Tienes un condón?

–En los pantalones. Vayamos a la cabaña.

Pero Damian no había dado por terminados los preliminares. Fue dejando un rastro de besos en su cuello hasta llegar a sus endurecidos pezones. Mientras los succionaba con su caliente boca haciéndola enloquecer, le había abierto las piernas para acomodar entre ellas su torso y había ido descendiendo, provocando un incendio en su pelvis…

Carmel notó agua en la piel. Se despertó sobresaltada y desorientada hasta que se dio cuenta de que estaba en la villa de

Damian. La sangre le corría pesada por las venas y sentía el sexo pulsante.

Damian estaba metido en el agua hasta la cintura; el vello oscuro cubría sus desarrollados pectorales y Carmel pudo intuir un bañador azul bajo el agua, aunque recordaba el nido de vello negro que coronaba su sexo en erección aquella tarde mágica.

Desvió la mirada hacia la distancia, peguntándose si Damian podía adivinar lo que había estado soñando. ¿Habría gemido? ¿Se habría tocado?

Un rubor culpable le coloreó las mejillas. Se incorporó y puso los pies en el suelo.

–Me he quedado dormida –dijo sin venir a cuento.

–¿Por qué? –preguntó él con suspicacia.

–Porque anoche dormí mal. –Ir a verlo la había puesto nerviosa.

Se metió en la piscina y se sentó en el escalón de la escalerilla, con el agua hasta el pecho para intentar refrescar su sangre o al menos esconder su excitación. Damian nadó de espalda hasta el extremo opuesto y acomodó los codos en el borde de la piscina.

–He hablado con mi terapeuta –comentó Carmel–. Me ha dicho que te pregunte cómo te afectó mi comportamiento y que me limite a escucharte. ¿Estás dispuesto a hacerlo? –Carmel se preparó para lo peor porque sabía que cualquiera de las dos respuestas posibles le harían daño.

Él emitió un sonido entre la risa y el gruñido.

–¿Quién demonios eres? Esta versión de ti me desconcierta. Resulta falsa.

–¿Es esa tu mayor queja contra mí, que no te dé motivos para odiarme?

Damian la miró fijamente antes de resoplar.

–No.

–Usé tu tarjeta de crédito –empezó Carmel–. Creo que gasté diez mil euros. He pedido en el banco que preparen un cheque por esa cantidad más los intereses correspondientes de estos cinco años. Está en el sobre con los papeles de divorcio.

–No acepté el soborno de tu padre y no pienso aceptar el tuyo.

–Mi padre te insultó –admitió Carmel–. Y yo lo consentí. Te pido disculpas. No puedo hacer que él se disculpe, pero puedo prometerte que no volverá a pasar. A no ser que vayas a buscarlo tú mismo.

–Tus acciones me dan igual, Carmel. Lo que no soporto es lo estúpido que me hiciste sentir. No sé cómo pude caer en tus mentiras. Acabaste con mi capacidad de confiar en cualquiera, especialmente en las mujeres. Esa es mi mayor queja contra ti.

Carmel tragó saliva y permaneció callada.

–Todo lo que quiero de ti es que seas amable con mi abuela durante un par de semanas. Este enternecedor ejercicio de sinceridad es innecesario; no cambiará nada porque nunca voy a creer nada de lo que digas.

Carmel sintió la garganta seca y el pecho dolorido. Solo pudo asentir con la cabeza y aceptar su juicio cargado de rencor.

–¡Por Dios, di algo, defiéndete! Esta actitud mansa me hace sentir como un matón. ¿Es eso lo que pretendes?

Carmel alzó la mirada del agua y lo miró. ¿De verdad creía que había olvidado cómo ser cruel o hasta qué punto la verdad podía ser el arma más afilada?

–Te casaste conmigo por dinero, Damian. Te dije que mi padre me daría acceso a la herencia de mi madre y al día siguiente me llevaste a Gibraltar. Fue él quien mintió, no yo. Y sí, cuando tuve que decidir, lo elegí a él y las comodidades que me proporcionaba en lugar de jugármela contigo. Él era el mal conocido. Siento que desde entonces pienses que todas las mujeres son tan infieles como yo, pero eso es un asunto entre tú y tu ego, porque eso es todo lo que yo dañé. Te pregunté si me amabas y me contestaste: «¿Cómo voy a amarte?».

La voz se le quebró al recordar la escena.

–Nos conocíamos desde hacía ocho días; me habías presentado los papeles del divorcio –le recordó él con amargura–. Solo me lo preguntaste después de que nos acostáramos, así que no intentes hacerme creer que lo decías de corazón.

No podía culparlo. Por aquel entonces se lo decía a todo el mundo, desde la amiga que se mudaba a otro país hasta el chico que le

llevaba una copa a la piscina. Lo cierto era que su madre era la única persona que la había amado. Los pocos amigos que tenía en el colegio se habían desvanecido, y los demás la habían querido por su dinero. Su padre no la amaba y ella había conseguido que Atlas la detestara.

Lo que había sentido por Damian había sido tan nuevo y desconocido que la había asustado, porque sabía lo doloroso que era amar y perder al ser amado.

Como no había sabido expresar lo que le pasaba y, temiendo utilizar un vocabulario más preciso hasta saber que él la correspondía, había usado las palabras que para entonces habían perdido sentido por gastadas.

Pero Damian no la había correspondido.

–La verdad es que, después de perder a mi madre, pensé que nadie volvería a amarme –dijo sin rodeos–. Ese es el origen de todos mis problemas. O eso me dicen.

Se puso en pie y el agua se deslizó por su cuerpo, resbalando como todos los sueños que había albergado en su vida. Tomó la toalla bruscamente y se la envolvió en la cintura. Estaba demasiado afectada para continuar aquella conversación.

–Tienes razón. Hablar de estas cosas no sirve de nada, solo las empeora, así que olvidémoslo. ¿A qué hora es la cena? No quiero hacer esperar a tu abuela.

El sol se estaba poniendo cuando Damian fue a recoger a Zoia.

Al pasar junto a la pérgola, vio a Carmel sentada, de espaldas a él, con un vestido y el cabello recogido en una coleta.

«Pensé que nadie volvería a amarme. Ese es el origen de todos mis problemas».

Aunque había hecho el comentario con su habitual sarcasmo, y él había decidido no creer nada de lo que dijera, la afirmación lo había sacudido.

Él mismo había tenido dudas de pequeño de ser merecedor de amor. Cuando su madre lo dejó allí, su abuelo lo había rechazado inicialmente y, a pesar de que con los años había conseguido

ganarse el afecto y la confianza de Eurus, la sensación de abandono lo había perseguido hasta la madurez, cuando había averiguado que su madre no lo había abandonado.

Sin embargo, eso no había evitado que decidiera erradicar el amor de su vida por ser una emoción que ni necesitaba ni quería. Cuidaba de Zoia porque era su familia y porque le había dado un hogar. Tenía el deber de hacer lo mismo por ella.

Lo que había sentido por Carmel había incluido también cierto sentido de responsabilidad. Ella lo había fascinado y su interés en el trabajo que hacía le había resultado halagador. El interés en invertir en su proyecto había avivado su ambición y, dado que ella lo presentaba como si su padre la tuviera cautiva, negándole el acceso al dinero de su madre, pensó que pedirle matrimonio resolvería el problema. Y sí, ella había prometido ayudarle a comprar aquella propiedad. De haberlo hecho, les habría pertenecido a los dos y, en ese sentido, él había creído que estaban construyendo una vida en común.

Había pasado la tarde pensando en lo que le había contado en el almuerzo. Luego la había encontrado dormida en la tumbona y al ver que no se despertaba la había salpicado con el agua de la ducha. Eso la había hecho incorporarse al instante. Se podían intuir sus pezones duros bajo el bikini y un rubor de culpabilidad le había coloreado las mejillas.

La sospecha de que estaba teniendo un sueño erótico le había hecho sumergirse de inmediato en el agua para aplacar su excitación y se había mantenido en el extremo opuesto a ella para recuperar el aliento y permanecer alejado de la tentación.

Cuando Carmel le había invitado a airear sus quejas, había querido aullar de frustración, porque la fundamental era que seguía encontrándola fascinante.

Pero tanto si era verdad que estaba allí para exorcizar sus demonios como si seguía siendo una mentirosa compulsiva, no era la mujer para él.

La situación era absurda y debía haberla evitarlo, pero se recordó que todo lo hacía por su abuela.

–El médico quiere verte en su consulta mañana por la tarde –dijo a Zoia cuando caminaban lentamente hacia la pérgola.

–Sabes que es una pérdida de tiempo –dijo ella–. ¿No ibas a pasar el mayor tiempo posible con tu esposa?

–Va a cenar con nosotros.

–Eres tú quien debe estar con ella, cortejarla, sacarla a cenar.

–Si sigue aquí mañana, igual siga tu consejo –dijo él escéptico.

Zoia no dijo nada hasta que llegaron junto a Carmel.

–Mañana seguirás aquí, ¿verdad? –preguntó.

–Nunca he sabido cuándo irme –contestó Carmel con sorna. Y volvió a sentarse mientras Damian acomodaba a su abuela.

Damian desvió la mirada de los hombros y el escote que el vestido de Carmel dejaba expuestos. Aunque era tan bonita que habría resultado seductora hasta con un saco de arpillera.

–Háblame de ti –dijo Zoia–. ¿Por qué acabaste tu matrimonio antes de que empezara?

–Ah. – Alarmada, Carmel miró a Damian con una pregunta muda: «¿Hasta qué punto quieres que diga la verdad?»–. Será mejor que me traduzcas. Mi griego no es lo bastante bueno.

Así, ella no mentiría, pero él podría hacerlo si lo prefería.

–Mi padre se opuso –dijo, y esperó a que Damian tradujera–. Quería que me casara con el hijo de un amigo suyo. Se enfureció porque no le pedí permiso para casarme con Damian.

–¿Por qué no lo hiciste? –preguntó Zoia.

–Porque sabía que no me lo daría.

–Ah. –Zoia lanzó a Damian una mirada astuta, entendiendo que había sido utilizado–. ¿Por qué no pediste el divorcio antes?

–Lo pedí, pero Damian me lo negó.

Carmel miró a Damian, preguntándose si mentiría, pero no lo hizo a pesar de que nunca le había contado a Zoia lo sucedido. Tras casarse, la había llamado explicando que iban a Londres para decírselo al padre de Carmel y pidiéndole que guardara el secreto hasta que llevara a su novia a casa. Debía de haber sido el

entusiasmo en su voz durante esa llamada lo que le había hecho decirle: «Sé lo que sentías por ella».

Porque había vuelto solo, furioso y humillado. Y cuando Zoia le preguntaba si no quería volver a casarse, él le decía que seguía casado con Carmel, pero nunca le había dado ninguna explicación.

–Mi padre amenazó con desheredarme si no me divorciaba –continuó Carmel–. Temí perder la empresa de mi madre. Era lo único que me quedaba de ella y para lo que había trabajado. Así que le dije que me había divorciado y, cada vez que intentaba casarme con alguien, me las arreglaba para ahuyentar a mi pretendiente.

Damian se preguntó si con eso quería decir que se emborrachaba y montaba un escándalo, pero apartó ese pensamiento y aclaró a su abuela en qué consistía Davenwear:

–La madre de Carmel abrió una empresa de ropa deportiva de mujer, elegante y de calidad, que pronto adquirió tanto éxito que pasó a financiar la empresa de medios de comunicación de su esposo. Cuando la madre de Carmel murió, él dedicó todos sus esfuerzos a universalizar la marca, incluyendo que sus hijos se hicieran modelos.

Era comprensible que Carmel hubiera luchado para hacerse con ella. Era un negocio rentable y con posibilidades de expansión.

–No recuerdo haberte dado tanta información –dijo Carmel sorprendida.

–Sé leer –replicó él.

–¡Eres modelo! No me extraña que seas tan bonita –dijo Zoia.

–Gracias, pero deberías ver a mi hermano. Puede que lo conozcas: ¿Atlas Voudouris?

–¿El nadador? ¿Es tu hermano? –Zoia elevó la voz animada y tocó el brazo de Damian–. Le vimos ganar la medalla de oro, ¿verdad? ¿Cómo no me dijiste que estábamos relacionados con alguien tan famoso? –reprendió a Damian. Luego preguntó a Carmel–: ¿Cómo es que tu hermano es griego?

Carmel dijo con amargura:

–Mi padre tuvo una aventura con la madre de Atlas. Ella le pidió ayuda económica cuando Atlas empezó a destacar como nadador y mi padre dijo que tenía que vivir con nosotros y convertirse en su

sucesor en DVE. No quería volver a casarse y menos cuando ya tenía un hijo varón perfectamente capacitado.

–¿Y tú no lo estabas? –preguntó Zoia sorprendida.

–Para él, no. Y eso ha causado muchas tensiones entre nosotros. Pero ya no me importa. Yo prefiero concentrarme en la empresa de mi madre.

Zoia le preguntó sobre la empresa y Carmel le contó divertidas anécdotas: un sujetador que había salido mal, una fiesta para la que pidieron *pizzas* sin saber que las distribuían *strippers*…

–En Recursos Humanos se enfadaron conmigo –dijo riendo–. Otro día creí que estábamos en bancarrota. Todo el mundo sabe que las matemáticas se me dan fatal. Normalmente mi equipo comprueba mi trabajo, pero se trataba de un acuerdo que había que cerrar antes de medianoche. Comprobé todas las cifras y firmé la propuesta. A los dos días me escribieron desde contabilidad: «Estas cifras están mal». Era un pedido enorme y apenas nos quedaba margen de beneficio. Cancelar el contrato habría sido un desastre.

–¿Qué hiciste? –preguntó Damian, tan expectante como Zoia.

–Había puesto un cero menos en el cálculo. ¡Ganamos diez veces más de lo previsto! Pero fue pura suerte.

Zoia aplaudió entusiasmada.

Damian no la había visto tan animada en mucho tiempo y pensó que le daba lo mismo que la anécdota fuera verdad o mentira si ponía aquel brillo en los ojos de su abuela.

–Se ve que te gusta lo que haces –dijo Zoia.

–Sí, es como mantener viva una parte de mi madre.

–¿Y alguna vez te has planteado llegar a serlo?

–¿Madre? –Carmel miró a Damian.

–No quiere contestar. Es una pregunta demasiado personal –dijo Damian en griego.

–No me importa –dijo Carmel, rozándole el brazo brevemente, aunque él sintiera el contacto como si le quemara–. De pequeña asumí que formaría una familia. En el colegio me fue mal y quizá por eso renuncié a nuestro matrimonio tan fácilmente. –Miró a Damian y encogió un hombro–. Siempre se me ha dado bien fracasar. Desde

entonces he tomado muchas decisiones equivocadas. Creo que es mejor que no sea madre.

–Espero que te lo replantees. Los hijos son un consuelo cuando te haces mayor. –Zoia miró a Damian–. Y los nietos aún más.

–Yo nunca pienso en envejecer –admitió Carmel.

–Aunque no pienses en ello, sucederá –dijo Zoia filosóficamente–. Y, llegado el momento, te cansas pronto y tienes que retirarte, aunque estés en buena compañía. Ven a verme mañana. Te enseñaré mi jardín.

Capítulo 5

Mientras Damian acompañaba a Zoia a su casa, Carmel deambuló hasta la empinada escalera tallada en la roca que conducía a la playa y la descendió, pero al pie estaba cerrada por una cancela. Cuando volvió a lo alto, vio a Damian cruzar hacia la villa.

–¿Me tienes encerrada? –preguntó alzando la voz.

Damian fue hacia ella.

–No. Es que… Deja que te enseñe.

Bajó hasta un relleno y le enseñó un casillero pequeño que contenía unas esterillas y una sombrilla, luego le indicó un código para que lo marcara en el teclado metálico. Cuando la cancela se abrió, la mantuvo abierta para Carmel, antes de seguirla y cerrarla detrás de ambos.

Ella serpenteó por la alfombra de arena fina de la pequeña playa. Con el cielo tornándose morado y tiñendo el agua de azul tinta, la atmósfera era hechizadora, romántica.

–Aunque el acceso no es fácil, hay unas ruinas a un par de kilómetros por el que se puede llegar hasta aquí –explicó Damian–. No se acerca casi nadie, pero en algunas páginas web se anuncia como playa nudista y hay quien viene buscando intimidad.

–¿Ah? ¿La inauguraron tus abuelos?

Damian no se molestó en contestar.

–Los paseantes creen que las escaleras son un atajo –dijo indicando una señal en varios idiomas en la que se leía que era propiedad privada–. Es una playa muy segura para andar. Cubre poco y no hay corrientes.

–¿Solías bajar aquí de pequeño?

–No me dejaban porque había nudistas.

–¿Y te unías a ellos?

–Algunas veces –dijo Damian encogiendo un hombro.

Carmel rio y, aunque no podía ver bien su rostro en la penumbra, tuvo la impresión de que sus facciones se suavizaban. En cualquier caso, su perfil mientras contemplaba el agua era de una belleza espectacular.

Recordó la conversación con Zoia y preguntó titubeante:

–No quiero meterme donde no me llaman, pero ¿nunca has conocido a alguien con quien quisieras vivir y formar una familia?

Damian la miró con severidad.

–No te pedí el divorcio por muchos motivos. No quería ponerte las cosas fáciles y tampoco quería tener que gastar dinero si las cosas se complicaban. No podía arriesgarme a que me arrebataras lo que había conseguido construir.

Carmel miró hacia el agua para que no viera hasta qué punto le dolían sus palabras.

–En cuanto a tener hijos, soy como tú: dudo que fuera un buen padre.

–Pero la familia es importante para ti, ¿no es cierto?

–Zoia lo es. Su confort y seguridad han sido siempre mi prioridad. Solo estos últimos años me he dado cuenta de que no tengo un heredero para mi imperio.

–El sistema es absurdo, ¿verdad? Antes de que viniera Atlas, yo asumía que sería la sucesora de mi padre. Sentía mucha presión porque no estaba preparada, y no por mis dificultades de aprendizaje, sino porque mi padre no se había molestado en prepararme. Pero yo creo que tú serías un buen padre. Adoras a Zoia, la proteges, y creo que harías lo mismo si tuvieras hijos.

Damian reflexionó antes de contestar.

–Zoia solo pudo tener a mi madre. La granja original había pertenecido a la familia de mi abuelo durante generaciones. Mi abuelo quería que mi madre se casara con un chico del pueblo y se quedaran a trabajar aquí. Pero a ella le agobiaba la vida en la isla. Fue a Atenas a la universidad y cuando volvió les dijo que estaba embarazada de un chico australiano. El abuelo quiso que le dijera quién era para obligarlo a casarse con ella. Discutieron y mi madre

se marchó, diciendo que podía criarme sola. Según la abuela, era tan testaruda como su padre.

–¿Así que es de él de quien has heredado ese rasgo? –bromeó Carmel.

–Puede ser, pero jamás lo admitiría –dijo él, haciéndole sonreír.

Carmel quería preguntarle si había tenido noticias de su madre, pero sabía que era un tema que lo incomodaba. Apenas lo había mencionado mientras estuvieron juntos, y solo porque ella había hablado de la pérdida de su propia madre.

–Recuerdo que me dijiste que tu abuelo era muy estricto.

Aunque ya había muerto cuando se conocieron, su sombra seguía alimentando la determinación de Damian por crecer, por expandirse.

–Estaba chapado a la antigua y me inculcó una fuerte ética del trabajo.

Carmel sonrió.

–Mientras que mi padre me mantuvo callada dándome todo aquello que le pedía.

–¿Quién va a heredar sus bienes ahora que Atlas ha dado un golpe de estado y tú te has aliado con él?

–Supongo que nos repartiremos lo que quede, pero, por lo que dice, piensa gastarse hasta el último céntimo solo por vengarse de nosotros. Me da lo mismo. Tengo acciones de DVE y, con Atlas al mandó, sé que se prosperará. Ahora me gano la vida por mi cuenta. Pregúntale a Atlas si no me crees. Puedes verlo en los documentos. He dejado el sobre en tu escritorio.

–Da lo mismo lo que digan –dijo Damian–. No voy a firmar nada hasta que cumplas con tu parte del acuerdo.

–Pero a mí me importa que me creas.

–Carmel, conozco bien las tácticas de presión –dijo él con actitud cansada–. Yo mismo las he usado: «Firma ya o cambiaré de idea. Si no, subiré el precio».

–¡No te estoy amenazando con cambiar nada!

–Mientras no lea el documento, no puedes cambiarlo.

–¿Piensas dejar nuestro matrimonio en suspenso hasta abrir el sobre?

–Esa es mi idea.

–Eres verdaderamente testarudo.

–Deberíamos volver antes de que oscurezca del todo y no podamos ver los escalones.

Damian abrió la cancela para dejarla pasar. El hueco de los escalones estaba muy oscuro, pero el calor del día irradiaba desde la pared de piedra. Carmel encontró la barandilla y comenzó el ascenso, consciente de que Damian la seguía.

Su chancleta se enganchó con el borde de un escalón y perdió el equilibrio.

Damian la sujetó por la cintura para estabilizarla.

Ella tomó aire y se enderezó, girándose mientras él dejaba caer el brazo.

Carmel estaba un escalón por encima de él, así que quedaron cara a cara, prácticamente pegados en aquel estrecho espacio. La mano de ella posada sobre el hombro de Damian, aunque no recordara haberlo colocado allí; pero allí estaba, absorbiendo la solidez de su cuerpo.

Carmel se dijo que debía girarse y seguir subiendo, pero sus pies no la obedecieron. No podía ver el rostro de Damian, pero podía percibir su tensión mientras permanecían paralizados, atrapados en un lapso en el que eran cinco años más jóvenes.

Solo se dio cuenta de que había deslizado la mano hasta su cuello cuando oyó que Damian suspiraba. Sintió contraerse los tendones en lo alto de sus hombros; las manos extendidas de Damian encontraron sus caderas, atrayéndola hacia sí y tomándola por la cintura.

Carmel notó que perdía pie, pero él la sujetaba con tanta fuerza que no tuvo miedo y se dejó llevar por la misma sensación de flotación que había experimentado cuando se besaron por primera vez.

Y entonces llegó el calor y el hambre de sus húmedos y exigentes labios consumiéndola, besándola con fuerza, pero sin hacerle daño. No, era ella quien presionaba su boca con fuerza contra la de él, el corazón retumbándole por la intensidad de su deseo.

Era el choque entre dos elementos magnetizados obligados a separarse, pero que en aquel instante se unían y fusionaban

intentando convertirse en uno.

Damian se giró y Carmel notó la pared de piedra a su espalda, la barandilla le presionaba las nalgas. Levantó las piernas para enlazarlas a la cintura de Damian y sintió la columna de su erección contra su sexo. La firme mano de Damian apartó el vestido para reclamar uno de sus senos, donde el pezón endurecido esperaba anhelante su boca.

Pero entonces Damian gimió y dijo con amargura:

–No.

Apoyó la mano en la pared, separándose al tiempo que sostenía a Carmel para evitar que se cayera. Ella se asió a su brazo a la vez que tiraba del vestido para cubrirse.

Damian comenzó a subir los escalones, dejándola atrás jadeante, desconcertada, con ganas de llorar por una mezcla de privación y vergüenza.

Lo siguió con las piernas temblorosas.

Para cuando llegó arriba, Damian había desaparecido de su vista.

Carmel pasó una noche agitada, diciéndose que tenía derecho a sentirse atraída por el que seguía siendo su marido, especialmente cuando no había hecho el amor desde la última vez que se habían visto.

Aun así, se avergonzaba de haberse mostrado tan dispuesta, ofreciéndose como si estuviera desesperada.

Y Damian la había rechazado enfurecido, como si le repugnara.

Eso le había dolido. Tuvo que cerrar los ojos con fuerza para no empapar la almohada.

Se levantó en dos ocasiones, decidida a marcharse en mitad de la noche, pero, al recordarse que había hecho una promesa, volvió a la cama.

Pero ¿cómo iba a poder mirar a Damian la cara?

Finalmente se quedó dormida y se despertó tarde, lo que le provocó un nuevo motivo de vergüenza. Damian pensaría que, como en el pasado, pasaba la mañana en la cama, vagueando.

Hacía más frío que el día anterior, así que se puso unos pantalones, una blusa y una chaqueta y con un poco de maquillaje disimuló sus ojeras.

Cuando se sintió más segura de sí misma, bajó y le informaron de que Damian estaba recorriendo la finca con Pirro, supervisando distintos trabajos.

Carmel desayunó y fue a visitar a Zoia, con la que pasó un agradable rato recorriendo el jardín mientras charlaban de temas banales dado que el griego de Carmel era limitado. Desde luego, no hablaron del beso de la noche anterior, que permaneció como una roca losa en su pecho.

Afortunadamente, el jardín, con sus flores y el rumor de los insectos, la ayudó a relajarse y recordar que la vida seguía su curso. Aquellos problemas que le parecían insorteables acabarían resolviéndose. Estaba viva, seguía sobria y sus sentimientos eran los propios de todo ser humano.

–¿Puedo preguntarte algo? –preguntó a Zoia cuando volvían a la casa–. ¿Buscasteis al padre de Damian?

–No –dijo Zoia, frunciendo el ceño–. Nuestra hija dijo que había vuelto a Australia sin saber que estaba embarazada. Averiguamos su apellido cuando ella desapareció y conseguimos el certificado de nacimiento de Damian. Pero, para entonces, no quise correr el riesgo de que un desconocido se llevara a mi nieto, así que no dejé que Eurus lo buscara.

–¿Damian no ha intentado encontrarlo?

–Creo que no.

–Es triste pensar que hay por ahí un hombre que no sabe que tiene un hijo tan bueno.

Zoia sonrió y le dio una palmadita en la mano.

–Es bueno, ¿verdad? Estoy preocupada por él. No sé cómo reaccionará si yo no salgo de la operación y se queda solo. Por eso me tranquiliza que te tenga a ti.

Carmel se sintió culpable.

–Le prometí que me quedaría hasta que te operen. Y a ti te prometo que siempre podrá contar conmigo, pero prefiero que sepas que no tenemos intención de seguir juntos. Vine para disculparme y

pedirle el divorcio. Nos casamos impulsivamente y nunca formamos un verdadero matrimonio.

–Dudo que estuvieras aquí por una anciana si tú misma no albergaras alguna esperanza –dijo Zoia, incisiva.

Carmel sonrió débilmente pero no pudo negarlo rotundamente. Porque sí tenía la esperanza de que Damian la perdonara, que la valorara, que la deseara tanto como ella a él.

Perturbada por esos pensamientos, dejó a Zoia en su casa y volvió a la villa a cambiarse porque había subido la temperatura. Habían llegado sus cosas de Atenas y eligió unos pantalones cortos y una camiseta. Luego se instaló en el despacho de Damian con su ordenador.

Como nunca había sido buena lectora, se dejaba guiar por la intuición, algo que enfurecía a gente como Atlas, para el que todo era cuestión de informes, estadísticas y hojas de cálculo.

Cuando Atlas le pedía que le «enseñara su trabajo» se sentía como si la examinaran, pero se había rodeado de un grupo de especialistas y, aunque confirmar que su decisión inicial era la correcta suponía un tedioso proceso, se puso los auriculares y empezó a estudiar el material que le habían enviado.

Con la sangre ardiendo por el beso, Damian apenas había dormido y menos aun sabiendo que Carmel estaba en el dormitorio contiguo.

A pesar de haberse dado una ducha, el deseo se había asentado en su ingle como un dolor de muelas, un apetito sexual que llevaba cinco años sin saciar. Había salido con algunas mujeres, pero no había pasado de besarlas.

Siempre había culpado de ello a Carmel y a que la desconfianza que había despertado en él hacia las mujeres le impedía sentirse excitado.

Pero no era así. Su confianza en Carmel era inexistente, pero su respuesta a ella la noche anterior había sido tan intensa que había estado a punto de poseerla en aquel mismo instante sin pensar en las consecuencias.

Cuando había despertado, al amanecer, se había entregado al tipo de trabajo físico agotador que había aprendido de su abuelo: retirar ramas caídas, cavar agujeros para reparar vallas, podar…

Pirro lo interrumpió al mediodía.

–Lethe pregunta si quiere que lleve a su abuela al médico.

–No, quiero llevarla yo –dijo Damian. Pero necesitaba darse una ducha–. Gracias.

Se limpió las manos en los vaqueros y fue hacia la villa.

Mientras subía las escaleras oyó a Carmel cantando una canción sobre un bar en el que todos estaban borrachos, y no pudo evitar detenerse en la puerta para escuchar.

Carmel estaba concentrada en su ordenador, siguiendo con la punta de un bolígrafo una línea a lo largo de la pantalla mientras seguía cantando sobre su relación con un cierto tipo de *whisky*.

Ella alzó la mirada y se sobresaltó al verlo. Dejando caer el bolígrafo, se quitó los auriculares.

–¿Desde cuándo estás ahí? –preguntó.

–Desde que has pedido un *whisky* doble –dijo él, refiriéndose a la letra de la canción–. No pretendía asustarte.

–¿Estaba cantando? –Carmel se estremeció–. No me suelo dar cuenta. Perdona.

–No te disculpes –tenía una voz preciosa–, aunque no estoy tan seguro de la selección musical.

–Lo sé. –Carmel sonrió con picardía–. Pero es muy pegadiza. –Deslizó la mirada a la mancha húmeda en el pecho de la camisa de Damian y se puso seria, como si de pronto recordara la noche anterior–. ¿Necesitas el despacho? Puedo ir a mi dormitorio. –Hizo ademán de cerrar el ordenador.

–No, voy a ducharme para llevar a Zoia al médico.

–Ah. Antes de que te vayas… –Carmel empezó titubeante–, respecto a anoche… –Damian se cruzó de brazos y se apoyó en el marco de la puerta expectante–. ¿Es necesario que hablemos de ello?

–Creo que fui muy claro, ¿no crees?: «No» es una frase completa.

–Tienes razón. –Carmel se ruborizó–. Solo quería decirte que estoy de acuerdo contigo.

Una parte de Damian se sintió decepcionada, la que habría querido que ella venciera su resistencia para que pudieran tener sexo explosivo y poder culparla por ello.

Al ver que no contestaba, Carmel añadió.

–Hasta luego entonces. –Abrió el ordenador y tomó los auriculares–. ¿Comeremos de nuevo en la pérgola? ¿A qué hora?

Damian recordó lo que Zoia le había dicho la noche anterior.

–¿Puedes trabajar más tarde? Zoia pasará cerca de una hora en la consulta; si nos acompañas puedes dar una vuelta o ir de compras.

–Gracias, pero ahora que mis cosas han llegado no necesito nada.

A su pesar, Damian se dijo que tendría que ser más claro.

–Zoia me dijo que debía cortejarte.

–¿Cortejarme? –Carmel enrojeció–. Esa sería una actuación para la que no estamos preparados, menos aún después de cómo acabó la improvisación de anoche –replicó con descaro. Y volviendo su atención a la pantalla añadió–: Dile que me has prohibido dejar la finca.

–Estoy dispuesto a hacer una excepción. Llámalo libertad condicional supervisada.

–¿Así es como vas a cortejarme?

–Si vienes te invito a un helado.

Carmel cerró el ordenador de inmediato.

–La próxima vez empieza por ahí. Estoy lista.

Capítulo 6

En la isla vivían mil personas y Damian las conocía a todas.

Después de dejar a su abuela en la consulta se encontró con un conocido y señaló a Carmel, que se entretenía al otro lado de la plaza en el puesto de una tienda de regalos.

–Estoy acompañado, pero ven a visitar a Zoia algún día –dijo Damian al hombre.

Mientras se alejaba, se dio cuenta de que lo seguían varias miradas de curiosidad. No se había parado a pensar que se convertiría en la comidilla de toda la comunidad.

Carmel se había probado una pamela. Levantó la barbilla para mirarlo.

–¿Qué te parece? ¿No crees que debo proteger mi blanca piel inglesa del sol?

–Buena idea.

–Estoy buscando algo para Stella. –Carmel dejó el sombrero y se asomó a la tienda.

–Al final de la calle hay una galería de arte. Puede que encuentres algo.

Carmel tomó un pareo y fue a pagarlo, pero Damian se adelantó, entregando su tarjeta.

–No te molestes –dijo Carmel.

–Les cobran menos comisiones. –Damian intercambió unas palabras en griego con la dependienta y luego caminaron por un callejón pavimentado con piedra gris y flanqueado por casas encaladas.

–¡Qué bonito es todo! –comentó Carmel.

Lo era. Damian no recordaba la última vez que había callejeado por el pueblo, pero nada había cambiado: pequeños jardines con flores o huertos; puertas recién pintadas de azul o ya desgastadas; gente sentada en la puerta de casa o tomando café en mesas de madera; música y olor a comida saliendo por las ventanas…

En la galería había una mezcla de cerámica, joyas, cuadros y esculturas.

–¿En qué tipo de regalo estás pensando? –preguntó Damian–. Se nota que te cae bien.

–¿Stella? –Carmel lo miró, apartando su atención de una complicada pieza metálica–. La primera vez que la vi la traté fatal. Casi ni me acuerdo. Fue hace cinco años. Fuimos a esquiar a Suiza de vacaciones después de que tú y yo… –Carmel hizo un ademán con la mano–. La segunda, la traté aún peor. Fue cuando Atlas la trajo a casa para presentársela a mi padre.

Carmel levantó la tapa de un cuenco de vidrio y miró dentro.

–Comparado con cómo la trató a ella, contigo fue todo un caballero. Y yo no lo hice mejor. Atlas debía de haber roto con nosotros allí mismo, pero me llevó a la clínica y Stella fue un encanto mientras estuve ingresada. Al principio desconfiaba de ella. Luego supe que no había tenido una vida fácil, pero, al contrario que yo, ella no había recurrido a la bebida. En mi opinión, es demasiado buena para Atlas, y él es perfecto, así que entenderás por qué no merezco considerarme su amiga. Pero ella insiste. Es así de maravillosa.

–Te menosprecias a menudo –apuntó Damian.

Carmel se acercó a observar un cuadro en silencio.

–¿Te he molestado? Solo era un comentario –dijo Damian.

–No, tienes razón. Es por compensar. –Carmel avanzó hacia otro cuadro–. Mi padre se siente superior. Jamás admite un error. Yo fui como él durante mucho tiempo. Ahora me esfuerzo en reconocer mis defectos. Pero, como me avergüenzo de ellos, intento reírme de mí misma. Así no me siento tan abochornada.

A Damian no le gustaba verla derrotada. Le hacía pensar en un boxeador noqueado.

–Conmigo no necesitas hacerlo –le dijo–. Conozco bien tus defectos.

Carmel lo miró enarcando las cejas y él preguntó:

–¿Me he pasado de la raya?

–No. El sarcasmo es para mí la lengua del amor, ya lo sabes. ¿Qué te parece esto? –Carmel indicó un cuadro con la cabeza–. Se tarda en ver que de la neblina brota la imagen de Afrodita saliendo del agua. Me gusta mucho. –Ladeó la cabeza–. Voy a preguntar si lo pueden enviar a Atenas.

Al salir de la galería, Damian miró el teléfono.

–¿Ha acabado ya Zoia?

–Todavía no. ¿Quieres que vayamos a la iglesia?

Carmel miró el largo y zigzagueante sendero que subía la colina hasta el refulgente edificio blanco encaramado cerca de la cima.

–¿Para comprar helado?

–Te has vuelto muy golosa, ¿no?

–Se llama cuidar de una misma, Damian. Estoy previniendo una insolación.

–Ah, bueno, si se trata de una emergencia médica… –Damian indicó con la mano un callejón adyacente.

Con los cucuruchos en la mano se dirigieron a un banco sombreado con vistas al mar.

–¿Puedo preguntarte…? –Carmel se quedó callada al ver que Damian la observaba lamer su bola de helado.

Damian miró hacia el horizonte con gesto impasible. Tras unos segundos, preguntó:

–¿Qué querías preguntarme?

–Solo lo digo porque ayer lo mencionaste, pero siempre me he preguntado si supiste algo de tu madre –dijo Carmel dubitative.

–Está muerta –dijo él rotundamente.

–¡Cuánto lo siento! ¿Desde cuándo lo sabes?

–Hace unos años me entregaron una caja con sus cosas. –Damian acabó su helado.

–¿Dónde estaba…? Cuando… Perdona. –Carmel sacudió la cabeza–. No tienes que contármelo. Es solo que todo este tiempo he confiado en que su desaparición fuera justificada.

Al menos cuando ella había perdido a su madre, sabía que no lo había hecho deliberadamente.

Durante su relación, Damian le había confesado su desconcierto. Su madre lo había dejado con sus abuelos y nunca había conocido a su padre. Él había canalizado su sensación de abandono hacia la ambición, queriendo demostrar su valía, mientras que ella había tomado el camino contrario, permitiendo que la pérdida de su madre y las manipulaciones de su padre erosionaran su autoestima.

Sin embargo, ella había creído que compartían un terreno común. Los dos luchaban por ser amados. Había creído que los dos estaban traumatizados y que juntos podían ayudarse y sentirse plenos. Casi como almas gemelas.

Hasta que había cortado los hilos que los conectaban, retirándolos como si fueran una telaraña.

–No tienes por qué contármelo –musitó. Sabía que era algo muy personal y lo miró preocupada para ver hasta qué punto seguía afectándolo.

Sus miradas se encontraron y Carmel sintió los antiguos hilos de plata tirar de su corazón.

Desviando la mirada hacia el agua, Damian frunció el ceño,

–Nunca me dejaba aquí solo –empezó en tono sombrío–. Dijo a Zoia que tenía una entrevista de trabajo y que volvería en unos días. Asumieron que había ido Atenas, así que llamaron a los hospitales y denunciaron su desaparición a la policía de allí. En realidad, había volado de Paros a Malta.

–¿Por qué desde Paros?

–Supongo que porque está más cerca. –Damian se encogió de hombros.

–¿Pero era verdad que tenía una entrevista?

–Creemos que sí. Alquiló una habitación en un piso turístico y pagó por adelantado. Al ver que no volvía, el dueño de la casa puso sus cosas en el trastero y las olvidó. Cuando murió, su nieta limpió la casa para venderla y al encontrar una bolsa de viaje pensó que las fotografías que contenía la cartera podían tener valor sentimental. Había un billete de ida y vuelta a nuestra isla, así que siguió esa pista. Localizó a Zoia y Zoia me llamó. Volé a Malta y finalmente

conseguí un informe policial. Un conductor había atropellado a una mujer y se había dado a la fuga, pero la fallecida no llevaba documentación.

–Porque la había dejado en la habitación. Y el dueño del piso no denunció su desaparición.

–Exactamente. La registraron como inmigrante ilegal, la incineraron y la enterraron en una sepultura anónima.

–¡Qué trágico! Lo siento mucho, Damian –dijo Carmel. Y posó la mano en su brazo.

Notó los músculos contraerse bajo su mano antes de que él retirara el brazo, protegiéndose.

–Es preferible a pensar que no me quería.

Carmel escrutó su rostro, sintiendo tanto dolor por él que pensó que no se recuperaría.

Notó un cosquilleo en los nudillos y vio que el helado se había derretido. Fue a tirarlo a una papelera y se limpió con la servilleta, pero los dedos se le quedaron pegajosos. Cuando volvió, Damian estaba mirando el teléfono.

–Zoia ha acabado. Podemos volver a casa –dijo. Su expresión volvía a ser distante.

–Perdona –dijo Carmel impulsivamente–. No quería sacar un tema tan perturbador para ti.

–No pasa nada –dijo Damian, pero la tensión de su cuerpo lo contradecía–. Eres de las pocas personas con las que he hablado de mi madre.

–Lo sé –dijo ella, caminando a su lado.

Habría querido tomarle la mano, pero tenía los dedos pegajosos y Damian estaba tan ensimismado que probablemente ni siquiera notara el contacto.

Durante la cena, Zoia los animó a hacer un plan juntos.

–Un helado no es una cita de verdad.

–¿No fue eso lo primero que hiciste con el abuelo?

–Porque éramos hijos de granjeros. ¿Cuándo te entregan el premio? ¿Se lo has contado a Carmel?

–No es nada especial –dijo Damian–. Han premiado a mi empresa por innovación en el sector de las energías renovables. La ceremonia se celebra en Berlín.

–¿Cuándo? –preguntó Carmel.

–Este sábado, pero no quiero dejar a Zoia sola –dijo él con firmeza.

–Deberías ir –dijo Carmel–. Yo me quedaré con ella.

Damian la miró con desconfianza y Carmel repitió la oferta a Zoia en griego.

–Ni hablar –dijo Zoia. Y, dirigiéndose a Damian, añadió–: ¿Vas a negarme este capricho cuando pueden ser mis últimos días? –Miró a Carmel–: ¿Tienes un vestido apropiado?

–Tengo este. –Carmel indicó el vestido de playa–. No creo que sirva.

–Seguro que Damian te compra algo, ¿verdad? –Zoia lo presionó–. No quiero que te pierdas algo que te mereces tanto. Id y pasadlo bien, por favor.

Damian suspiró resignado.

–Solo si te portas bien.

–Prometo esperaros pacientemente con los pies en alto –dijo Zoia con solemnidad.

–Damian. –Carmel le tocó el brazo para reclamar su atención–. ¿Qué tipo de prensa cubrirá el evento? Ya sabes cómo pueden cebarse conmigo.

–Es un premio de la industria. No habrá prensa del corazón, pero es una reunión importante del gremio y lo cierto es que debería asistir. ¿No te resultará difícil estar rodeada de gente bebiendo?

–En absoluto –dijo Carmel, que ya estaba acostumbrada.

–En cuanto al vestido, por supuesto que te lo compraré.

–No te preocupes, tengo un estilista a mi disposición en todas las ciudades del mundo –dijo ella chasqueando los dedos.

–Entonces, trato hecho.

Damian tradujo la decisión a Zoia, que se mostró entusiasmada, y más cuando Carmel prometió llevar el ordenador a la mañana siguiente para que le ayudara a elegir el vestido.

Zoia no se dio por satisfecha con que fueran a pasar juntos el fin de semana. Cuando Carmel se ofreció a comer con ella, insistió en que comiera con Damian, Le gustaba que su nieto se dedicara a tareas manuales cuando estaba en la propiedad y pasara el día con los trabajadores, peor no quería que desatendiera a su esposa.

A Damian le sorprendió que Carmel apareciera con una cesta de picnic y una manta.

–¿Tan aburrida estás?

–A Zoia le preocupa que no estés comiendo bien. Y a mí me apetecía dar un paseo –dijo ella mientras se arrodillaba para extender la manta en una zona sombreada.

–¿Qué es esto? –Damian se agachó a su lado y le tocó un pequeño bulto en la espalda.

–He hecho yoga en el jardín de Zoia y no he visto una avispa que se había posado en la colchoneta. No me duele, solo me pica.–El roce de los dedos de Damian le provocó una corriente eléctrica. Encogió el hombro para liberarse de la perturbadora sensación.

–En el cuarto de baño junto a la cocina hay un botiquín de primeros auxilios. Encontrarás una crema analgésica.

–Muy bien, gracias.

Aunque no fuera más que una pequeña muestra de preocupación por su bienestar, Carmel se sintió profundamente conmovida.

Se sentaron para disfrutar de la comida preparada por Lethe.

–¿Zoia solía llevarle el almuerzo a tu abuelo?

–Sí.

–¡Qué bonito! ¿Estaban enamorados?

–Creo que sí. Mi abuelo era muy poco comunicativo.

–Me pregunto qué se siente estando casada con alguien así.

Damian miró a Carmel de reojo.

–La admiraba mucho, eso desde luego –dijo–. Y ella se hundió al perderlo. Quise que viniera conmigo a Atenas, pero se negó. No quería moverse de aquí. Es su hogar, el lugar que siente como suyo.

–¿Tú sientes algo parecido?

–Sí. –Damian miró alrededor–. Es el hogar que ellos me dieron.

–¡Qué envidia! –comentó Carmel–. Yo nunca he sentido nada parecido. Mi piso de Londres es lo que más se acerca, pero, aun así, no sufriría demasiado si lo perdiera.

Descubrió a Damian observándola.

–No te preocupes –se apresuró a añadir–. No estoy intentando que me invites a quedarme. Pero, de haber conocido este sitio antes, tal vez me habría esforzado más para que nuestro matrimonio durara.

Estaba bromeando, pero Damian dijo en tono sombrío.

–Por entonces no me pertenecía. Si hubiera usado tu dinero para comprarlo, habría sido tuyo.

–Nuestro –le corrigió Carmel–. Eso es lo que me atrajo de ti: que supieras quién eras y adónde pertenecías. Yo me sentía perdida.

–A me gustó que mis proyectos te gustaran. Entre mis abuelos y yo había una gran diferencia de edad. Y, aunque no me retuvieron, no llegaban a entender que no quisiera conformarme con trabajar la tierra. Tú no solo lo encontrabas normal, sino que parecías dispuesta a ayudarme. Creí que seríamos socios y que juntos construiríamos ese mundo más amplio.

–Por eso te enfadaste tanto cuando me eché atrás –dijo ella abatida–. No estaba en condiciones de casarme con nadie, Damian. Espero que lo entiendas. Antes o después, mi problema con el alcohol habría acabado con nosotros.

Oyeron volver del almuerzo a los trabajadores y, dando por concluido el suyo, Carmel recogió la cosas para volver a la casa.

Pero los siguientes días llevarle la comida se convirtió en un hábito. Le permitía conocer la propiedad y representaba una agradable distracción.

–Así evito a Atlas –comentó cuando Damian le dijo que no debía sentirse obligada–. Quería hablar conmigo, pero le he dicho que tenía una cita para comer –explicó, extendiendo la manta.

–¿Qué pasaría si supiera dónde estás? ¿Se enfadaría?

–No. Ni siquiera creo que le extrañara saber que llevo todos estos años casada. Pero prefiero evitártelo. –Sacó una botella de agua de la cesta y se la pasó–. Estoy un poco preocupada con llamar la atención en Berlín.

–Yo no. Prefiero mantener nuestro matrimonio privado, pero, si se hace público, haremos una declaración y pasaremos página.

–Me dijiste que te avergonzabas de estar casado conmigo –le recordó ella.

–También reconocí que era un golpe bajo.

–Pero había en ello algo de verdad –dijo ella, sacando la comida.

Damian bebió agua antes contestar.

–Si me avergonzara de que me vieran contigo, no estarías aquí y mucho menos te habría presentado a mi abuela. ¿Hasta tal punto piensas en ti misma como un lastre?

–Parece ser mi vocación –bromeó ella.

–No hagas eso –dijo Damian con severidad–. ¿Crees que Davenwear es una marca internacional solo por tu padre y por Atlas?

–Estaba borracha o con resaca en casi todas las sesiones de fotografía. No contribuí en nada a su éxito. Al menos Atlas era un atleta y le dio legitimidad.

–Tu belleza y reputación no la perjudicaron, Carmel. No creerás que Davenwear progresó a pesar de ti. ¿No dices que tu padre te daba todos los caprichos? ¿No crees que para él toda publicidad era buena?

–Dios mío. –Carmel nunca había pensado hasta qué punto su padre la había manipulado. Se abrazó a sus rodillas y agachó la cabeza. Sentía nauseas.

–¿No lo habías pensado? –Damian le frotó la espalda.

–No –dijo ella angustiada. Consiguió contener las lágrimas y alzó la cabeza–. Siempre actuaba como si censurara mi comportamiento. Me casé contigo sabiendo que no lo aprobaría, pero me daba lo mismo, porque nada de lo que hacía le parecía bien. Pensé que al menos ganaría algo de autonomía con el dinero –dijo con la voz quebrada–. Pero me convenció de que me estaba salvando. Tú eras un oportunista, yo una ingenua y él, el héroe reacio. Una vez más.

–¿Estás llorando? –Damian le ofreció una servilleta.

–No. Detesto llorar. –Carmel se secó los ojos–. Y él no se lo merece. Solo estoy furiosa. Debería poder confiar en mi propio padre, pero no puedo.

–Eso es verdad –dijo Damian en voz baja.

–¿Has buscado al tuyo?

–No –dijo Damian cortante. Y cambió de tema–. El médico ha programado la operación de Zoia para el lunes de dentro de dos semanas.

–Ah. Eso es bueno. Supongo.

–Supongo que sí.

Capítulo 7

Carmel empezó a trabajar pensando en cómo Damian había cambiado bruscamente de tema el día anterior.

Por mera curiosidad, abrió el sobre que había dejado sobre el escritorio de Damian confiando en que sintiera la curiosidad de leerlo. Contenía un certificado de matrimonio del que sus abogados habían solicitado una copia completa y Carmel se quedó perpleja al ver que aparecía el nombre de ambos progenitores.

El padre de Damian se llamaba Nicholas Gatz. Como lugar de residencia se indicaba «desconocido, Australia».

Devolvió los papeles apresuradamente al sobre y lo cerró. Pero, aunque trató de olvidarlo, no pudo evitar hacer una búsqueda en internet.

Aparecieron docenas de perfiles, desde celebridades poco conocidas a páginas antiguas de redes sociales.

Quizá era como buscar una aguja en un pajar y por eso Damian nunca se había molestado.

Pero, aun así, Carmel no pudo abandonar la búsqueda. Esa era una de las razones por las que le había ido mal en el colegio. No soportaba hacer lo que le mandaban, porque no entendía por qué debían resolver una aburrida ecuación cuando podía investigar un misterio, por ejemplo, cuál era el verdadero amor de un cantante famoso o cómo había cambiado la moda a lo largo de los siglos.

Lo más rápido sería extraer sangre de Damian mientras dormía y mandarlo a un laboratorio de análisis de ADN en lugar de intentar adivinar cuál de los hombres que había encontrado podían ser su padre. Pero no pudo dejarlo. Sin pensárselo, dedicó la tarde a

recopilar una lista de candidatos, basándose en la edad y el parecido físico.

Como de costumbre, se había puesto los auriculares, así que no se dio cuenta de que Damian la observaba hasta que percibió un cambio de luz en la puerta. Al verlo, dejó de cantar y cerró el ordenador con las mejillas encendidas al tiempo que se quitaba los auriculares.

–¿Y esa expresión de culpabilidad? –preguntó él divertido. Estaba sudoroso y la camisa se le pegaba al pecho al apoyar el antebrazo en el marco de la puerta. Era injusto que fuera tan *sexy*–. ¿Estás viendo algo de sexo?

Carmel fue a bromear diciendo que era una película de Navidad, pero se sintió culpable porque sabía que se había sobrepasado.

–No quiero decírtelo porque te vas a enfadar.

Damian bajó el brazo y se puso serio.

–No me voy a enfadar, Dímelo.

–Seguro que sí –insistió Carmel–. Sé reconocer cuándo he hecho algo que me va a causar problemas.

–¿Y por qué lo haces?

–No lo sé. –Según su terapeuta le gustaba crear el caos para luego poner orden–. Soy testaruda. A veces oigo una voz que me dice que no puedo hacer algo y de inmediato otra me dice: «¿Que no? Mira y verás».

–Ve al grano, Carmel.

–Acabo de leer nuestro certificado de matrimonio. –Tragó saliva–. Y he visto el nombre de tu padre.

Damian se irguió en toda su altura, cerniéndose sobre ella como una amenaza de proporciones bíblicas.

–¡No he hecho nada! –se apresuró a decir Carmel, alzando una mano–. Solo he probado a encontrarlo, pero no he tenido suerte. Hay al menos cien candidatos. –De los que había eliminado a cuarenta y seis.

–¿Por qué demonios has hecho eso?

–Ves cómo ibas a enfadarte.

–¿Por qué, Carmel? ¿Qué pretendías? ¿Chantajearme?

–No. Solo quería ver si lo encontraba –dijo Carmel con un hilo de voz–. Es un misterio y resolverlo me eleva los niveles de dopamina. Además, siento curiosidad. Me refiero a que, ahora que conozco a Zoia, tengo una idea de cómo era tu madre. Pero no sé qué parte de ti se parece a tu padre.

–¿A quién le importa? ¡No es asunto tuyo! Si quisiera conocerlo ya lo habría encontrado.

–Lo sé. Lo siento.

–Tú has cortado relaciones con tu padre. ¿Por qué iba a querer yo ver al mío?

–Tienes razón. No lo había pensado bien. –Carmel se mordió el labio para evitar que le temblara.

–No tienes derecho a inmiscuirte en mi vida privada, Carmel. No eres mi esposa. No eres nada para mí, a ver si te enteras.

–Lo sé. –Las lágrimas le ardieron en los ojos, el estómago se le contrajo.

Damian masculló entre dientes, desviando la mirada y volviendo a mirarla.

–Márchate –dijo señalando hacia el dormitorio de Carmel–. Recoge tus cosas y vete.

Carmel sintió el corazón en un puño. Damian estaba enfadado y decepcionado porque ella se había pasado de la raya, porque había cometido un error una vez más y era justo que la castigara.

Habría querido que se la tragara la tierra, pero otra parte de ella quiso pelear. Podía ser precipitada, pero no era cruel. Podía equivocarse, pero no era mala persona.

–No –dijo.

–¿Qué has dicho? –preguntó él, perplejo.

–He dicho que no me voy. –Carmel alzó la barbilla en un gesto desafiante–. Me he equivocado, Damian. Te he pedido perdón.

–Ah, y eso lo remedia todo, ¿no?

–La gente se equivoca. Yo también. Quieres creer que me casé contigo como parte de un plan para destrozarte la vida, pero ¿sabes qué? ¡No soy tan lista! Metí la pata. Tú también. Y me marcharía ahora mismo, pero le he prometido a Zoia…

–¡Ja, cómo si de verdad te importara! –exclamó Damian despectivo.

–¡Cierra la boca! –gritó Carmel–. Claro que me importa. ¿Tienes idea de cuánto le asusta la operación? Tiene miedo a morirse y que te quedes solo. Necesita saber que tendrás a alguien a tu lado si no sobrevive. ¡Has tenido cinco años para encontrar a alguien mejor que yo, pero te has quedado con esto! –Carmel se señaló a sí misma–. Así que deja de actuar como si toda la culpa fuera mía. Estoy aquí porque me lo has pedido. Asúmelo.

Pasó de largo junto a él y, entrando en su dormitorio, cerró la puerta con fuerza. Entonces se apoyó en ella y apretó los ojos mientras contenía el aliento para combatir los sollozos que se agolpaban en su garganta.

Damian estaba lívido y se dio una ducha fría para aplacar su ira.

Solo Carmel se atrevería a hacer algo así, porque hacía lo que se le antojaba sin preocuparle a quién pudiera herir. Era egoísta y desconsiderada.

Al ver que no le llevaba el almuerzo, le había preocupado que se hubiera tropezado o que se hubiera perdido.

A él le gustaba trabajar con sus empleados; el trabajo físico le hacía sentirse bien y además era una manera de demostrarles que no les pedía nada que no estuviera dispuesto a hacer él mismo. Era una forma de reafirmar lo que le había dicho a Carmel: que aquella propiedad era su hogar, el lugar al que pertenecía.

Y en los últimos días había disfrutado del descanso del mediodía con Carmel, de comer en la sombra, charlando sobre los planes del día y teniendo pequeñas discusiones sobre distintos temas.

No podía dejar de pensar en lo que le había dicho sobre que su matrimonio habría fracasado en cualquier caso por culpa de su problema con la bebida. Una cierta arrogancia en él quería creer que podía haberla ayudado, pero ni siquiera se había dado cuenta de que necesitara ayuda. Había estado ciego porque solo tenía en mente sus propios objetivos. En ese sentido, él tampoco debería haberse

casado con nadie por aquel entonces; no había estado en condiciones de entregarse plenamente.

Pero la había deseado. Y debía admitir que no había querido perder la oportunidad que se le presentaba. En la neblina de rabia que había alimentado con tanto ahínco durante aquellos años, había olvidado que Carmel le gustaba de verdad.

Cuando había entrado y la había oído cantar algo sobre pasar la noche entera bailando, su voz le había impresionado una vez más y le había hecho gracia que se concentrara tanto en su trabajo como para no darse cuenta de que estaba cantando a todo volumen como si estuviera en un musical de Broadway.

Eso le hizo reflexionar.

Salió de la ducha diciéndose que tenía determinación y empeño en conseguir sus objetivos, algo en lo que se parecían.

Pero eso no excusaba que hubiera invadido su privacidad.

Decirle que se fuera había sido un acto reflejo. No se lo había planteado, pero dudaba de que Zoia fuera a rechazar la operación cuando ya habían puesto una fecha. Habían hablado con el especialista y ella sabía los riesgos que corría y que tardaría en recuperarse, pero le habían asegurado que tendría una mejor calidad de vida.

Carmel podía marcharse.

Aunque podía servirle a Zoia de apoyo emocional.

Él había sido consciente de que Zoia tenía reservas, pero Carmel le había dicho que era miedo. Él se preocupaba de su bienestar y quería que siguiera viva, pero quizá no había prestado suficiente atención a sus preocupaciones.

Al pasar junto a la puerta abierta del dormitorio de Carmel echó una ojeada y vio el portátil abierto al pie de la cama al lado de un montón de ropa.

Habría querido enfadarse por su desobediencia, pero lo cierto fue que se sintió aliviado.

En el piso de abajo, Lethe le preguntó si quería que sirviera la comida en la piscina.

–Muy bien, gracias.

–¿Se reunirá con usted la señorita Davenport? –preguntó con una cautela que indicó a Damian que los había oído discutir.

–¿Todavía no ha comido? Ahora le mando un mensaje.

Cuando lo mandó, oyó un débil sonido en el primer piso.

Fue al dormitorio y vio que el teléfono de Carmel se estaba cargando. No la encontró ni en el cuarto de baño ni en el balcón y decidió ir a ver si estaba con Zoia.

–No la he visto desde esta mañana –dijo su abuela–. Te estará buscando. ¿No suele llevarte el almuerzo?

–Como no venía he venido a buscarla y la he encontrado hace un rato en el despacho. Me ha dicho que tienes miedo de la operación. –Damian se sentó frente a ella–. ¿Es verdad?

–¿No lo tendrías tú?

Damian suspiró.

–No tengo miedo por mí, Damian. Tu abuelo y tu madre están esperándome. Eres tú quien me preocupa. Pero, mientras tengas a Carmel, estoy tranquila.

Damian miró en la distancia por la ventana.

–Nos hemos peleado.

–¿Por mi operación?

–No. La he encontrado buscando a mi padre en internet. –La verdad era que lo sabía porque ella misma se lo había confesado, de otra manera jamás se habría enterado. Eso no impedía que siguiera enfadado.

–¿Por qué te ha molestado? ¿No estaría bien saber algo de él, especialmente si decides tener hijos?

–Si me decido, no será con ella –dijo Damian contundente.

–Desde luego que no, sobre todo si te enfadas con ella por intentar ayudarte.

–¿En qué me ayuda buscando a un completo desconocido? Tú nunca quisiste localizarlo.

–Temía que quisiera llevarte con él. Igual fue la misma razón por la que tu madre no quiso contactarlo. Australia está muy lejos.

–No quiero conocerlo –masculló Damian.

–El otro día Carmel dijo que es una pena que no sepa que tiene un hijo tan bueno como tú. Estoy segura de que sus intenciones han

sido buenas.

«Eso no impide que me haya dolido», habría querido gritar Damian. Pero Carmel solo había hecho una búsqueda, era él quien se ponía a la defensiva ante la perspectiva de conocerlo. ¿Por qué?

Porque no quería volver a sentirse rechazado.

–No se habrá marchado, ¿verdad? –preguntó Zoia consternada–. ¿Cómo de grave ha sido la pelea?

Lo bastante como para que él le hubiera dicho que se fuera.

–He visto sus cosas en su cuarto –dijo para tranquilizarla.

–Bien. Ve a reconciliarte con ella.

–¿Yo? –Era Carmel la que había actuado mal.

–Sé orgulloso si lo prefieres –dijo Zoia con desdén–. Así actuaban tu madre y tu abuelo. Y ¿de qué sirvió que fueran tan obstinados? De nada.

–Tienes razón –dijo Damian con suavidad, intentando aplacarla.

–En cuanto a no buscar a tu padre, la testaruda fui yo –añadió Zoia–. Eurus pensaba que un hombre debía responsabilizarse de su hijo. Sé que crees que no te quería, pero no fue así. Los dos te consideramos una bendición. Pero le desconcertabas. Siempre tuviste ambiciones mayores que las nuestras, y suponíamos que tu mentalidad práctica procedía de tu padre. No fue justo que impidiéramos que te conociera.

–No es vuestra culpa. Yo podía haberlo buscado, pero he optado por no hacerlo.

–¿De verdad no sientes curiosidad ni por lo que pueda contarte de tu madre?

El dolor que teñía la voz de Zoia atravesó el pecho de Damian como un puñal. Sus sentimientos hacia su madre seguían siendo confusos, pero, si saber algo de ella podía ser un consuelo para Zoia, estaba dispuesto a intentarlo.

–Veré que consigo averiguar –dijo con voz ronca.

–Me alegro. –Zoia le dio una palmadita en la mano–. Y no seas tan severo con Carmel. Superar una crisis fortalece a los matrimonios. No se quema un naranjal porque dé un par de frutos malos, ¿no?

Damian tenía la intención de quemar su relación en diez días, pero intentó tranquilizar a Zoia con un esquivo:

–No, claro que no.

–Ve a hacer las paces con ella –lo empujó Zoia.

Damian volvió a la villa y mandó un mensaje a Pirro preguntando si habían visto a Carmel. Luego llamó a su abogado para hacerle una consulta discreta.

Para cuando terminó la llamada, Pirro había contestado que nadie había visto a Carmel.

Damian frunció el ceño. En la propiedad había todo tipo de posibles peligros: peñascos, barrancos, ramas colgantes. Salió al balcón y exploró el terreno con la vista, preguntándose dónde podría haber ido.

Su mirada se fijó en la escalera que bajaba a la playa.

Carmel oyó un ruido metálico, pero continuó leyendo echada boca abajo en la esterilla.

Con el rabillo del ojo vio a Damian aproximarse, pero mantuvo los ojos clavados en el libro, oculta bajo el ala de su sombrero.

–¿Qué haces aquí? –exigió saber él.

Aunque era evidente, ella contestó:

–Intentar que se me pase el mal humor.

–Lethe quiere servir el almuerzo.

–Shh. El héroe va a desvirgar a la heroína. Deja que acabe.

–¿En serio?

–No sé hasta qué punto va en serio, aunque parece amarla de verdad.

–Eres la mujer más exasperante que conozco.

–A todo el mundo se le da bien hacer algo.

Damian maldijo y fue hacia la orilla.

Carmel lo miró por encima del hombro, cerró el libro y se incorporó.

–¿Qué estás haciendo aquí? ¿Vienes a bañarte desnudo?

Al ver que no contestaba, Carmel envolvió un pareo a sus caderas y fue hasta él.

–Lo siento de verdad, Damian. Yo…

–Deja de disculparte por cómo eres –la interrumpió él–. La mayoría de las personas son borregos, tú eres un leopardo –Damian la miró–: permaneces al acecho y tienes garras con las que atacar, pero eres fuerte, elegante y necesaria para el medioambiente.

–Sigue, sigue –dijo ella con sarcasmo, aunque estaba a punto de llorar.

Damian tardó uno segundos en hablar.

–Cuando era joven, cuando todavía creía que mi madre me había abandonado, no conseguía entender por qué no me quería. Pensaba que igual se había ido a vivir con mi padre –dijo con voz queda–. Para mí, era él quien no me quería y por eso ella me había dejado, para poder estar con él.

Carmel sintió que se le encogía el corazón, pero no dijo nada.

–Con los años, me di cuenta de que era una idea absurda, pero temía que, si lo encontraba, me pidiera que fuera a vivir con él a Australia. Yo no necesitaba un padre; tenía a mi abuelo. Y cuando murió, teniendo yo dieciséis años, tuve que cuidar de la abuela y pensar en encontrar a mi padre me parecía una deslealtad. También pensaba en el *shock* que podría ser para él averiguar que yo existía. Tú deberías entender eso bien.

–Tienes razón –musitó Carmel–. Debería habértelo preguntado antes.

–Dudo que alguna vez en tu vida hayas pedido permiso antes, en lugar de pedir perdón después.

Carmel lo miró con tristeza.

–Prometo hacerlo en el futuro.

–Eso espero. –Damian seguía enfurruñado, pero, a su pesar, se le estaba pasando el enfado.

–¿Quieres ver lo que he encontrado o prefieres que me olvide?

–Le he pedido a mi abogado que se ocupe de ello. Zoia quiere que lo localice por si tiene recuerdos de mi madre. Me gustaría darle ese consuelo.

–Oh, Damian. –Carmel le tomó el brazo, que era sólido como el hierro, y apoyó en él la frente, lo que le ladeó el sombrero. Le había gritado por no saber que su abuela tenía miedo, pero no había medido hasta qué punto él temía perderla.

Damian retiró el brazo y preguntó en tono seco:

–¿Vamos a nadar vestidos o desnudos?

–Si me estás desafiando, sabes que acepto el reto. –Carmel se llevó la mano al nudo de la parte de arriba del bikini.

–¡Eres incorregible!

Damian se separó de ella y se zambulló en el agua en pantalones cortos y camiseta.

Capítulo 8

El avión privado de Damian los recogió el sábado para volar a Berlín. Le inquietaba dejar a Zoia, pero una de sus mejores amigas iba a ir a visitarla y el médico le aseguró que estaría pendiente de ella.

–Disfruta de ser joven –le había dicho Zoia.

Damian no estaba seguro de saber hacerlo. Había tenido que crecer deprisa y le costaba pasarlo bien. De hecho, una de las cosas que le había atraído de Carmel era su capacidad de disfrutar el momento.

Y, de hecho, esa característica se hizo patente en cuanto entraron en la *suite* y empezó a alabar los trajes que su equipo de colaboradores había seleccionado para ella.

La dejó para que se arreglara mientras hacía algo que se había jurado no hacer nunca: comprarle unos pendientes. No se trataba de un soborno, no pretendía atraerla a su cama.

Aunque…

Bloqueó de inmediato esos pensamientos, aunque no sirvió para borrar su imagen en bikini.

No, era una cuestión de orgullo. La había invitado a una cita y pensaba cubrir sus gastos y hacerle un regalo de agradecimiento. Eso era todo.

Cuando volvió, ella seguía en el segundo dormitorio. Tras llamar a Zoia, Damian se puso el esmoquin.

En otras circunstancias, habría tomado un *whisky*, pero su asistente había cumplido la orden de retirar todo el alcohol. Contestó varios mensajes hasta que oyó la puerta abrirse y alzó la cabeza para ver a Carmel aproximarse con paso grácil y seguro.

Llevaba un vestido de gasa plateada que se deslizaba desde un hombro por encima de sus exuberantes pechos y se ataba a la cintura, a partir de donde se derramaba sobre sus caderas, abriéndose para revelar un muslo y las correas plateadas de sus altos tacones.

Damian hizo ese recorrido placentero con la mirada mientras Carmel con la mano en la cadera, la barbilla bien alta y el cabello recogido hacia un lado, cayendo en una cascada de rizos por encima del hombro opuesto, lo miraba esbozando una sonrisa.

–¿Te gusta lo que ves, marinero?

Demasiado.

–Estás preciosa –dijo él, carraspeando.

–Lo sé.

–Pero…

Carmel frunció el ceño. Damian le tendió los pendientes.

–Son para ti, como agradecimiento por tu amabilidad con Zoia.

–Me cae bien –dijo Carmel, dulcificando su actitud–. No tenías que haberte molestado.

–Pero quería hacerlo.

Ella abrió la caja y contuvo el aliento al ver la cascada de diamantes que reposaba sobre el terciopelo interior.

–Son preciosos, Damian –musitó–. Tienes muy buen gusto.

–Lo sé, por algo te pedí que me acompañaras –dijo él.

Carmel sonrió.

–Alguien ha estado leyendo «Lecciones de cortejo para torpes» –bromeo.

Damian rio.

Carmel caminó hasta un espejo y se cambió los pendientes que llevaba por los que Damian acababa de regalarle. Eran verdaderamente bonitos y refulgían como toda ella.

–Son preciosos. Gracias –dijo observándose.

Se acercó a Damian y este sintió que se le tensaba todo el cuerpo. Con los tacones, Carmel solo necesitó alzar la barbilla para darle un beso en la comisura de los labios. Él posó una mano en sus caderas, tentado de atraerla hacia sí, de girar la cabeza y atrapar sus labios.

–De nada. –Se retiró levemente y alzó la mano para tocar un pendiente y controlar el impulso de tocarla a ella. De alguna manera, que llevara sus pendientes le producía un absurdo placer primario.

Había mentido usando la excusa de querer darle las gracias por Zoia; en realidad era una forma de marcarla como su posesión. Lo supo en ese instante y la idea fue tan perturbadora que tuvo que retroceder un paso para alejarse de ella.

–¿Nos vamos? –preguntó con voz cavernosa.

La ceremonia tenía lugar en el salón de baile de un hotel próximo al que llegaron en coche en pocos minutos. Los invitados pertenecían al mundo de la tecnología, no eran celebridades, así que no había más que un puñado de fotógrafos de segunda fila. Aun así, reconocieron a Carmel y comenzaron a disparar sus cámaras y a lanzarle preguntas.

–Carmel, ¿qué haces aquí? –preguntó uno.

–He venido con un amigo –dijo vagamente.

–¿De qué conoces al señor Kalymnios?

–Lo conozco desde hace años.

–¿Vais en serio?

–¿Alguna vez me has visto hacer algo en serio? –replicó ella.

–¿Estás sobria?

–Ya basta –masculló Damian, indignado con la impertinencia del fotógrafo. Dirigió a Carmel hacia la puerta, pero el hombre insistió.

–Parece que has engordado. ¿Estás embarazada?

–¿Quiere que le rompa la nariz? –Damian se volvió hacia él.

–Déjalo. –Carmel le sujetó el brazo. Y, tirando de él, añadió–: No vale la pena.

–¿Lo conoces? ¿Cómo se llama? –preguntó Damian ya en el vestíbulo.

–No te molestes. Ya te había avisado.

Era verdad, pero aun así…

–¿Son siempre tan impertinentes?

–Eso no ha sido nada –dijo Carmel quitándole importancia–. Desde que no les doy titulares intentan provocarme para ver si exploto.

–Me gustaría partirle la cara –dijo Damian ya en el ascensor.

–Eres un encanto, pero no olvides que no tengo ningún honor que valga la pena defender.

Damian fue a amonestarla por hablar mal de sí misma, pero se abrieron las puertas del ascensor y un asistente, tras tomar sus nombres, les indicó que pasaran al salón de baile.

La velada transcurrió placenteramente. Carmel conocía a algunos invitados porque estaban casados con compañeras de su internado o como parte de sus contactos empresariales. Presentó a Damian a algunas personas interesantes y actuó animadamente, demostrando su capacidad para la interacción social y su agudo ingenio, con el que consiguió que Damian no se aburriera.

Una vez se entregaron los premios y se dieron los discursos de agradecimiento correspondientes, empezó el baile y Damian se alegró de tener una excusa para tocarla. La invitó a la pista de baile y comprobó que, igual que cinco años antes, encajaban a la perfección. Desde el beso en las escaleras había estado deseando volver a tenerla cerca. Olía deliciosamente y se movía en perfecta sincronización con él, lo que le recordó lo bien que funcionaban en la cama.

La química que había entre ellos se manifestó al instante en su cuerpo. Cuando Carmel lo notó, lo miró enarcando las cejas.

–No sé de qué te extrañas. Ya te he dicho que estás preciosa.

–Lo que me extraña es que me dejes notarlo. –Carmel se ruborizó, algo raro en ella–. La otra noche no querías saber nada de mí.

–No quería desearte.

–¿No querías o no quieres? –preguntó ella, alzando la mirada.

Damian la miró largamente.

–No sé si tengo elección –dijo atrayéndola hacia sí para evitar chocar con otra pareja–. Había olvidado lo carismática que eres y cómo atraes a todo el mundo. –Era una forma de excusar su propia fascinación.

–Soy una farsante –dijo ella, desviando la mirada–. Me hago la payasa para que no vean mi verdadero yo.

–Yo sí lo veo –dijo él, porque era verdad.

Carmel llevaba una armadura, pero tan fina como la tela de su vestido. Debajo había un ser humado vulnerable y sensible.

Carmel se estremeció y Damian vio que seguía con la mirada una bandeja con copas de champán.

–¿Nos vamos? –preguntó él.

–No te preocupes. He confundido a la camarera con la hermana de Stella, Beate.

–Aun así, preferiría irme. –Damian quería tenerla solo para él.

La tomó de la mano y fueron hasta su mesa para recoger sus cosas.

Ya en la *suite* del hotel, Carmel abrió la caja dorada que contenía el premio de cristal en forma de bombilla, lo puso sobre la barra, retrocedió y la observó:

–Deberías sentirte orgulloso.

–Sabes tan bien como yo que son premios destinados a hacer propaganda de la industria.

–Pero sigue siendo un símbolo de todo lo que has logrado. –Carmel se volvió y dijo con firmeza–: Yo siempre creí en ti, era en mí en quien no creía. Bueno, en nosotros.

–Lo sé –dijo él, quitándose la pajarita–. Yo tampoco. Tu padre tenía razón al acusarme de ser un oportunista. En cuanto te vi supe que no estabas a mi alcance. No me sorprendió que me dejaras tan deprisa como te casaste conmigo. Tengo que agradecerte que me dieras un motivo para odiarte. Suavizó el golpe a mi autoestima.

–Por favor, no bromees sobre los que hice. Llevo todo este tiempo despreciándome por cómo me comporté.

Damian se acercó a ella con un suspiro de resignación, le tomó la barbilla y le inclinó la cabeza para mirarla a los ojos.

–¿Es verdad que no os acostasteis, que solo lo besaste?

–Aun así, fue una forma de adulterio. –Carmel movió la barbilla suavemente para soltarse y miró con pesar hacia un lado–. Pero sí. Ni siquiera podía soportar tenerlo cerca. Conseguiste arruinar mi vida sexual. Mucha gracias –masculló.

«No la creas», le dijo una voz interior a Damian. Pero Carmel parecía tan sincera que necesitó preguntarle:

–¿Quieres decir que no has tenido ningún amante después de mí?

–¿Eso te ayudaría a recuperar tu ego al cien por cien? –preguntó ella con aparente sorna, pero entreverada de tensión.

–Yo… –Damian no sabía qué decir ni si podía creerla–. ¿Por qué no? –preguntó al fin.

–Por muchas razones. –Carmel se cruzó de brazos–. La principal, la falta de interés; pero también porque sabía que si alguien me gustaba de verdad tendría que venir a verte. –Lo miró con ansiedad, con culpa–. Y no estaba preparada para hacerlo, para expiar mis culpas. Primero necesitaba estar sobria. Sé que crees que quiero el divorcio para casarme con otro, pero no hay nadie entre bastidores. Solo yo. Mi terapeuta dice que tengo que aprender a amar a Carmel –concluyó, poniendo los ojos en blanco.

Parecía inconcebible, pero… tampoco él había estado con otra mujer. Y todas las fotografías que había visto de ella habían sido tomadas en contextos de empresa. También él había acudido a celebraciones como la de aquella noche con distintas acompañantes. Eran relaciones amables que satisfacían las expectativas sociales para una velada, pero sin ningún significado para él.

–No puedo obligarte a creerme –dijo ella con gesto de decepción–. Es mi culpa, por no apreciar lo que teníamos. Si quieres saber toda la verdad, pensaba que no te merecía. Y como no sabía cómo manejar mis emociones, me deshice de ellas.

Parecía demasiado abatida como para que solo fuera una artimaña. ¿Qué ganaba mintiendo?

–Querría que todo fuera tu culpa –admitió Damian–, pero fui yo quien te propuso matrimonio. Podría decir que fue por liberarte, para que accedieras a tu dinero, pero lo cierto era que ansiaba medrar, y casarme contigo era una forma de saltarme la cola.

–Mucha gente se acercaba a mí por mi dinero y sabía que eso era lo que te interesaba, pero como me gustabas… –Carmel se encogió de hombros.

–No me liberes de responsabilidad. Estamos sincerándonos, ¿no?

–De cuerdo –dijo Carmel en tono solemne–. Me dolió cuánto te enfadaste al saber que mi padre me negaba el dinero. Sé que te había insultado, pero habría querido que te mantuvieras a mi lado; que dijeras que te daba lo mismo. Para entonces, creía que lo único que interesaba de mí era mi dinero. Por eso me puse del lado de mi padre cuando me dijo que tenía que elegir entre él y tú. –Carmel

miró al suelo–. Y como el sexo era lo único que parecías valorar de mí, decidí usarlo para hacerte daño.

–Acertaste –dijo Damian–. Habría matado a aquel hombre por tocar lo que consideraba mío.

–Yo era tuya –afirmó Carmel con ojos llorosos–. Pero sabía que no era lo bastante buena para ti, que acabaría destrozándote. Así que me adelanté.

De todo lo que había dicho, aquello fue lo que sonó más propio de ella: adelantarse a actuar en lugar de esperar con el corazón en un puño.

–¿Vas a volver a hacer lo mismo? –preguntó con prevención.

–¿El qué?

–¿Tirar por la borda la pequeña confianza que hemos vuelto a establecer?

–Espero que no. –Carmel se encogió levemente de hombros–. Desde el principio lo único que he querido es que me perdones.

–Te perdono –dijo Damian y tuvo más la sensación de llegar a su destino que de tomar una decisión consciente–. Creo que lo sientes de verdad. Yo también, Carmel. Tracemos una raya y dejémoslo en el pasado.

Carmel contuvo el aliento, preguntándose si había oído bien. Parpadeó para librarse de las lágrimas que se acumulaban en sus pestañas. Tenía los labios paralizados. No podía articular palabra

–¿De-de verdad…? –balbuceó–. ¿Me-me perdonas?

–Sí. ¿Estás llorando? –preguntó él sorprendido. Y sus cálidas manos tomaron los brazos de Carmel.

–No. Odio llorar. –Pero Damian era una imagen borrosa tras la cortina de lágrimas.

Un calor intenso se asentó en su pecho. La liberación, el alivio, eran tan inmensos que las rodillas le temblaron y la respiración se le entrecortó.

–Estás temblando, Carmel. Tranquila –musitó Damian.

Ella se encontró apretada contra su pecho, abrazada por él.

Entonces, algo se rompió en su interior y comenzó a llorar con una fuerza incontenible, como si una ola gigantesca la sacudiera, arrastrándola al fondo del mar, dejándola exhausta, ahogándola.

Damian la tomó en brazos y, yendo hasta un sofá, se sentó con ella en su regazo, sacó unos pañuelos de papel de una caja y le secó las mejillas.

–Shh. Para ya –susurró.

Pero Carmel no podía parar porque engañarlo era lo único que jamás había sido capaz de perdonarse. Era la razón por la que consideraba que no merecía ser feliz. Llevaba años convencida de ello. Perdonándola, Damian acababa de romper esa maldición y ¿qué se suponía que debía hacer ella, dejar de odiarse a sí misma? Era demasiado para asimilar.

–Está bien –musitó él, estrechándola en sus brazos–: Sácalo todo.

La acunó y le acarició el cabello mientras ella se desmoronaba.

Carmel no era una de esas mujeres a las que les favorecía llorar. Parecía una bruja con el rímel corrido y la nariz roja de tanto sonársela entre ataques de llanto.

Era vergonzoso y humillante, pero también catártico.

La paciencia de Damian era así mismo dolorosa y sanadora a un tiempo. La tormenta fue amainando y los sollozos se deshicieron en hipos, dejándola con la sensación de estar completamente exhausta. Para entonces, su hombro estaba debajo de la axila de Damian y su cabeza acomodada bajo su mentón mientras él seguía acariciándole el cabello.

Todo era tan agradable… Carmel jamás había soñado que Damian pudiera ser tan tierno con ella. Suspiró. Se sentía tan segura y cómoda que no quería moverse. Cerró los ojos para memorizar las sensaciones: la presencia física de Damian rodeándola, pero también la calma en su interior. Sentimientos más profundos se despertaron y se permitió sentirlos, porque eso era lo que más deseaba: una persona que la hiciera sentir bien.

Pero no podía ser Damian. Que la perdonara no significaba que pudiera confiar en ella o amarla. Era comprensible. Pero a ella le bastaba recrearse en aquel instante y saber que podría recordarlo

cuando volviera a sentirse insegura. Cuando la realidad la abrumara y tuviera la tentación de beber.

No fue consciente de haberse quedado dormida hasta que se sintió flotar.

–Tranquila –dijo Damian al ver que se aferraba a su cuello sobresaltada–. Te iba a llevar a la cama –añadió depositándola en el suelo.

Ella siguió asida a su cuello, desorientada.

–¿Estoy espantosa? –preguntó.

–Un lavado de cara no te iría mal.

Aquella respuesta tan natural y sincera hizo que una carcajada estallara en el pecho de Carmel y la hiciera reír con fuerza.

Él le tomó la barbilla para alzarle el rostro y mirarla a los ojos.

–¿Estás bien? Has llorado mucho.

–Lo sé –dijo ella, tomando aire–. Pero voy a pedirle a mi terapeuta que te dé un certificado honorífico. Siempre me dice que debo llorar más, pero acabas de ver que, si empiezo, no paro.

–¿De verdad estás bien? –preguntó él con ternura, acariciándole el mentón.

–Sí. –Ella le dio una palmada en el pecho.

Anhelaba refugiarse de nuevo en sus brazos, pero acababan de alcanzar un delicado equilibrio y no quería romperlo.

–Sé que soy excesiva, que cargo con mucho equipaje –continuó– y que he pasado mi vida asumiendo que otros lo llevarían por mí. Literal y metafóricamente. Estoy aprendiendo a ser lo bastante fuerte como para ocuparme de él yo misma. Pero este peso –dijo tocando el pecho de Damian– era demasiado pesado y te agradezco que me hayas ayudado a aliviarlo. Gracias.

Damian recorrió su rostro y clavó la mirada en sus labios. Ella sintió un hormigueo, pensando que iba a besarla. Pero él retrocedió y dejó caer la mano.

–Vete a la cama.

Carmel sintió el mismo rechazo que la noche de las escaleras.

Cruzándose de brazos, se encaminó a su dormitorio.

Capítulo 9

Si los corazones realmente se rompían, Damian estaba seguro de que eso era lo que había presenciado aquella noche. Por más cínico que fuera respecto a Carmel, era evidente que estaba atormentada. Que lamentara tanto haberlo humillado lo había afectado profundamente.

No se había dado cuenta de cuánto poder tenía sobre ella y le resultaba inquietante.

Por eso no la había besado. Hasta aquel momento, el velo de amargura que los separaba le había ayudado a reprimir el deseo de comprobar si el sexo era tan bueno como lo recordaba.

Pero aquella noche, con Carmel adormecida en su regazo, sintiendo sus curvas pegadas a él y embriagado de su aroma, la excitación y las fantasías lo habían asaltado. Por eso había decidido llevarla a la cama antes de cometer una estupidez.

Entonces ella se había despertado y había pasado del llanto a la risa en una demostración de admirable entereza, y la atracción contra la que luchaba se había hecho casi incontenible.

Sin embargo, temía herirla. Una semana antes habría disfrutado con esa posibilidad. Pero, en aquel momento, le perturbaba saber lo fácilmente que podía destruirla, y el crimen que supondría aplastar a alguien que se estaba esforzando tanto para recuperarse de los golpes de la vida.

Se quitó la chaqueta y los zapatos. Sin pensar fue al mueble bar, pero recordó que solo contenía refrescos. Además, le gustaba ser solidario con Carmel y mantenerse sobrio. Aunque solo fuera algo simbólico, para él era importante apoyarla.

La puerta se abrió y Carmel entró en el salón.

–Oh. –Tenía el rostro limpio, el cabello recogido y llevaba una bata de seda azul con flores rosas–. Creía que te habías ido a la cama. –Fue directa hacia la bolsa que había dejado sobre una mesa y rebuscó en ella–. Creo que he dejado el libro en el avión. ¡Qué rabia!

–¿El del tipo que desvirgaba a la virgen?

–Tendrás que ser más específico. Eso pasa en casi todos los libros que leo.

–¿De verdad? –Damian no pudo evitar sonreír con sorna.

–No seas tan esnob. Las novelas románticas son esperanzadoras y me dan el final feliz que tanto ansío. –Carmel lo miró de reojo–. Interprétalo como quieras.

Damian rio.

–¿No te avergüenzan?

–Por qué iba a avergonzarme. Ya te he dicho que no tengo vida sexual, así que al menos me quedan los libros. Aunque se ve que esta noche, no –concluyó ella, apartando la bolsa.

–¿No tienes nada en el móvil?

–Si, pero prefiero los libros en papel.

Su encogimiento de hombros atrajo la mirada de Damian hacia la deliciosa curva de sus senos libres bajo la bata. Se obligó a mirar a otro lado e ignorar el deseo que lo recorrió.

–Bueno, no voy a andarme con rodeos –dijo ella súbitamente–. No puedo evitar sentirme atraída hacia ti…

Damian la miró. Ella bajó la mirada y jugó con el cinturón de su bata. Continuó:

–Pero hemos alcanzado un buen entendimiento y no quiero estropearlo.

–De acuerdo –masculló él a regañadientes.

–Después de la intervención de Zoia vuelvo a Londres. Esto no es una reconciliación.

–Exacto. No quiero engañarte.

–Yo no quiero ser impulsiva, quiero ser sensata. Y disciplinada.

–Muy bien. –Daian se tragó su desilusión y dijo con voz ronca–: Tienes todo mi apoyo.

–Pero quiero volver a sentirlo –dijo ella en un susurró, los hombros caídos.

–¿El qué?

–Placer. –Carmel se encogió de hombros–. Y no pasa nada porque no me desees…

–Yo no he dicho eso. –La voz de Damian había caído hasta el centro de su vientre, donde su sentido común se estaba enredando en un deseo creciente.

–¿Sería tan malo si acordamos que es solo temporal? –preguntó Carmel con un hilo de voz.

Damian tuvo que acercarse para oírla. Sus pies avanzaron hasta que tomó el rostro de Carmel en sus manos y, al encontrar su boca la de ella, un torbellino de sensaciones lo dominaron. Alivio y hambre. Un deseo desatado y la necesidad de ser cuidadoso. Una increíble posesividad aun diciéndose que era temporal.

«Solo por ahora».

Carmel rodeó el cuello de Damian con sus brazos y ofreció los labios a su voraz exploración. El corazón le estallaba de alegría, su espalda reposó sobre el brazo con el que él la sujetaba. Ella se puso de puntillas para aumentar la presión del beso, pero él levantó la cabeza.

–No pares. Por favor, Damian –suplicó Carmel en un susurro.

Él la tomó en brazos y caminó hacia su dormitorio. Carmel se abrazó a su cuello y se lo besó antes de mordisquearle el lóbulo. En respuesta, Damian estrechó su abrazo y contuvo el aliento, luego la dejó en la cama y se echó con ella, apoyándose en un codo mientras con la otra mano le soltaba el nudo de la bata.

–¿Sabes lo que me costó rechazarte la otra noche? –preguntó mientras abría la bata y dejaba su cuerpo desnudo expuesto–. Tampoco ha habido nadie para mí en este tiempo.

Inclinó la cabeza y le rozó con los labios el endurecido pezón.

–Espera. –Carmel le sujetó la cabeza y le hizo mirarla–. ¿De verdad? ¿Por qué?

–Porque te deseaba a ti. Esto. –Le dio un beso húmedo, describió un círculo con su lengua, envolviéndola gradualmente hasta que

Carmel hundió los dedos en su cabello y le presionó la cabeza al tiempo que se arqueaba contra su boca.

La leve succión hizo que prácticamente saltara de la cama. Tal vez por saber que los dos habían sido célibes durante cinco años.

Antes de que pudiera medir qué significaba, una sensación eléctrica le recorrió las entrañas. Damian puso su mano sobre su vientre y le acarició la parte interna de los muslos, robándole el último gramo de consciencia que le quedaba.

–Pálida como la nata aquí –musitó, haciendo que un calor húmedo se acumulara en sus pliegues–. Solo pienso en la miel que se esconde aquí –añadió acariciándola íntimamente, rozando el nudo de sus terminaciones nerviosas, elevándola a un mayor grado de exaltación.

Con un gemido, Carmel le tiró de la camisa y la abrió para tocarle la piel caliente del pecho.

–¿Quieres esto? –Damian volvió a usar sus dedos.

–Lo quiero todo de ti, por todas partes –dijo ella, jadeante.

–Me alegro. –Damian le mordisqueó la barbilla al tiempo que la penetraba con un dedo y le besaba el cuello.

Carmel no pudo contener el pequeño clímax que la sacudió.

Damian la miró, pero no se rio de ella. Sus ojos refulgían de lujuria. Respirando agitadamente le metió un segundo dedo a la vez que la observaba, asegurándose de que la forma en que se mordía el labio fuera puro y erótico deleite.

Dejó escapar un ruido animal y empezó a deslizarse hacia abajo, ajeno a los esfuerzos de Carmel por quitarle la camisa. Se demoró en sus senos. Tenía una misión y no necesitaba darse prisa. Su boca acompañó a su mano, reclamándola abiertamente. Le levantó un muslo y lo sujetó mientras le hacía el amor con la boca y sus dedos hasta que la recorrió otro orgasmo, rápido e intenso.

Damian no se detuvo. Sacó los dedos, pero siguió acariciándola y provocándola con su hábil lengua hasta que su vientre volvió a contraerse y resonaron en su garganta gemidos de una renovada ansia.

Incorporándose sobre las rodillas, Damian la observó con una expresión de oscura satisfacción, hasta que Carmel se asió a la

manta, cohibida.

Entonces Damian se levantó de la cama.

–¡No! –exclamó Carmel, temiendo que fuera a dejarla.

–Voy a por un preservativo –dijo él con voz grave–. Espérame.

Mientras iba al cuarto de baño se quitó y tiró al suelo al camisa.

Carmel lo esperó temblorosa, expectante. Hacía cinco años, Damian había tenido el mismo efecto sobre ella: le hacía olvidar la realidad. Borraba su capacidad de pensar de la manera más deliciosa, pero él no se dejaba llevar ni tan pronto ni tan completamente como ella.

Y despertaba tantas emociones en ella… No era ya que la atrajera o excitara, o que sintiera respeto y admiración por él. No, Damian siempre se había filtrado en lo más profundo de su ser, donde guardaba sus secretos y sus temores más ocultos; dónde quería sentir a alguien cerca; donde quería ser amada.

Damian volvió desnudo como una estatua de bronce que hubiera cobrado vida.

El alivio que Carmel sintió se vio eclipsado por la felicidad que le produjo verlo y que una voz le susurrara: «En el único. Es él». Era una admisión que en el pasado la había abrumado. Le había aterrado vivir con alguien que tenía tanto poder sobre ella.

Pero aquella noche quería rendirse a su fuerza. A él.

Damian abrió la cama y ella se metió entre las sábanas. Entonces lo observó mientras él se colocaba el preservativo en su duro sexo y se reclinó, abriéndole los brazos para recibirlo. Entreabrió los labios y se deleitó con la fricción de su muslo con la parte externa del de él. Dejó que sus manos exploraran avariciosas su espalda, sus nalgas, los tendones de su nuca, la forma de su cráneo. El sabor y la sensualidad de su beso la absorbieron completamente.

Cuando la penetró, Carmel sintió una punzada de dolor. Contuvo el aliento y Damian alzó la cabeza para mirarla a los ojos con preocupación.

Hasta ese instante no la había creído, pero en aquel momento le tomó el rostro entre las manos y, apoyando su frente en la de ella, susurró en griego:

–Yo también te he echado de menos.

Eso era lo que su celibato, su fidelidad, significaba.

Conmovida, Carmel se abrazó a su cuello.

Damian esperó a que se adaptara a tenerlo en su interior y musitó:

–Avísame cuando estés lista.

¡Ya lo estaba! Su cuerpo cantaba con la alegría de sentir el peso de sus caderas y el roce de sus labios contra su oreja y el latido de su corazón contras sus senos.

Sentía una emoción tan profunda que sus ojos volvieron a humedecerse.

Pensó que aquello era el amor: esa sensación de vulnerabilidad y euforia combinadas con una cálida seguridad. Aquel deseo de complacer, de ceder: de acariciar a Damian y volcarse en sus besos, de ser generosa. De ofrecerse en su totalidad, sin condiciones.

Alzó las caderas en una invitación muda y Damian gimió con todo el cuerpo en tensión antes de empezar a moverse.

Seguían encajando a la perfección, como bailarines que llevaran años siendo pareja. La cama era su pista y se movían en ella con elegancia y facilidad, besándose y rodando, separándose brevemente solo para volver a acercarse, todo al tempo de sus corazones y de la melodía de sus gemidos de placer.

Damian tiró de ella para que se sentara a horcajadas sobre sus caderas, donde Carmel se arqueó en el clímax; luego la tumbó de espaldas para llevarla de nuevo al límite. Y cuando ella pensó que no podía soportar más placer, él dijo:

–Puedes una vez más. Para mí. Déjame sentirlo.

Y Carmel no pudo resistirse a sus ávidos labios ni a su contacto íntimo. Y en aquella ocasión, cuando tembló y se sacudió de placer, él la acompañó con un prolongado gemido, manteniéndola en aquel éxtasis de placer durante largos momentos hasta que el mundo entero se volvió radiante y prometedor.

Luego, ambos se desplomaron como los dos ángeles caídos que eran.

Durante la noche hicieron el amor dos veces más.

Damian debería estar exhausto, pero cuando despertó sobresaltado en la cama vacía y encontró a Carmel en la ducha, se metió con ella, más excitado que nunca.

Ella le dio la bienvenida con brazos jabonosos y un beso, pero Damian vio un hematoma cerca de su boca. Le había dejado marcas por todo el cuerpo y, cuando le acarició el interior del muslo, la respiración de Carmel no se entrecortó solo por placer.

–¿Estás dolorida?

–Un poco –admitió ella.

Él le besó la mejilla intentando dominar la excitación que le endurecía el sexo.

–Pero no quiero que tú te quedes dolorido –ronroneó ella, poniéndose de rodillas.

Unos cinco segundos después de que ella cerrara sus labios en torno a su sexo, Damian había perdido el control.

Aun así, después de secarse ambos, siguió deseándola. Enormemente

Se vistió y se obligó a ejercer cierto control sobre sí mismo, pero, en lugar de tomar el café en el comedor, le subió uno a ella. Carmel estaba en el dormitorio donde había dejado su equipaje. Damian se sentó en una esquina y la observó ir de un lado a otro con un precioso conjunto de ropa interior de encaje.

–No me molestaría con el maquillaje, pero se han enterado de que estoy aquí –comentó ella, inclinándose sobre el lavabo–. Mi equipo me ha dicho que hay rumores en internet sobre nosotros. Al menos dará más publicidad a tu premio.

–Ese no es el motivo de que te pidiera que vinieras. –El único interés de Damian en aquel instante era ver cómo el encaje abrazaba sus nalgas.

Cuando Carmel se inclinó hacia adelante para secarse el cabello, Damian estuvo a punto de volverse loco. En unos minutos ella se incorporó con las mejillas sonrosadas y, al ver que la devoraba con la mirada, preguntó con picardía:

–¿En qué estás pensando?

Avanzó lentamente hacia él y, apoyándose en el respaldo de su asiento, se inclinó, proporcionándole una vista privilegiada de sus

senos meciéndose en el sujetador. La uve de sus bragas acababa en el lugar paradisiaco en el que Damian quería quedarse.

Él se humedeció los labios y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, apoyó la cabeza en el respaldo diciendo:

–Quiero volver junto a Zoia.

–Vale. –El brillo de los ojos de Carmel se apagó al tiempo que se erguía.

Damian fue a tomarle la mano, pero ella la retiró.

–¿He herido tus sentimientos? –preguntó Damian, que estaba descubriendo lo fácil que se sentía dolida.

–No. –Carmel volvió al cuarto de baño y se cepilló el cabello–. Pero, si no vamos a repetir, prefiero que me lo digas.

Damian sintió aullar a la fiera que reprimía en su interior.

–¿Tú qué quieres? –preguntó.

–Que follemos sobre cada mueble que encontremos, evidentemente –replicó Carmel sin rodeos.

Damian rio. No podía estar más de acuerdo con ella.

–Anoche dijimos que «por el momento», pero no sé si nos referíamos a Berlín o al tiempo que yo pase en la isla. –Carmel fue hasta la maleta, dejó el cepillo y se puso unos pantalones anchos. Luego un top que dejaba su cintura al aire–. No quiero confundir a Zoia respecto a nuestro futuro, así que, si quieres, lo dejamos aquí.

Como si Zoia no fuera a notar de inmediato que estaba de mejor humor que en todos los últimos años.

Carmel cerró la maleta, se puso unas sandalias y miró a Damian.

–Sé que no tenemos un futuro. Que me perdones no significa que olvides. Que quieras sexo conmigo no significa que me quieras. No pasa nada. El sexo me gusta. Anoche fue increíble. Lo necesitaba. Muchas gracias.

–Yo también –dijo Damian con voz ronca.

–Lo sé. –Carmel lo miró fijamente y Damian se sintió expuesto–. La situación de Zoia te preocupa. Necesitas desfogarte. No me importa servirte de distracción, de verdad. Tiene sus ventajas.

–Eso suena a sexo por compasión, Carmel.

–No. –Carmel frunció el ceño–: Amigos con derecho a roce. –Abrió los ojos como se sorprendiera y añadió–: ¿Crees que podríamos ser

amigos?

–No lo sé –dijo él pensativo–. Temo que nos hagamos daño.

–Yo también.

–Pero a no ser que me dejes muy claro que no quieres que te toque… –Damian se acercó y posó las manos en sus caderas–, creo que no voy a poder quitarte las manos de encima. –Deslizó las manos por su cintura y las abrió sobre su caja torácica.

–Me gusta que me toques. –Las pupilas de Carmel se dilataron. Se asió a los brazos de Damian y se inclinó hacia él–. No quiero que paremos hasta que sea inevitable.

No pararon.

Pasaron las siguientes noches y partes del día haciendo el amor.

Aunque disimulaban delante de Zoia, esta se dio cuenta y le tomaba a Carmel el pelo por la mañanas.

–Me alegro de que Damian y tú os estéis llevando tan bien. –Sonrió con sorna–. Sabía que Berlín os sentaría bien.

Carmel cambió de tema.

Lethe también sabía lo que estaba pasando. La cama de Carmel nunca estaba deshecha y Damian iba a comer a diario a la villa. Nadaban y subían a «cambiarse» antes de bajar, una hora más tarde, relajados y hambrientos.

Una mañana, durante el desayuno, Damian le enseñó en la *tablet* una fotografía de sí mismo, diez años más joven, sentado en una motocicleta. Llevaba el cabello largo y una camiseta con el nombre de un grupo de música que Carmel no conocía. Pero había algo en sus ojos…

–¿Es tu padre? –preguntó Carmel, perpleja.

–Podría serlo. Es ingeniero. Tiene una gran empresa en Australia.

–Sois idénticos –dijo ella, devolviéndole la *tablet*.

–Ha accedido a hacerse una prueba de ADN, pero primero quiere contárselo a su esposa y a su familia. No le digas nada a Zoia.

–Claro que no –dijo ella. Y añadió–: ¿Tiene hijos?

–Dos hijas y un hijo. Los tres tienen veintitantos años –contestó Damian con gesto sombrío.

–¿Estás bien?

–Sí, pero tengo que ir a ver a Pirro. Luego nos vemos. –Damian se levantó y, al contrario que los días anteriores, se fue sin besarla.

Carmel intentó trabajar en vano. Al ver que no volvía al mediodía, reunió unas cuantas cosas en su bolsa y pidió a Lethe que preguntara a Pirro dónde estaba Damian.

Estaba solo en un rincón de la propiedad, reconstruyendo un muro de piedra. Cuando la vio, la miró contrariado.

–¿Qué haces aquí?

–Te he traído el almuerzo. Te sangran los nudillos –comentó ella.

Damian se los secó en los pantalones y se frotó las manos.

Carmel pasó por alto su mal humor y extendió una esterilla bajo la sombra de un olivo.

–No tengo hambre.

–Bebe un poco de agua por lo menos. –Abrió una botella y observo a Damian mientras prácticamente la acababa; luego se la sujetó para que se aclarara las manos y la cara.

–No necesito que cuides de mí –dijo él cuando ella le pasó un paño para que se secara.

–Tengo motivos egoístas –dijo ella, diciendo la verdad a medias–. Pensaba que así podría seducirte. –Sonriendo, sacó un condón del sujetador–. Pero, si no tienes ganas, te dejo trabajando.

Damian la sujetó por la muñeca.

–¿Estás segura? No estoy de humor para delicadezas.

–Lo sé. –Carmel posó una mano en su mejilla, escrutando en su rostro las contradictorias emociones que lo torturaban–. Pero ¿por qué malgastar toda esa energía en un muro?

Damian la aplastó contra sí y atrapó su boca con brusquedad.

Carmel se sorprendió, pero ella entendía bien la necesidad de escapar cuando los sentimientos se hacían insoportables, cuando uno sentía que se ahogaba en su propia confusión, cuando cada respiración era un esfuerzo.

Siempre era peligroso intentar salvar a alguien que se ahogaba porque en su desesperación por sobrevivir podían arrastrarte con ellos.

Eso fue precisamente lo que hizo Damian en los primeros segundos. La besó tan profundamente que apenas pudo respirar. Sus dedos se clavaron en sus nalgas y la apretaron contra su sexo.

¡Estaba tan duro! Carmel no sabía por qué respondía de una manera tan primitiva, pero gimió y se frotó instintivamente contra su gran miembro, abriendo las piernas mientras él la echaba sobre la esterilla.

Carmel llevaba el vestido y él le bajó bruscamente los tirantes para exponer sus senos y poder succionar sus pezones con tanta fuerza que la hizo jadear al instante.

–¿Demasiado fuerte? –Damian se incorporó sobre las rodillas y le subió la falda al estómago, bajándole las bragas y tirándolas a un lado–. Necesito que me sigas el ritmo, *omorfiá mou.*

Entonces le levantó las caderas y atrapó su carne más sensible con su boca. Carmel se estremeció ante la súbita intimidad, la punzada de vivo placer, la crudeza con la que Damian la preparaba para lo que estaba por llegar. Y cuando se arqueó hasta solo tener los hombros en el suelo, con los talones clavados en la espalda de Damian, tan cerca del clímax que ya no podía articular palabra, él le bajó las caderas a la estera.

Su expresión era salvaje, sus movimientos urgentes cuando tiró de la bragueta para liberar su miembro mientras abría el preservativo con los dientes.

–Gírate –dijo con voz gutural–. Te quiero de rodillas.

Ella obedeció, tan anhelante como él, con un deseo animal de acoplarse a él.

Damian le subió la falda hasta la mitad de la espalda y le acarició las caderas y las nalgas con una mano a la vez que conducía su sexo con la otra hasta alcanzar la entrada de Carmel. Entonces la asió por las caderas y la penetró con una embestida suave pero enérgica.

–Tócate. Sígueme –le exigió.

Carmel apoyó la frente en su antebrazo y llevó la otra mano hasta donde él empujaba y retrocedía en un vaivén continuo, creando una fricción continua que la hacía sentirse cada vez más apretada y arrastrándola a una cueva oscura en cuyas paredes bailaban luces centelleantes.

Fue vagamente consciente de la mano de Damian en su hombro, la otra en su cadera, sujetándola para continuar sus embestidas mientras ella, atrapada en el instante, disfrutaba de su pérdida de control porque significaba que la barrera entre ellos se estaba disolviendo.

Ella se estaba disolviendo.

–¡Damian! –gritó mientras su mundo implosionaba justo en el momento en que él se adentraba profundamente en ella, temblando y gimiendo al alcanzar su propio clímax.

Damian se desplomó hacia delante antes de hacer un esfuerzo sobrehumano y rodar fuera de ella. Estaba sudado, sucio y alterado. Con un giro de muñeca, se quitó el preservativo y lo dejó en la hierba junto a la esterilla, luego se puso los calzoncillos, intentando recuperar el aliento. Temía que el corazón se le fuera a salir del pecho.

–¿Por qué me has dejado hacer eso? –preguntó cuando pudo hablar.

Carmel seguía boca abajo. Su vestido estaba subido hasta la cintura, y Damian le acarició las nalgas desnudas, provocándole un escalofrío.

–Porque lo necesitabas –dijo, girando la cabeza para mirarlo con párpados pesados.

Damian habría querido negarlo, pero Carmel no se equivocaba. Había estado lanzando piedras como si estuviera conteniendo a hordas invasoras, pero en realidad solo intentaba ignorar el hecho de que se estaba desmoronando por dentro.

Quería saber si aquel hombre era realmente su padre. Quería conocer a su padre.

Era difícil asimilarlo cuando llevaba más de treinta años diciéndose lo contrario.

Carmel se giró de espaldas y se bajó la falda, luego suspiró.

–¿Te he hecho daño? –Damian buscó su mano.

–No. –Ella entrelazó sus dedos con los de él–. Solo me pregunto cuántos de tus trabajadores nos han visto.

Todos habían ido a comer y ya estaban trabajando en el viñedo, pero Damian dijo:

–Seguro que solo uno o dos.

–Qué pena. Con la buena actuación que hemos hecho.

Damian resopló. Carmel siempre iba un paso más allá, pero no podía evitar que le encantara su sentido del humor.

Le acarició la mano con el pulgar, dándole las gracias. No era solo el orgasmo ni el hecho de que le hubiera dejado marcar un ritmo tan brusco. Era el hecho de que estuviera allí. Que hubiera ido a buscarlo.

Permanecieron en silencio varios minutos, con el suave susurro de la brisa entre los árboles y el canto de los grillos.

–Creo que es buena señal que quiera contárselo primero a su familia –dijo ella finalmente–. Enterarme de la existencia de Atlas fue un *shock* horrible porque mi padre lo hizo sin previo aviso. «Este es Atlas. Su madre y yo coincidimos una vez». Esas fueron sus palabras. ¿No es para morirse de risa? –La indignación de Carmel se fundió con su risa.

–Puede que eso fuera todo lo que había entre mis padres –dijo él, expresando algunos de los temores que habían estado torturándolo desde que decidió buscar a Nicholas Gatz–. Quizá eran dos extraños que se cruzaron una noche. –Y, tras una pausa, puso palabras al mayor de sus miedos–: Tal vez no fue sexo consentido y por eso mi madre no quiso que lo conociera.

Carmel se giró para apoyar la cabeza en su hombro y abrazarse a él.

–¿Por eso nunca lo has buscado? –preguntó.

–Sí.

–Si fuera así, dudo que hubiera puesto su apellido en tu certificado de nacimiento.

–Eso suelo decirme a mí mismo, pero no puedo evitar dudarlo. ¿Y si es pura escoria y me arrepiento de contactarlo?

–Al menos lo sabrás. Entraste en esto queriendo averiguarlo, si no, no lo habrías hecho. No era solo por Zoia, ¿no? –Carmel alzó la cabeza.

–He pasado toda mi vida diciéndome que no importaba. No quiero que me importe.

–Y ahora te preocupa que no esté a la altura de tus expectativas, así que intentas mantenerlas bajas. No tienes que invitarle a formar parte de tu vida. Todo empezará con una conversación. Pronto sabrás si quieres volver a hablar con él.

–Ni siquiera sé qué le diría. Odio hablar de mí mismo.

–Ah, ¿sí? –Carmel posó la mano en el centro de su pecho y apoyó la barbilla en ella.

–Y, sin embargo, has conseguido que te cuente todo esto. –Damian se dio cuenta entonces de cómo Carmel había sacado el tema y hecho una pregunta intrascendente para darle espacio. «¿No es para morirse de risa?»–. Eres muy hábil.

–Prefiero ser astuta. Tiene el potencial de convertirme en supervillana.

–Desde luego que sí. Das miedo. –Damian le retiró el cabello detrás de la oreja

–Gracias. –Los ojos de Carmel brillaron con humor y satisfacción.

Un torbellino de emociones invadió a Damian: alegría y admiración junto con una inquietante sensación de que ella se estaba volviendo esencial para él. Ese pensamiento le produjo un escalofrío en el pecho.

–Deberíamos ir a nadar –dijo.

Carmel percibió que Damian se estaba cerrando, pero se incorporó y empezó a guardar el picnic intacto en la bolsa.

–Ni siquiera has comido –lo regañó.

–Yo diría que sí –replicó él, lanzándole la ropa interior.

Ella sonrió y se la puso bajo el vestido. Cuando no quedó rastro de su encuentro salvo un trozo de hierba aplastada, volvieron a la villa.

–¿Crees que tener tanto sexo es saludable? –preguntó Carmel aquella tarde, cuando estaban en su rincón favorito de la piscina.

Lethe solía irse a casa unas horas después de comer antes de volver a preparar la cena, así que aprovechaban la privacidad de la terraza bordeada por un muro. Carmel estaba apoyada en la rodilla

de Damian, un brazo rodeando su cuello y los labios presionados contra su barbilla.

–Creo que requiere una constitución robusta y se ve que la tenemos. –Damian tiró de la cuerda de la parte de arriba del bikini, soltando el nudo de detrás del cuello.

–No seas tan fino. Llámanos degenerados.

–Eso, además.

–Quizá sea como lo que hacen los osos cuando comen sin parar antes de hibernar. –Carmel levantó el brazo para darle acceso al cierre del bikini en la espalda.

Damian se quedó paralizado. Sus miradas se encontraron mientras ella se refería a que su tiempo juntos era finito. Solo les quedaban cinco días. Cuatro, ya que viajaban a Atenas el domingo.

–No estarás pensando en dejarme dormir ahora, ¿verdad? –dijo, cumpliendo su acuerdo tácito de mantener un tono ligero.

Bajo el agua, el bikini flotaba suelto, hundiéndose entre ellos mientras él deslizaba la palma de la mano por la parte de abajo.

–Oh, pobrecito –se burló ella, arqueándose y dejando un rastro de besos en su garganta–. Y oigo tantas quejas…

–Carmel. –Damian adoptó súbitamente un tono serio. Su mano dejó su trasero y la atrajo hacia sí–. ¿Le has llamado tú?

–¿A quién? –Carmel se giró para seguir su mirada, pero Damian la sostenía con firmeza para que sus senos desnudos permanecieran ocultos contra su pecho.

El corazón le dio un salto al ver a Atlas y Stella acercarse por el lateral de la villa.

–Oh, no. –Buscó la parte superior del bikini e intentó colocar las copas en su sitio mientras Damian le daba un poco de espacio para maniobrar.

–¡Al fin! –dijo Stella con una sonrisa radiante desde detrás de sus gafas negras y su sombrero de ala ancha.

Hacían una pareja espectacularmente hermosa. Atlas era alto y musculoso, y parecía haber trabajado para el MI5. Iba vestido tan informal como era capaz, lo que significaba que llevaba unos pantalones cortos hechos a medida y una camisa de manga corta. Stella era casi tan alta como él y poseía una figura que volvía

cabezas. Su cabello rubio descansaba en una larga trenza sobre su hombro y su elegante vestido floral se ceñía a sus curvas siguiendo sus movimientos.

Carmel miró a Damian, que a su vez miraba a Atlas. Cuando ella terminó de sujetarse el bikini y se separó de él para lanzarse hacia la escalera, la dejó ir con reticencia.

–¿Por qué demonios has venido hasta aquí si podías llamar o mandar un mensaje? –preguntó Carmel mientras salía del agua.

–Porque no respondes ni a mis llamadas ni a mis mensajes.

Atlas miró hacia la vista más allá del muro mientras Carmel se ponía un pareo.

Damian salió de la piscina detrás de ella y tomó la toalla que Carmel le ofreció.

–He pedido privacidad, ¿recuerdas? –dijo–. ¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

–Dejas más migas de pan que Hansel y Gretel: mi chófer te dejó en su edificio en Atenas; las fotos de Berlín; el cuadro que enviaste a Atenas desde una galería de esta isla. No ha sido difícil.

Siempre tan altanero. Pero Carmel preguntó a Stella, ansiosa:

–¿Te ha gustado?

–¿El cuadro? Me encanta. Gracias.

Stella se apresuró a abrazarla y, como siempre, la estrechó con fuerza para que supiera que su amistad era sincera y no mera cortesía.

–Está preocupado –le susurró antes de soltarla.

–¿Por qué iba a preocuparse? –preguntó Carmel elevando la voz con fastidio–. Te dije que estoy bien. Totalmente sobria. –Abrió la boca burlonamente, como invitándole a oler su aliento.

–Genial –dijo Atlas impasible, y luego habló en griego–. Debes de ser el marido de Carmel. Soy Atlas Voudouris. –Pasó la mano por encima de ella para ofrecérsela a Damian–. Disculpa que me presente sin avisar. Necesito hablar con mi hermana. Esta es mi esposa, Stella.

–Bienvenido –dijo Damian secamente mientras le estrechaba la mano–. Damian Kalymnios. Puedes hablar en inglés.

–Encantada de conocerte –dijo Stella con calidez mientras le estrechaba la mano–. No tenía ni idea de que estabas casada, hasta que salieron tus fotografías y Atlas me lo contó –añadió, reprendiendo a Carmel en un aparte.

Carmel hizo una mueca.

–¿Aparece *online*?

–Las fotos, sí. No tu matrimonio –dijo Stella.

–Entonces, ¿cómo sabes que estamos casados? –preguntó Carmel, mirándolos alternativamente.

–Siempre lo he sabido –dijo Atlas son suficiencia.

–¿Por qué usas siempre ese tono? –preguntó ella molesta.

–Es mi voz. No puedo evitar que no te guste.

–Me dan ganas de tirarte a la piscina.

–Hazlo. Sé nadar.

Carmel estuvo tentada, pero en el pasado ya lo había hecho y siempre fracasaba.

–Me lo dijo Oliver –concedió Atlas. Nunca se refería a su padre más que por su nombre de pila–. Quería que le ayudara a mantenerlo en secreto.

–¿Sabe que estoy aquí? –preguntó Carmel con preocupación.

–No. Pero…

–¿Por qué no les dejamos que vayan a cambiarse? –Stella puso la mano en el brazo de Atlas–. Damian, ¿te importaría si me sirvo de esa agua? –Señaló la jarra sobre la mesa.

–Por supuesto. Siéntete como en casa –dijo él con ironía–. No tardaremos.

–Lo siento mucho –dijo Carmel mientras caminaban hacia la villa.

–No pasa nada –dijo Damian en tono impasible, pero ella percibió que se recluía tras sus defensas.

Entró en su habitación para ponerse un vestido y luego se encontró con Damian saliendo de su habitación en pantalones cortos y un polo. Abajo, Lethe acababa de regresar y se disculpó profusamente por no haber estado para recibir a sus invitados.

–No los esperábamos, pero ¿puede preparar unas bebidas? –preguntó Damian.

–Por supuesto. –Lethe se apresuró a atarse el delantal.

–Tienes una casa preciosa –dijo Stella a Damian cuando regresaron a la terraza–. ¿Eso es una casa de invitados? El jardín es precioso.

–Es la casa de mi abuela.

–Zoia –dijo Carmel–. Descansa por las tardes, pero te la presentaré antes de que te vayas. Es fan tuya –dijo a Atlas.

–Por favor, sentaos –dijo Damian cuando Lethe salió con unas copas y una jarra con limonada–. ¿Habéis volado o habéis llegado en ferry?

–Estamos en nuestro yate. No queríamos estar en Atenas cuando se difundiera la noticia. –Atlas miró a Stella y luego le dijo a Carmel–: Es probable que Oliver sea acusado de conducir bajo los efectos del alcohol.

–¿Qué? ¿Qué ha pasado? ¿Está herido? ¿Ha herido a alguien? ¿Por qué conducía él? ¿Dónde estaba Costa?

Atlas levantó la mano y Carmel dejó de lanzar preguntas para que le diera una explicación.

–Iba solo. Se compró un Jaguar. Lo recibió ayer, así que fue a Woodley, en Oxfordshire. Después de beber durante la comida, paró en todos los *pubs* de camino a casa.

–¿Por qué? –preguntó Carmel incrédula–. ¿Para presumir?

–¡Qué más da! –Atlas se encogió de hombros–. La cuestión es que mucha gente lo vio bebiendo. Cayó con el coche por una cuneta alrededor de la medianoche, pero logró salir con algunos moratones y una leve conmoción cerebral. Llamó a Costa para que lo recogiera y lo llevara a casa, pero estaba tan borracho que Costa pensó que podría estar sufriendo un derrame cerebral y lo llevó al hospital. Cuando llegó la policía para interrogarle, seguía ebrio. Fue entonces cuando llamó a su abogado, que me llamó a mí.

–¿Dónde está ahora?

–En la clínica. Para demostrar que se ha responsabilizado de su problema –dijo Atlas con sarcasmo.

–Es decir, para esconderse de los *paparazzi*.

Su padre no buscaría ayuda real. Su hija podía tener un problema con la bebida porque era débil, pero él era perfecto en todos los sentidos.

–Quería decírtelo antes de que publicáramos el comunicado, pero quiero hacerlo lo antes posible, así que… –Atlas sacó el móvil y presionó una tecla brevemente antes de guardarlo de nuevo en el bolsillo.

–¿Has hablado con él? ¿Cómo está? –preguntó Carmel.

–Como siempre.

Carmel se desplomó en su silla, con la mente acelerada. No sentía ninguna satisfacción por que su padre necesitara la misma clínica a la que había acudido ella, pero tenía la sensación de que debía acompañarlo, aunque él nunca la hubiera apoyado.

–Debería haber contestado tu llamada. –Atlas le había enviado un mensaje aquella mañana diciendo: «Es importante»–. ¿Por qué no dijiste que era sobre él?

–No puedes hacer nada. Es mejor que te mantengas al margen.

–De todas formas, conseguirán implicarme –dijo ella en tono sombrío.

–Lo intentarán –dijo Atlas–. Por eso quería advertirte. Y asegurarme de que estarías segura. –Miró a Damian–. Me preocupa que hayamos podido llegar hasta la misma puerta en coche.

–Un descuido por mi parte –dijo Damian–. Aquí todo suele estar muy tranquilo. Haré que el personal empiece a cerrar la verja.

–Eso no siempre los detiene –dijo Atlas con un gesto de insatisfacción–. Eres bienvenida a nuestro yate –añadió, dirigiéndose a Carmel.

Fue entonces cuando ella entendió la visita por lo que realmente era.

–¡Dios mío, esto es una misión de rescate! –Le lanzó a Stella una mirada de exasperación–. ¿No puedes controlarlo?

–Ojalá pudiera –bromeó Stella.

–Es una misión de rescate si eso es lo que necesitas –apuntó Atlas.

–Pues no la necesito. ¿Cuántas veces tengo que decirte que estoy bien?

–Entonces, ¿te quedas aquí? –preguntó Atlas–. ¿Cuánto tiempo?

–¿Si contesto esa pregunta puede Damian interrogar a Stella sobre vuestra relación?

–Damian puede preguntarme lo que quiera –dijo Stella con una dulce sonrisa.

–¿Cuál es el protocolo? –le preguntó Damian–. ¿Nos limitamos a ver el espectáculo? ¿Cuánto suele durar?

–Buena pregunta. Suelo ser mera espectadora, pero a veces intento distraerlos. Ah, antes de que me olvide. –Tocó el brazo de Carmel–. Te he traído una bolsa con libros. Están en el coche.

–¿De verdad? –Carmel se irguió entusiasmada antes de oír a los hombres reír y darse cuenta de que había caído en la trampa–. Creía que eras mi amiga, Stella.

Stella rio y se inclinó para abrazarla.

–¿Kýrie? –Lethe salió con un plato con aceitunas, uvas, tomates y alcachofas, pan de pita y salsas variadas–. Pirro dice que el enólogo con el que quería hablar está en el cobertizo. ¿Quiere que le diga que tiene invitados?

–Prefiero hablar hoy con él. ¿Quieres acompañarme? –Damian invitó a Atlas

–Encantado. –Atlas se puso en pie.

–¿Por qué tengo la impresión de que solo va a volver uno de los dos? –Carmel los miró–. Nosotras os esperaremos hablando de nuestros ciclos lunares, ¿vale?

–¿Queréis venir con nosotros? –preguntó Damian.

–¿Con este calor? No, gracias. Dos veces en un día es demasiado –replicó Carmel, haciendo una velada referencia al encuentro anterior.

Damian le apretó el hombro a modo de respuesta.

–Nos vemos en media hora.

La aparición de Atlas despertó en Damian un sentimiento de culpabilidad. Una cosa era acostarse con su esposa, y otra, acostarse con la esposa de la que pensaba divorciarse.

No era de extrañar que su hermano mantuviera la actitud de un padre severo queriendo saber cuáles eran sus intenciones. Y lo peor era que no tenía una respuesta clara.

Había prometido firmar los papeles cuando Zoia se operara, pero evitaba pensar en ello. El domingo la llevaban a Atenas y la

intervención tendría lugar el lunes. Una vez supiera cómo había ido, se plantearía su futuro, incluida su relación con Carmel.

–En Syros queremos hacer algo parecido –dijo Atlas mientras recorrían el olivar–. Allí pasé mi infancia.

–Carmel me llama el «caballero granjero» porque he ido comprando los terrenos que rodeaban la granja de mis abuelos.

–¿Porque quieres tener la mayor privacidad posible? Lo entiendo. También Carmel la necesita. Lo que haga con su vida amorosa no es cosa mía, pero tenía que decirle en persona lo de Oliver.

–¿Es necesario que acuda a su lado? –preguntó Damian.

–Eso es cosa suya. –Atlas se puso serio–. Ojalá no lo haga. Conmigo no puede, pero a ella sabe cómo manipularla. En lo más profundo de su ser cree que puede salvarlo.

–¿Y tu intervención no tiene nada que ver con la fortuna que heredarías si te reconcilias con él y Carmel no lo hace?

–Yo no necesito su dinero –dijo Atlas sin inmutarse–. Tampoco Carmel. Pero me preguntaba si tú la animarías a reconciliarse con él, dado que su dinero fue el motivo de que te casaras con ella. –Miró a Damian, pero las gafas de sol ocultaban sus ojos–. O eso es lo que me dijo Oliver.

–No puedo defenderme de esa acusación –dijo Damian–. Pero no fue así de calculado. Carmel quería acceder a la herencia de su madre. Vi una manera de acelerar lo que me parecía una buena fortuna para los dos.

–Y cuando Oliver le negó el dinero os separasteis, pero no os divorciasteis. ¿Por qué?

«Porque es mía» era un comentario demasiado machista y primario como para decirlo en alto, pero era la verdad.

–Esa es información confidencial –contestó.

–¿Os separasteis por su problema con el alcohol?

–No, ni siquiera era consciente de que tuviera un problema. En cualquier caso, éramos demasiado jóvenes para casarnos. Más aún cuando nos conocíamos desde hacía menos de una semana.

Llegaron al cobertizo en el que estaban los trabajadores y Damian presentó a Atlas al enólogo.

–Carmel me ha sugerido que haga vino sin alcohol –dijo al enólogo. Y este, que siempre estaba dispuesto a experimentar, dijo que se pondría a ello de inmediato.

–¿Eso significa que Carmel piensa quedarse aquí tiempo? –preguntó Atlas cuando ya volvían a la villa.

–No confía en sí misma con las bebidas alternativas a las alcohólicas.

Damian y Atlas sabían que era una evasiva. Atlas apuntó:

–Por lo que he leído pareces un hombre honesto. Sé que los problemas con el alcohol de Carmel empezaron antes de que os conocierais y se ha esforzado mucho para superarlos, pero eso no quiere decir que no pueda recaer si sufre un golpe. Hace cinco años las cosas se pusieron muy feas –concluyó en tono solemne–. No querría volver a verla así nunca más.

Damian sintió un gélido frío en el pecho.

–¿Crees que soy tan tóxico para ella como tu padre?

–No lo sé. He venido para comprobarlo.

Terminaron el paseo en silencio y encontraron a las mujeres en las tumbonas rodeadas de novelas románticas.

–¿Ya habéis acabado la competición? –preguntó Carmel, levantando la mirada de la contraportada de uno de los libros.

Stella movió un par de ellos para hacer sitio a Atlas a su lado.

–Le he dicho a Carmel que hemos traído los bañadores por si nos dábamos un baño, pero me dice que no los necesitamos si vamos a la playa que queda al pie de las escaleras –le dijo Stella.

–Si tú te apuntas, yo voy contigo –dijo Atlas.

–Y yo le he dicho que nosotros os acompañaríamos –dijo Carmel.

–¿Con los *paparazzi* esperando a cazarte como a una presa? –Stella se giró y frotó su nariz con la de Atlas–. ¿Te imaginas los titulares si nos pillan ahí abajo?

–Se llama ganar el relato –dijo Carmel, guiñando un ojo a Damian.

–Nadad aquí –dijo Damian, señalando la piscina. Carmel disfrutaba de la compañía de su cuñada y quizá Atlas vería así que su hermana estaba bien. Porque estaba contenta con él, ¿o no?–. Quedaos a cenar. A Zoia le encantará tener compañía.

A Zoia la entusiasmó compartir la velada con un medallista olímpico y Stella pronto la conquistó con su encanto natural y su habilidad para integrar a todo el mundo en la conversación. Incluso Damian habló de sus inicios con los paneles solares y sus sueños de juventud.

Pero Atlas y Stella se fueron pronto.

–Ya hemos alargado demasiado la visita –dijo Atlas, estrechándole la mano.

–Sí, habéis sido muy amables dejando que os invadiéramos. Gracias por la cena –dijo Stella–. Espero que la operación de Zoia vaya bien.

–Gracias. Yo también –dijo Damian.

–Escribe si necesitas algo –dijo Atlas a Carmel–. Ven a vernos a Atenas si quieres –añadió, incluyendo a Damian en la invitación.

Los dos hombres habían encontrado un terreno común de respeto mutuo.

–Gracias por haberlos invitado a quedarse –dijo Carmel cuando ya se fueron–. ¿Te ha tratado mal cuando habéis ido al viñedo?

–Me ha hablado con claridad.

–Eso suena mal. ¿Qué te ha dicho?

Damian pareció debatirse antes de contestar.

–Teme las consecuencias de que vayas a ver a tu padre –dijo, observándola para ver cómo reaccionaba.

–Yo también –contestó Carmel–. Por eso me he alegrado de estar entretenida con ellos y no poder pensar. Mi padre nunca me llamó cuando estaba en rehabilitación o en el colegio interno. En realidad, nunca se preocupó por mí. Pero eso no significa que yo no deba ayudarlo.

–Según Atlas, intenta culparos a vosotros por haberos enfrentado a él.

–Lo supongo. Pero yo también creía que el mundo estaba contra mí y nunca conduje borracha. Le irá bien estar encerrado y reflexionar –masculló Carmel sin dejar de sentirse culpable.

–¿Por qué no le escribes un mensaje? –sugirió Damian.

–¡Qué buena idea! –dijo Carmel, dándole un abrazo–. ¿Te importa si lo hago ahora mismo?

Damian sacudió la mano señalando las escaleras. Carmel empezó a subirlas, pero se detuvo y volvió hacia él.

–¿Atlas no te ha dicho nada más? –Ladeó la cabeza escrutando su rostro–. Pareces pensativo.

Damian le acarició un mechón de cabello que caía sobre su sien y dijo:

–Nada que no pueda esperar –dijo él. Y le besó la frente–. Voy a asegurarme de que Pirro ha cerrado la verja.

Carmel se quedó desconcertada, pero tenía la mente ocupada por lo que quería decirle a su padre. Asintió con la cabeza y subió las escaleras apresuradamente.

Capítulo 10

El domingo por la mañana Carmel despertó con melancolía al alba, consciente de que aquel era su último día con Damian.

Alargó la mano hacia él y, cuando se removió, se acurrucó contra él.

–¿Qué hora es? –preguntó Damian contra la almohada.

–Temprano. ¿Quieres…? –Le besó el hombro.

–Siempre. –Damian la acercó a él y le besó el cuello.

No contaban con un «para siempre». Solo quedaba aquel día. Carmel sintió el calor de las lágrimas en los ojos, pero se negó a que la tristeza la dominara. Los días que había pasado allí había servido para sanar sus heridas.

Amaba a Damian. No le cabía ninguna duda y volcó ese amor en el beso y las caricias que se dedicaron. Adoraba el tacto de su cabello, de su piel; cómo se comunicaban sin necesidad de palabras. Le dio la bienvenida a su cuerpo y a su corazón.

El tiempo se detenía cuando hacían el amor. La urgencia desaparecía, reemplazada por una proximidad y un placer increíbles.

Y cuando llegó el clímax, él la siguió y ambos gimieron con la misma intensidad.

Solo cuando Damian relajó la fuerza con la que la abrazaba y dejó que su peso descansara sobre ella, cuando sus sudorosas pieles quedaron adheridas y su corazón golpeó sus senos, Carmel fue consciente de lo que había dicho en voz alta.

–Carmel –susurró él, como si rezara por no haber oído correctamente.

–No pasa nada –dijo ella–. No tienes que decirme lo mismo. Solo quería que los supieras.

Porque lo amaba y quería demostrárselo.

Damian rodó hacia un lado y le besó la frente mientras ella cerraba los ojos en silencio, intentando no sentirse desterrada.

Damian habría querido que Carmel mintiera para no sentirse abrumado por el peso de la responsabilidad.

«Eso no quiere decir que no pueda recaer si sufre un golpe».

Carmel estaba relajada en sus brazos, profundamente dormida, mientras él intentaba asimilar y evaluar sus propios sentimientos.

Por supuesto que Carmel le importaba, y mucho más de lo que habría podido imaginar cuando apareció en sus oficinas en Atenas, cuando solo sentía odio por ella.

Pero un sentimiento tan intenso solo podía explicarse si en primer lugar había sentido algo igualmente profundo, aunque dudaba de que se tratara de «amor».

Damian se había planteado la posibilidad de pedirle que siguieran casados, pero ¿sería justo que lo hiciera cuando los sentimientos de Carmel eran más profundos que los de él? ¿No sería una forma de aprovecharse de ella?

Había querido retrasar las decisiones sobre el futuro hasta saber cuál era el de Zoia, pero ya no quedaba tiempo.

Se separó de Carmel, se levantó y, poniéndose unos pantalones cortos, tomó el teléfono y revisó sus mensajes mientras bajaba las escaleras.

De pronto se quedó paralizado.

Resultados del ADN, decía el asunto. Conteniendo el aliento, lo abrió y fue directo a la frase en negrita: *Probabilidad de coincidencia: 99, 99%.*

Había encontrado a su padre.

Cuando despertó, Carmel sintió la ausencia de Damian al instante y en parte se alegró, porque necesitaba unos minutos para verlo cara a cara después de haberle dicho que lo amaba.

Pero no se arrepentía ni se avergonzaba. Era la verdad y ella se había propuesto no mentir.

Aunque Damian no le hubiera devuelto esas mismas palabras.

El vacío que esa constatación le hizo sentir en el pecho no era más que un adelanto de la sensación de pérdida que iba a experimentar pronto.

Ya había hecho la maleta y Damian había ido a buscar a Zoia, así que esperó en la cocina, tomando un café con Lethe y Pirro.

Dos abrazos de despedida más tarde, subió al helicóptero, donde Damian estaba abrochando el cinturón de seguridad de Zoia y asegurándose de que estaba cómoda. Su cuidadora, Renita, los acompañaba para cuidarla y que no extrañara su ambiente familiar.

Así, Carmel y Damian no pudieron tener una conversación privada. Ella no estaba siquiera segura de querer tenerla y Damian parecía concentrado en sí mismo. Probablemente, se dijo ella, más por la preocupación respecto a Zoia que por nada que tuviera que ver con su relación.

El viaje transcurrió sin problemas y, para el mediodía, Zoia estaba instalada en su habitación, urgiéndolos a irse y dejarla descansar.

Damian prometió volver por la tarde y, de camino a su casa, dejaron a Renita en un hotel cercano.

Estaba a poca distancia del apartamento de Atlas y se parecían en cuanto a elegancia y gusto. El mobiliario era moderno, en tonos azules y gris pizarra, y tenía una espectacular vista de la Acrópolis.

Pero Carmel echó de menos de inmediato la sensación hogareña de la villa.

Cuando el silencio entre ellos se hizo incómodo, decidió sacar el tema que ambos estaban evitando.

–No pretendía…

–¿Me harías un favor? –la interrumpió Damian.

Carmel parpadeó.

–¿Qué quieres?

Damian tomó el teléfono, pulsó varias veces y se lo pasó:

–Lee esto y dime qué piensas.

–¿Tu padre? –preguntó ella con el pulso acelerado.

–Sí.

–¿Por eso has estado tan callado?

–He recibido la confirmación esta mañana, pero este mensaje ha llegado mientras estábamos en el hospital.

–¿Qué dice?

–Léelo tú misma.

Carmel se sentó y leyó en voz alta.

–Hola, Damian. Soy Nick. Saber que tengo otro hijo ha sido un golpe, pero también una muy grata sorpresa. –A Carmel le cayó bien de inmediato. Continuó–: *Siento que tu abuela no se encuentre bien. Tu abogado me ha dicho que confiabas en que tuviera algún recuerdo de tu madre que pudiera servirle de consuelo. Me temo que solo pasé con Hestia un fin de semana. Pero quiero que sepas que le pedí que se casara conmigo. Dos veces.* –Carmel no pudo evitar sonreír. Damian la observaba de pie, con las manos en los bolsillo–. *Me llamó tonto por proponérselo. Supongo que tenía razón. Los hombres de veinte años suelen serlo.*

A Carmel le cayó aún mejor. Siguió leyendo:

–Estaba fascinado con ella y quería volver a verla, pero había quedado con unos amigos en Tailandia y luego empezaban las clases. Le rogué que me visitara en Australia, pero ella no quería mantener una relación con alguien que vivía tan lejos. Me dijo que sus padres la necesitaban.

Carmel se sintió conmovida. Por mucho que se pelearan, Hestia había querido permanecer cerca de sus padres.

–Le di el número de mi madre, confiando en que cambiara de idea –continuó leyendo–. *Pero al poco tiempo mi madre se mudó con mi hermana y desconectaron el teléfono. Dejé un vez un mensaje en la cafetería en la que Hestia trabajaba, pero no contestó. Aquella Semana Santa conocí a la que es mi esposa, pero nunca he olvidado aquel primer amor. No se me pasó por la cabeza que pudiera estar embarazada. Usamos preservativos. Por lo que dices, falleció hace tiempo. Lo lamento enormemente, Damian.*

Carmel hizo una pausa antes de terminar de leer:

–Por favor, dile a tu abuela que éramos un par de jóvenes alocados que bailábamos hasta el amanecer. Y que confío en conocerla pronto para agradecerle que haya criado a mi hijo.

Carmel tuvo que contener las lágrimas mientras llegaba al final del mensaje, en el que Nick le dejaba su número de teléfono con una invitación a llamarlo: *Ansiamos conocerte cuando estés listo.*

Con el corazón golpeándole el pecho, Carmel se acercó a Damian y abrazó su cuerpo agarrotado por la tensión. Lentamente, él alzó los brazos para abrazarla, aunque Carmel percibió que contenía sus emociones.

–Parece un buen hombre –musitó ella–. ¿Quieres conocerlo?

–Sí.

Carmel sonrió contra su pecho.

–¿Vas a contárselo a Zoia?

–Cuando vaya a darle las buenas noches.

–¿Solo? –Carmel alzó la cabeza para mirarlo.

–¿Te importa? –preguntó él con una mezcla de inquietud y serenidad.

–Claro que no. –Era algo muy personal entre nieto y abuela–. Seguro que se alegrará de… –Carmel notó que se le atenazaba la garganta– que tengas una familia esperándote.

Damian ya no estaría solo. Ya no la necesitaba a ella como red de seguridad, si es que alguna vez lo había sido. Tal vez solo era la excusa que ella se había inventado para permanecer a su lado.

Hizo ademán de separarse de Damian.

–¿Qué te pasa? –preguntó él sin soltarla.

–Nada. –Lo empujó levemente para soltarse y, finalmente, dijo–. Me duele que hayamos llegado al final de nuestro acuerdo.

–¿Es inevitable?

Carmel, que llevaba todo el día contando los segundos angustiada, sintió una explosión de esperanza en su corazón.

–Pensaba que… –Tuvo que carraspear para poder seguir hablando–. Creía que estabas furioso por lo que he dicho esta mañana, pero… – Se abrazó a la cintura de Damian–. ¿Tú también me amas?

–Yo… –él posó las manos sobre sus hombros–, siento algo por ti, pero «amor» es una palabra muy fuerte. Los dos debemos tener cuidado con cómo usarla.

–No me crees. –Carmel se apartó, más dolida por esa realidad que porque no la amara–. Sigues creyendo que lo digo por decir.

–No pretendo empezar una pelea.

–Esto no es una pelea. Estamos hablando de lo que sentimos. Puedo aceptar que no me ames, Damian. No pasa nada. –Era doloroso, pero podía asimilarlo–. No puedo obligarte a sentir algo, pero no oses decirme lo que yo debo sentir. He hecho demasiada terapia como para no conocerme bien.

–Es posible, pero no me conoces a mí.

–¿Cómo puedes decir eso? –exclamó ella–. Te aterra amar y que vuelvan a abandonarte. Por eso no quieres amarme, por eso no confías en mí cuando digo que te amo. Porque te traicioné y te abandoné. Y entiendo que sea motivo suficiente para que no me ames.

Tal vez había ido demasiado lejos. Damian la miraba enfurecido, en tensión.

–¿Por qué entonces me pides que me quede? –continuó ella–. ¿Por comodidad?

–No precisamente.

Carmel pasó por alto la ofensa.

–¿Por el sexo? Vine para que me perdonaras. Quería contarte la verdad y demostrarte que había cambiado; que ya no era una niña caprichosa. Que soy capaz de preocuparme por los demás. Pero… –Carmel sentía que el aire le quemaba en los pulmones–. Uno no hace tantas horas de terapia como yo sin preguntarse qué quiere de la vida. Y yo quiero creer que merezco ser amada.

Le dolió mirar a Damian a los ojos mientras decía aquellas palabras, mostrarse tan vulnerable. Pero continuó:

–No lo digo para presionarte, sino para que sepas que eso es lo que quiero y necesito, Damian.

Él permaneció inmóvil como una estatua, pero un nervio palpitando en su sien y su puño apretado indicaron a Carmel que se sentía herido.

–Creo que hace cinco años estábamos enamorándonos, pero yo pisoteé tus sentimientos y me arrepiento de ello. Y ahora lo lamento aún más porque intuyo todo lo que me perdí por ser una cobarde.

Comprendo que no quieras volver a arriesgar tu corazón. –Las lágrimas se acumulaban en sus ojos y en su garganta–. Pero, si no me amas ni eres capaz de amarme, tengo que irme, debes dejar que me vaya –concluyó con un hilo de voz.

–Atlas me dijo que cuando rompimos… –Damian dejó la frase en suspenso y desvió la mirada.

Carmel adivinó a qué se refería.

–No necesito que me salves, Damian –dijo airada–. ¿Sabes cuántas veces he dejado de beber en los últimos cinco años? Tantas que soy una experta.

–No bromees sobre eso –replicó él.

–Pues tú deja de comportarte como si fueras la única persona que me ha hecho daño. Y no te atrevas a mantenerme a tu lado como si estuvieras dispuesto a tolerar mi presencia con tal de que no cometa una locura. Me merezco algo mejor que eso.

Fue hacia su bolsa, pero una parte de ella se veía a sí misma desde fuera, quemando la tierra bajo sus pies. Quizá debía callarse y permanecer junto a Damian. Quizá, si en esa ocasión no lo estropeaba todo, podía albergar alguna esperanza.

¡No! Había jugado aquella partida demasiadas veces como para creer que podía ganarla. Ella no había cambiado hasta que había tomado la decisión de hacerlo. No podía esperar que otro lo hiciera solo porque ella quería.

Sacó el sobre y lo dejó sobre la encimera de la cocina.

El aire se cargó de electricidad. Por un instante, Carmel pensó que Damian iba a negarse.

Pero entonces, tomó el sobre, sacó los documentos y, tomando un bolígrafo de un cubilete próximo, firmó todas las hojas. Cada firma fue una estocada en el corazón de Carmel.

–¿No vas a leerlos? –preguntó.

La solicitud era sencilla: ambas partes deseaban disolver el matrimonio de mutuo acuerdo, pero, en aquel momento, Carmel habría dado cualquier cosa por que Damian exigiera la suspensión de la ejecución.

–Los leí el otro día, cuando se fue tu hermano. Pero tienes razón. –Damian dejó el bolígrafo en el cubilete, que cayó como la hoja de

una guillotina–, teníamos una cuerdo.

Metió las hojas en el sobre, se lo dio y se fue sin decir palabra.

Carmel apenas podía tenerse en pie. El sobre le pesaba en las manos, el rostro le dolía por el esfuerzo de contener las lágrimas.

A su espalda oyó a Damian:

–¿Estás en casa? Tu hermana se va de mi apartamento. Haré que ni chófer…

Carmel giró la cabeza bruscamente y lo vio al teléfono.

–Sí. Eso es lo que me preocupa. La acompañaré al vestíbulo.

Terminó la llamada. Carmel se quedó mirándolo perpleja.

–No necesito un maldito acompañante para ir de aquí a casa de mi hermano. ¿Crees que voy a entrar en el bar más cercano? Nunca volveré a darle a nadie ese tipo de poder sobre mí.

–Me ha dicho que hay *paparazzi* apostados en su edificio. Ha mandado a su chófer para que puedas entrar por el garaje.

–Oh.

Aparte de los comentarios en internet del tipo «de tal hija, tal padre», no se había preocupado demasiado por el escándalo de su padre mientras seguían en la isla, pero supuso que, como respecto a todo lo demás, la tregua había concluido.

Metió el sobre en el bolso y fue a recoger su maleta. Cuando Damian intentó quitársela, Carmel le apartó la mano y la rodó ella misma hasta el ascensor.

Bajaron al vestíbulo en un silencio profundo. Cuando el coche de Atlas se detuvo en la acera, el portero se apresuró a abrir la puerta.

Carmel mantuvo la barbilla alta mientras subía, sin siquiera despedirse.

Stella la esperaba en el asiento trasero. Tenía el cabello recogido en la parte superior de la cabeza. Llevaba una de las camisetas de Atlas sobre el contorno húmedo del bikini.

–¿Has salido de la piscina para venir a buscarme? –Carmel apenas podía creerlo.

–Por supuesto. ¿Quieres hablar o…?

La puerta se cerró tras ella y Carmel se echó en brazos de Stella, sollozando.

Capítulo 11

Damian se quedó aturdido cuando Carmel se fue y solo tener que visitar a Zoia impidió que se emborrachara para anestesiarse.

Sin embargo, no pudo soportar seguir en su apartamento. Carmel solo había pasado una hora allí, pero ya habitaba cada rincón.

Fue a su oficina, que estaba desierta un domingo por la tarde, pero descubrió que también allí estaba su fantasma.

«Dos minutos», podía oír su voz. «He venido a traerte esto. Léelo, fírmalo y no tendrás que volver a hablar conmigo».

Eso era lo que debería haber hecho para no sentir aquella angustia en las entrañas.

Tras una hora intentando leer un informe, contempló la ciudad por la ventana hasta que atardeció. Entonces fue al hospital a ver a su abuela.

No le dijo que había terminado con Carmel.

–Quería venir solo para decirte que he sabido de mi padre –dijo. Y resumió el correo que Nick había enviado.

Zoia derramó algunas lágrimas por lo que había contado de su hija.

Cuando Damian se despidió, ella le tomó el rostro entre las manos y dijo:

–No me extraña que sea un buen hombre. Igual que tú.

«Entonces, ¿por qué todo el mundo me abandona?», se preguntó Damian. Pero sabía que era una pregunta infantil. Su madre no lo había abandonado, había fallecido. Su padre no sabía de su existencia.

Pero Carmel sí. En dos ocasiones. Aunque él la entendía, porque tenía razón: merecía ser amada.

Pero eso no evitaba que le doliera.

«Te aterra amar y que vuelvan a abandonarte».

Era verdad.

Respiró para combatir el dolor abrasador que lo atravesaba y se fue a su casa, donde apenas durmió.

Su cama estaba vacía y fría.

Tras ducharse, fue al hospital; ya habían llevado a Zoia a preoperatorio. Entonces contestó un mensaje de Carmel: *Atlas tiene que ir a Londres. No quiero atraer a los* paparazzi *al hospital a menos que quieras que vaya.*

Deberías ir con él, respondió Damian.

Vio tres puntos que aparecían y reaparecían. Finalmente, llegó la contestación: *Por favor, cuéntame algo cuando tengas noticias.*

Y eso fue todo. Carmel lo dejaba.

Una de las mejores cosas que Carmel había hecho durante su estancia con Damian fue enseñar a Zoia a mandar y escuchar mensajes de voz en su *tablet*.

Al principio sus mensajes eran breves, diciendo que estaba cansada, pero que los médicos estaban satisfechos. Pronto sonó más animada y dejaba mensajes más largos sobre lo guapo que era su médico o que se sentía lo bastante bien como para trabajar en el jardín, pero Damian solo la dejaba salir y sentarse.

Intercambiar mensajes con ella era el único rayo de luz en medio de los oscuros días de Carmel.

Trabajaba mucho para que el tiempo pasara más deprisa y fue a visitar a su padre en dos ocasiones, ambas con Atlas.

Oliver había negociado una estancia de seis semanas en la clínica a cambio de una sentencia de cárcel. Estaba furioso.

A Carmel le resultaba extraño entrar en la clínica estando sobria y oír las mismas excusas que ella solía usar saliendo de la boca de Oliver. Se sentó en terapia con él y le contó cosas que probablemente no escuchó, pero que a ella la ayudaron a sanar viejas heridas.

Le sentó bien comprobar que Oliver había perdido toda influencia sobre ella.

Cuando Atlas y Stella volvieron a Grecia, le entristeció verlos marchar y sintió celos por que iban a estar más cerca de Damian, pero supo que lo superaría.

Sin embargo, estaba sola. No tenía el corazón roto, pero sentía un gran vacío. Lo añoraba.

El peor momento fu el día que recibió la confirmación del divorcio. Se quedó en la cama, viendo la televisión y comiendo chucherías entre espasmos de llanto.

Al día siguiente se despertó con los ojos irritados y todo el cuerpo dolorido. Tenía una resaca abstemia, fruto de un exceso de autocompasión, pero ya había pasado. Era hora de empezar de nuevo.

Sabía hacerlo. Tal y como le había dicho a Damian, lo había hecho tantas veces que se había convertido en una rutina. El primer paso era siempre el mismo: pasar un día en un spa para darse un masaje y hacerse un tratamiento de belleza. Luego comprarse un conjunto espectacular y unos zapatos a juego.

Tal vez Damian no la amaba, pero ella se amaba a sí misma y, por el momento, eso era suficiente.

Damian veía a Zoia mejor a diario. Tenía buen color, más energía y, en conjunto, estaba más animada.

Él, por el contrario, estaba melancólico.

La villa, que siempre había sido su refugio, no era más que un lugar en el que pasar las noches en vela. Trabajaba en el campo y en su despacho sin encontrar la menor satisfacción en ello. Veía a Carmel en cada rincón y la oía canturrear; abandonaba la piscina en cuanto hacía unos largos. Detestaba su cama vacía.

Echaba a Carmel de menos. Desesperadamente.

Cuando Zoia le preguntó qué había sucedido entre ellos, él le dijo lo que creía ser la verdad.

–Quería el divorcio y se lo concedí.

–No lo creo –dijo Zoia–. Yo creo que quería que lucharas por ella.

–Si quiere verme, sabe dónde encontrarme.

–Ya vino a buscarte.

–Para pedirme el divorcio.

Su único consuelo era que Carmel parecía estar llevando bien la separación. No había noticias de que hubiera vuelto a los malo hábitos y, aunque le alegraba, también le hacía dudar de que lo hubiera amado tan profundamente como había proclamado.

No estaba sufriendo. No tanto como él.

–Deberías ir a por ella –dijo Zoia.

–Todavía estás recuperándote –protestó Damian.

Hasta que estuviera fuera de peligro, estaba decidido a quedarse cerca de ella, y lo cumplió.

Sin embargo, hablaba con su padre con regularidad. Sus primeras conversaciones fueron forzadas, pero cuando le dijo a Nick que su abuela estaba bien, Nick le invitó a conocer al resto de su familia.

Damian aceptó, especialmente porque no soportaba seguir allí sin Carmel.

Una semana más tarde, aterrizó en Melbourne. Aunque era invierno, hacía un día seco y soleado. Se registró en un hotel, se refrescó y fue a ver a su padre.

Nick lo recibió en la puerta de la casa y le estrechó la mano al tiempo que le daba un breve abrazo. Sus ojos se humedecieron cuando lo presentó a su esposa y a sus hijos. Todos rodearon a Damian sonrientes y lo bombardearon a preguntas.

Fue abrumador y reconfortante, pero, aunque Damian se sintió bienvenido y querido, fue uno de los momentos de mayor soledad de toda su vida. Habría querido tener a alguien a su lado, que Carmel estuviera con él. Ella lo había empujado a iniciar aquel viaje y le habría gustado llegar al final en su compañía. Estaba seguro de que habría ido con él. No le cabía la menor duda.

No dejaba de pensar en las palabras de Zoia animándolo a ir a buscarla, pero entonces oía a Carmel diciendo: «Pero, si no me amas ni eres capaz de amarme, tengo que irme, debes dejar que me vaya».

No había querido dejarla ir. Había cumplido su acuerdo: le había dado lo que ella quería para que pudiera encontrar a alguien que la

amara como se merecía. Se repetía una y otra vez que no podía estar enamorada de él porque apenas se conocían, pero Carmel sí lo conocía. En cierto modo, lo conocía mejor que él a sí mismo

«Te aterra amar y que vuelvan a abandonarte… No me crees».

Ella habría sabido que, por más que hubiera querido conocer a su familia, le resultaba extremadamente difícil. Le costaba tanto revelar algo personal que optó por hablar con su padre de cómo había empezado a trabajar con paneles solares. Aceptó una cerveza que no quería y la dejó calentarse en la mano porque no quería explicar que había dejado de beber para apoyar a su exmujer, que ni siquiera sabía que lo hacía.

Afortunadamente, había mucho que hacer, Nick preparando la barbacoa y su hermano y su hermana jugando un partido de tenis.

–¿Puedo hacerte una pregunta? –preguntó su hermana pequeña, Faye, con timidez. Tenía veintidós años y aspiraba a ser maquiladora de cine–. ¿Le pediste a Carmel Davenport que usara mi vídeo?

El pulso de Damian se aceleró al oír su nombre, pero se limitó a encogerse de hombros.

–No sé a qué te refieres –dijo.

–Ah, pero la conoces, ¿no? Vi vuestras fotografías en Berlín.

–Sí, claro. –«De hecho, ella es lo único en lo que pienso».

–El caso es que ha subido uno de mis vídeos de maquillaje a su canal y gracias a ella tengo un montón de seguidores más. Por eso pensaba que se lo habías pedido tú.

–¿Tiene un canal?

–Sí, el canal Davenwear, pero usa la etiqueta AATM. –Faye dibujó en el aire las letras–: *Aprende a Amarte a Ti Misma.* –Faye tecleó en su teléfono–: Incluye afirmaciones y autocuidado. Es una manera de publicitar su ropa, pero además es divertido. El otro día publicó esto.

Faye presionó *play* y Carmel dijo a cámara: «He estado pensando en lo bueno que sienta que alguien sea amable contigo. Puede transformar tu día, sobre todo si estás desanimada. Vamos a probar. Aquí viene mi asistente. Hola, Maeve. Estoy grabando. ¿Te importa? Te lo enseñaré antes de publicarlo.

«Vale, ¿de qué se trata?».

«De conseguir cumplidos. ¿qué te parecen estos pendientes?».

«Ah. A ver. Son preciosos».

«Di algo más», insistió Carmel. «Abochórname».

«Vale. Tú siempre estás guapísima, Carmel. Ojalá yo tuviera tu gusto. Encima eres una gran jefa. Nos das las tardes de los viernes libres y eres divertida. Además, cantas fenomenal. A todo el mundo le encantan tus nuevos diseños. ¿Más?».

«No, es bastante. Ya me he ruborizado. Gracias, Di a *marketing* que te has ganado un mes de comida gratis. ¿Veis?», Carmel se dirigió de nuevo a cámara. «Pedidle a la gente que os diga lo maravillosas que sois. Pagadles si es preciso. Os sentiréis genial». Sus ojos chispearon risueños. «Estad atentas a la colección de invierno de la que ha hablado Maeve».

–No tiene pudor –dijo Damian riendo a pesar de sentir un dolor en el pecho–. ¿Cuántos seguidores tiene?

–Casi dos millones. Solo lleva haciéndolo dos meses. –Faye rio–. Por eso pensaba que le habías hablado de mí y quería darte las gracias. No estaba segura de si os conocíais bien.

«Estuve casado con ella». Damian carraspeó para deshacer el nudo que tenía en la garganta.

–Carmel es exactamente así. Es… –Entrometida, insistente, generosa y autocrítica–. Fue ella quien me animó a buscar a Nick. –Miró hacia su padre, que estaba en la barbacoa–. Como sabe que lo encontré, supongo que os buscó *online* y al encontrar tus vídeos decidió darte un empujón, aunque no lo habría hecho si no le hubiera parecido bueno. Ella no miente.

«No me digas lo que siento».

–Me alegro mucho. –Faye sonrió de oreja a oreja–. Le di las gracias *online*, pero dáselas de nuevo de mi parte, por favor.

–Claro.

Damian habría querido escribirle en aquel mismo momento, pero quería más que eso.

Quería a su esposa.

Había una línea muy fina entre vivir una vida verdadera y asumir que era una gafe sentimental.

Carmel se negó a ser lo segundo. Por muy persistente que fuera su desamor, seguía obligándose a vivir una vida rica y plena. Y así fue como acabó en la ópera de Viena.

Stella había comprado un palco como regalo de cumpleaños para Beate, su hermana pequeña. Cuando una amiga de esta canceló en el último momento, Stella invitó a Carmel a ocupar el asiento vacío. Por su parte, Carmel reservó la sala de té Emperador para una recepción posterior.

Era divertido estar con mujeres jóvenes. Beate cumplía diecinueve años y tanto ella como sus amigas temblaban de emoción con sus vestidos largos y sus elaborados peinados. Su estado de ánimo era contagioso y ayudó a Carmel a olvidar su desesperación.

Se acercaba el otoño, así que Carmel eligió un vestido de seda cobriza. Añadió al conjunto unos guantes largos negros, sobre los que se puso un brazalete en forma de serpiente y lo remató con los pendientes que le había dado Damian.

Atlas y el hermano pequeño de Stella, Elijah, las acompañaban, Elijah tenía veinticuatro años, era alto y rubio, estaba muy guapo con su esmoquin y mucho más interesado en los otros hombres del teatro que en las amigas de su hermana.

Cuando se acomodaron en el palco, Carmel observó la exquisita arquitectura de la sala. La que debería ser una noche mágica no conseguía sacarla de su tristeza.

Sabía por Zoia que Damian había vuelto de Australia y que todo había ido bien. Pero, aunque estaba deseosa de oírlo de sus propios labios, no quería presionarlo y sabía que debía aceptar la ruptura.

Aunque aquel silencio estuviera matándola.

Lo echaba tanto de menos que lo buscaba por todas partes y hasta creía verlo.

Le pasó en aquel instante, cuando se atenuaron las luces y la actuación iba a empezar. Miró hacia un palco en el lado opuesto y vio a Damian mirándola.

El corazón le dio un salto, pero intentó calmarse. No era él. Nunca era él. Solo era alguien que…

Él se levantó y salió del palco.

–Creo que… –Carmel se puso de pie. ¿Estaba alucinando?

–¿Dónde vas? –preguntó Atlas.

–Enseguida vuelvo –dijo ella, saliendo al vestíbulo.

Algunos espectadores se apresuraban a llegar a sus asientos, pero, mientras iba hacia el palco donde lo había visto, vio que Damian iba hacia ella.

Se quedó parada. Era él.

Damian se detuvo. Se miraron largamente en silencio.

–¿Es una coincidencia? ¿Estás acompañado? –preguntó Carmel al fin.

–No. Zoia me ha dicho que estarías aquí con Atlas y Stella.

–Sí, por el cumpleaños de su hermana. ¿Quieres saludarlos?

–No –dijo Damian con rotundidad–. Y tú, ¿estás con alguien? Me ha parecido que estabas acompañada.

¿Estaba celoso? Carmel no pudo evitar alegrarse.

–Elijah es el hermano de Stella, pero me halagas. Es un niño y las mujeres no le interesan demasiado.

–Ah. –Damian la devoró con la mirada mientras se masajeaba la nuca–. Él se lo pierde. Estás preciosa.

–Gracias. –Carmel se pasó una mano por el vestido–. ¿Cómo estás?

–Bien. ¿Tú?

Carmel se mordió el labio justo antes de decir «bien».

–Fatal. Te echo de menos.

–¿Y por qué no has vuelto a mi lado? –Damian dio un paso adelante.

–¡Señor! –Un ujier le llamó la atención.

Damian miró alrededor irritado, luego indicó a Carmel que lo siguiera al servicio de señoras.

–¡No pienso ir al baño contigo! Ven. –Carmel le pidió al ujier que los condujera al salón de té.

Un momento más tarde entraban en la opulenta sala.

–¿Han estado antes aquí? –preguntó el ujier–. La diseñó Josef Storck…

–Por favor, vuelva cuando se reúna con nosotros el resto del grupo –dijo Carmel, y el hombre salió, cerrando la puerta a su espalda.

Aun así, ambos se tomaron un instante para absorber la belleza de la sala, sus columnas e intrincada decoración, las paredes forradas de seda, las hojas doradas, los frescos del techo y la mesa preparada con todo tipo de dulces.

–Zoia me ha dicho que la visita a tu padre fue bien –dijo Carmel.

–Así es. –Damian se frotó el mentón–. Tuve una buena conversación con Nick. No se arrepiente de haberse casado con su mujer y adora a sus hijos, pero lamenta no haber sabido antes que yo existía. Piensa que debía haber ido al menos una vez a ver a mi madre. Eso me hizo pensar que…

–¡Dios mío! ¡No estoy embarazada, Damian!

–Lo sé. Me lo habrías dicho.

Carmel esbozó una sonrisa.

–Me alegro de que lo sepas.

Él se encogió de hombros y continuó:

–Nick se refería al tiempo que podía haber pasado con mi madre y conmigo si hubiera tomado otras decisiones. No me estoy explicando bien… –Damian se pellizcó el puente de la nariz–. Ya hemos perdido cinco años que podríamos haber pasado juntos, Carmel. No quiero perderme otros cinco años. No quiero perder ni cinco minutos. Pregúntame de nuevo si te amo.

A Carmel le temblaron las piernas y se le aceleró el corazón. Se dijo que debía ser cauta, pero la emoción ya estaba elevándola a alturas que no alcanzaría si Damian no llegaba a donde creía que se dirigía. No estaba segura de poder sobrevivir al golpe de la caída.

–¿Cómo podrías amarme? –musitó.

–¿Cómo podría no amarte? –preguntó Damian con la voz quebrada–. Tenías razón: estábamos enamorándonos y tuve miedo. Me dije que no nos conocíamos. Pero yo te conozco, Carmel. Tan bien como tú a mí. Eres divertida, arrogante y curiosa. Juegas sucio porque eres apasionada; porque no soportas perder. Tienes un gran corazón que has aprendido a esconder porque es demasiado tierno y se rompe con facilidad. Pero ese corazón es mío. –Damian le señaló el pecho–. Me lo diste. Lo quiero y no pienso devolverlo. Te juro que cuidaré de él.

Carmel se llevó la mano al lugar en el que precisamente ese órgano desplegaba sus alas para volar hacia Damian. Las lágrimas le inundaban los ojos.

–No me hagas llorar.

–No me hagas llorar tú a mí –dijo él con firmeza–. Nunca habrá otra persona para nosotros. No me dejes, no me pidas que te deje ir. Dijiste que querías ser querida incluso con tus defectos. Para mí eres perfecta. Adoro tu sarcasmo y tus verdades como puños, y tu caótico pasado, porque todo ello te hace quien eres. Adoro que estés decidida a construirte un futuro mejor. Y quiero ser parte de él.–Damian se arrodilló y sacó del bolsillo una cajita en la que había un anillo–. ¿Te casarás conmigo, Carmel? ¿Esta vez para siempre?

Con lágrimas de felicidad, cubriéndose la boca con una mano temblorosa, Carmel dijo:

–Sí.

Y Damian, levantándose, la estrechó en sus brazos.

Carmel se sintió por fin en su hogar, en el lugar al que pertenecía. Estar allí era puro gozo, rodear el cuello de Damian y sentir sus labios sellar los de ella en una dulce y embriagadora rendición. Él la alzó del suelo y Carmel pensó que así era como se sentía: flotando y al mismo tiempo totalmente segura.

Se oyó un sonido metálico seguido de un «¡señor!» y un carraspeo.

Damian dejó a Carmel lentamente en el suelo y giró la cabeza por encima del hombro.

Carmel miró por detrás de él y vio a Atlas, que los miraba con una ceja arqueada.

–¿Qué? –preguntó ella.

–¿Qué estás hacienda? –preguntó Atlas.

–Intentando que nos detengan por escándalo público. ¿Tú que crees?

–Le he pedido matrimonio –dijo Damian, agachándose a recoger la caja.

Carmel se apresuró a quitarse el guante y a tenderle la mano.

–Esta vez quiero una boda de verdad, con las dos familias –dijo él.

–Yo también –dijo Carmel.

Y se besaron. Entonces Damian le pasó el brazo por la cintura y se volvieron hacia Atlas.

–Creo que a Carmel le gustaría tener tu bendición.

–Por supuesto que la tienes, Carmel. –Atlas se acercó a abrazarla. Luego estrechó la mano de Damian–. Enhorabuena. Dejaré que se lo digas personalmente a Stella. ¿Venís al palco?

–No –dijo Carmel, ansiosa por estar a solas con Damian–. Pero he reservado este salón para Beate. Disfrutadlo. Nos veremos por la mañana.

Tres meses más tarde, Atlas condujo a Carmel al improvisado altar.

Su padre seguía en la clínica, pero con ellos estaba la nueva familia de Damian. Zoia era la anfitriona de la ceremonia, que se celebraba en su jardín, Stella era la dama de honor de Carmel y Nick esperaba junto a Damian con los ojos llorosos.

También Damian tenía los ojos húmedos y los de ella rebosaban lágrimas cuando llegó a su altura.

–No empieces o nos pasaremos aquí todo el día –musitó él.

Carmel rio y consiguieron pronunciar sus votos con solo un par de llorosos balbuceos.

–Estoy muy orgulloso de ti –dijo él al ponerle la alianza.

–Toda la vida he buscado mi lugar en el mundo –dijo ella al ponerle la suya–. Ahora sé que ese lugar eres tú.

Sus labios temblaban cuando se besaron y Carmel pensó que el corazón iba a estallarle de felicidad con la certeza de que aquella vez todo iba a ir bien gracias a la fe, la confianza sin fisuras y el profundo e incondicional amor que Damian y ella compartían.

Epílogo

Cinco años después

Carmel no había planeado quedarse embarazada. Damian y ella lo habían hablado, pero ella seguía sin decidirse, aun después de ver lo felices que Atlas y Carmel eran con sus gemelos. En el fondo, le inquietaba no estar preparada para ser una buena madre.

Pero a los pocos días de nacer sus sobrinos se despertó con náuseas y, aunque lo atribuyó a distintas razones, y tras la insistencia de Damian, una prueba de embarazo confirmó que iban a ser padres.

Aunque fue un *shock*, la felicidad fue aún mayor.

Aparte del cansancio que acompañaba a su estado, Carmel tuvo un buen embarazo y a los nueve meses nació su hijo Theodore.

Aquel día celebraban su primer año. Sus primos eran sus invitados y, tras varias horas de total caos, la paz volvió cuando Atlas y Stella se fueron a su yate y Theo se echó una siesta.

Zoia había disfrutado más que nadie, pero también ella necesitó un descanso. Aunque la edad iba debilitándola, seguía en buen estado de salud. Hasta el punto de que Carmel y Damian estaban pensando en ir a ver a Nick a Australia. Pero, en general, preferían permanecer cerca de ella. En su hogar.

–Tengo una cosa para ti –dijo Damian.

Carmel, que estaba retirando el envoltorio de los regalos, lo miró y vio que le tendía una caja de joyería.

–¡Damian! –exclamó cuando él le enseñó una sortija de diamantes–. ¡Es preciosa! –dijo poniéndosela–. ¿Por qué me mimas tanto? No es mi cumpleaños.

–No, pero es un día especial para los dos. –Damian la estrechó contra sí–. Desde hoy llevamos más tiempo casados que la primera vez.

–¿Has estado haciendo cálculos matemáticos a mi espalda? –Carmel chasqueó la lengua como si lo reprendiera–. ¿Cómo te atreves?

–Me extrañaba que no vieras las sumas y restas en la pizarra.

Carmel rio y se abrazó a la cintura de Damian. Le encantaba que dijera tonterías.

–La verdad es que me di cuenta cuando Zoia comentó que habían pasado más de cinco años desde su operación. Me dijo que era muy feliz de haber pasado este tiempo con nosotros y de haber tenido a Theo en sus brazos. Yo también he sido muy feliz.

–Oh. –Carmel se acurrucó en su pecho–. Y yo te quiero tanto que me dan ganas de llorar.

–Preferiría aprovechar la siesta de nuestro hijo de otra manera –dijo Damian, besándola.

Cuando alzó la cabeza, Carmel tenía la respiración agitada y la vista nublada, de manera que no podía articular palabra.

–¿Subimos? –preguntó él con una voz acariciadora que la hizo estremecer.

–Sí, pero antes tengo que decirte que yo también tengo un regalo para ti. El único problema es que vas a tener que esperar nueve meses a recibirlo.

Damian contrajo el rostro de emoción y luego le dedicó una luminosa sonrisa.

–Carmel, lo adoro desde ahora mismo –musitó.

Y, tomándola en brazos, la llevó a su dormitorio.

Table of Contents

Portadilla
Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Epílogo
Si te ha gustado este libro…